

JOSE RODRIGUEZ DE CUETO

EPOPEYA

DEL

SANTUARIO

DE SANTA MARIA
DE LA CABEZA

SANTIAGO CORTES



94(460).092

NA: 485.864

BC: 117.496

Nº 233

MD

R

Librerías de Ferncarriles, S. A.
MADRID

JOSE RODRIGUEZ DE CUETO



CEU
Universidad
San Pablo

BM/325

Biblioteca Universitaria

LPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

ALFONSO BULLON DE MENDOZA

SANTIAGO CORTES

EDITORIAL ESPAÑOLA, S. A.

Padre Larroca n.º 9, bajos

SAN SEBASTIAN

1939

OFRENDA

¡SANTIAGO CORTES GONZÁLEZ, héroe máximo, que durante nueve meses supiste serlo todos los días, sin una debilidad, sin el más insignificante decaimiento, superando a cada instante tu gesta hasta llegar a sublimes renunciamentos casi místicos!

Nada sería poner una corona en tu sepultura y aun elevarte ese monumento que tendrás en Jaén. Tampoco quiso Dios concederme hazañas dignas de ofrecértelas, aunque te juro que nunca regateé nada de cuanto podía dar de mí.

Conociendo que la modestia de mi persona no puede aspirar a mejor prenda, con todo cariño y devoción compuse este libro, con la intención de que fuese tu Epopeya y ha resultado la del Santuario, como que al cabo son una misma cosa, y hoy lo ofrendo con el mismo fervor con que hubiera hincado las rodillas en tu sepulcro para pedir a Dios por tí; y el entrañable cariño con que nos hubiera unido aquel soñado abrazo de liberación.

¡Que El te tenga en cuenta y eleve mi ofrenda hasta hacerla digna de tí!

AL LECTOR

Cuando hice el anterior libro sobre Haya, mi primera idea fué unirle el anedoctario de Cortés. Difícilmente se les puede separar a ambos. Guardan tan estrecha relación sus hazañas, y la compenetración entre el que luchaba cercado y los esfuerzos que realizara Haya para socorrerlo, es tan íntima, que verdaderamente debe de ir siempre unido el recuerdo de ambos.

Ahora bien, la consideración de las cuartillas que había escrito me hizo comprender que el libro sería excesivamente largo—más de 400 páginas—y ello implicaba un volumen costoso. Como mi deseo es que se divulguen los merecimientos de estos héroes, y que los libros estén al alcance de los hombres modestos, hube de separarlos y hacer dos libros en lugar de uno. Debo, pues, de hacer presente que este otro ejemplar es a modo de prolongación del primero y tiene estrecha relación con él. Previa esta ligera observación, ampliaremos algunos aspectos que afiancen y fundamenten cuanto llevo dicho.

Haya es el héroe de la aventura, con un afán constante de inquietud y de lucha. Aquiles que vuela. San Ignacio en la loca aventura de su colosal empresa. Raimundo Lulio en el ansia de convertir infieles. No tenía punto fijo de acción, porque a todas partes le llamaba su corazón. Personificó en

su vida luminosa y fugaz, su arma: la aviación; el arma de la velocidad, de la prisa, en que se estima más que la acción de sus fuegos la rapidez con que pueda realizar sus desplazamientos.

Cortés personificaba otra faceta, la ascética. Es San Onofre en el desierto, el sublime San Francisco de Asís, que se enfrenta con el lobo hambriento del marxismo, que no tiene entrañas ni aún de fiera, y no podrá nunca convencer, pero que él no desdén a hablarle. No le amilanan sus dientes. No puede dominarle, pero le tiene a raya; resiste meses y meses sus dentelladas, hasta que al fin sucumbe en la heroica empresa. Para él toda la cruz del martirio. Para él también plenamente la gloria.

El no va entre las nubes, sino sobre el suelo. Haya tiene el campo ilimitado del espacio inmenso; Cortés, apenas un centenar de metros donde moverse. Es Prometeo encadenado. Haya, Eolo libérrimo, que desafía el rayo de Júpiter y cubre inmensos espacios cabalgando sobre él.

Cortés personifica el espíritu del Cuerpo de la Guardia Civil: Orden, disciplina, acrisolado honor y superexactitud en el cumplimiento de su deber. Firmeza incomparable, energía, y, sobre todo, una sublime concepción de lo que debemos a la Patria, que ni el hambre, ni la aviación y la artillería enemigas, ni siquiera los tanques, ni las masas asaltantes consiguen hacer vacilar y decaer lo más mínimo. Muere, pero no se entrega.

Cortés no es un brote esporádico del espíritu del Cuerpo de la Guardia Civil, sino que representa una continuidad y norma de conducta general. Cortés es la superación de esas virtudes que laten en el fondo del modesto guardia civil, que en él rayan en la cumbre, pero que las encontramos en los más humildes individuos que llevan el tricornio sobre las sienes.

Así se portaron los 750 guardias civiles, de los 1.100 combatientes que defendieron el Alcázar de Toledo. Ahí te-

nemos vivo el recuerdo de la defensa de Oviedo, donde también escribió gloriosa página el Cuerpo, y el heroico levantamiento de Albacete pese a sus funestas consecuencias.

Cortés es el mártir excelso, en quien la virtud le exalta a la cumbre del martirio; pero el arraigo de estas supremas cualidades tiene una razón o factor común característico del Cuerpo. La Guardia civil, como San Francisco, marcha a pie, viste el tosco sayal de su pardo uniforme, y lleva el tricornio, duro, para algunos antiestético, pero ordenancista, riguroso e intransigente, poco práctico y adecuado a su misión; como las tocas de las monjas, su valor es únicamente representativo y no dice más,—lo mismo que los blancos lienzos almidonados de las Siervas del Señor,—que sometimiento a su ideario, exactitud absoluta en el cumplimiento estricto de la regla.

Los bandoleros, en aquellos tiempos del «Vivillo» y del «Pernales», llamaban a los Guardias civiles «las monjas», porque, tocados con el tricornio cubierto con aquellas fundas blancas de antaño, así les parecían.

Nosotros también les pudiéramos llamar hermanos de una Orden estrecha: la que determina su insuperable Reglamento. Austeridad plena, honor inflexible y ejemplo perenne de caballería y buenas costumbres; que en ellos no cabe disimulo, porque, viviendo en el pueblo y la aldehuela, allí donde la incultura y el chismorreo tienen pleno asiento, su vida privada se fiscaliza hasta en los más nimios detalles y todo es motivo de escándalo y censura, hasta las cosas más pueriles.

No quiero aventurar nada más en mis juicios. Sucesivamente, en la exposición de los hechos que pienso relatar, irá el lector percibiendo hasta qué punto la actitud de Cortés está en consonancia con el espíritu del Cuerpo, que se refleja en sus mensajes, en sus decisiones y sus juicios, y que, nuevo Ahumada, ha de revivir cuanto hay de sublime en su glorioso espíritu.

Al lector

Siempre que me ha sido posible he procurado que sean las palabras de Cortés las que se escuchen; que, aunque en fragmentos inarticulados, muchas veces pondré al héroe en contacto con el lector y percibirá directamente ese soberbio espíritu que siempre le animó.

Más sencillo, más fácil y hasta más ameno, hubiera sido prescindir de transcripciones literales y coordinar su esencia dentro del plan de conjunto; pero yo estimo que una palabra de Cortés vale más que todas las narraciones y comentarios que yo pudiera hacer, y, a trueque de perder conexión e interés en el conjunto, he recogido fielmente cuanto de él hallé.

CAPITULO I

SOMERAS NOTICIAS DE CORTES

Todavía no había aparecido la República, hallábame yo, supernumerario, en una finca, dedicado a su explotación; cuando, por los ganaderos y otra gente del campo, tuve noticia de Cortés, que, a la sazón, era jefe de la línea de Valdepeñas de Jaén. Hablaban de él bastante; ensalzaban su actividad y energía para contener desmanes, y a la vez encarecían su trato considerado y humanitario con todos.

Algún tiempo después, con motivo de un robo de ganado, hube de ponerle unas letras y pude comprobar lo estrechamente vigilados que tenía todos los pasos de la Sierra y la diligencia con que obraba. Unas cuantas cartas nos cruzamos, y no volví a saber de él hasta que allá por el año 28 ó 29 lo conocí en Jaén.

Cortés tenía una estatura regular, de complexión recia, cabeza más bien grande, barba muy poblada, cara proporcionada y cejas muy grandes y espesas. Tenía el ademán enérgico y decidido y la voz muy fuerte y timbrada de bajo. Llevaba casi siempre muy poco pelo, o iba pelado al rape. Era muy moreno.

Cuando lo conocí, nuestra conversación versó principal-

mente sobre la labor. Le gustaba mucho. La había vivido. Tenía fincas en aquella provincia y las labraba. Posteriormente, hallándome yo destinado en Jaén, nuestras relaciones se fueron estrechando, al punto que cuando llegó la República, tratábamos con frecuencia de la adquisición de ganado, de las formas de arrendamiento y aparcería posibles, etcétera.

Era hombre inteligente y de gran espíritu práctico. En aquellos terribles tiempos para la Agricultura, no le faltaban soluciones propicias, que le permitían defender de algún modo sus intereses.

Por muy menguados recursos que le quedaran, él sabía ponerlos en juego y resolver los problemas. Se movía siempre sin violencia, pero con energía. Baste decir que en todo el proceso de estos años de República, no pisó un Juzgado, ni le hicieron reclamación alguna ante los Jurados Mixtos.

Vivía sobriamente, no obstante tener una posición bastante desahogada. El único extraordinario que hacía era ir a tomar café todos los días después de comer al Mercantil. Era serio y no muy locuaz. Hacía cumplir exactamente a todos sus subordinados sus deberes, pero sin violencia y con tacto e inteligente comprensión, logrando que le tuviesen en verdadera estima, no obstante su carácter enérgico.

La población civil le estimaba; yo recuerdo el prestigio y afecto con que le recordaban en aquellos pueblos en que fué Jefe de Línea. Establecía un criterio fijo y completo sobre todas las cuestiones y lo hacía cumplir a punta de lanza, sin blanduras ni exageraciones.

CAPITULO II

**CORTÉS LOGRA LA LIBERTAD DE SU HERMANO,
DETENIDO EN VALDEPEÑAS**

Ya hemos dicho en el capítulo anterior, que Cortés estuvo mandando la línea de Valdepeñas. Hemos añadido que tenía gran prestigio en el pueblo, y buena prueba de ello es este acontecimiento que vamos a referir, acaecido en los primeros días del Movimiento.

La multitud se desbordaba por las calles y comenzaba aquella terrible rebusca de facciosos, que hallaban hasta en las sopas. No hay que decir que cuanto aconteció en Jaén, sucedió en todos los pueblos de la provincia.

Un hermano de Cortés, que estaba en Valdepeñas, había sido detenido. Cortés lo supo, y, temiendo por su vida, logró que el Teniente Coronel le dejase un coche, y con dos guardias se fué a Valdepeñas.

La expectación que produjo su llegada fué tremenda. Temían que detrás viniesen más fuerzas del Cuerpo; y así, suspensos, esperaron acontecimientos. La plaza estaba llena completamente de gente. Todos levantaban amenazadores los brazos, dando gritos; pero al detenerse el automóvil y bajar Cortés, se hizo el silencio, que él aprovechó para pre-

guntar por el alcalde. Surgió éste de entre la multitud, y Cortés le habló de la necesidad de que entregase a su hermano detenido. Habló enérgicamente, y subrayó su petición con la amenaza de que detrás vendría más fuerza si era menester para sacarlo. Si en el ánimo del alcalde estaba el evitar que hubiera bajas en el pueblo, que le entregase al detenido.

El alcalde se rascó la cabeza y, con Cortés pasó al Ayuntamiento. Los guardias habían quedado custodiando el coche. A poco fueron llamados unos cuantos prohombres de aquel cotarro, quienes afirmaron que tratándose del capitán Cortés le entregarían el detenido.

A los pocos momentos, en medio de un silencio sepulcral, arrancó el coche, y un poco más abajo recogían al hermano de Cortés, precisamente cuando ya comenzaban a estallar gritos de violencia y de indignación, al conocer o presentir que se les escapaba alguna de sus presas de sangre.

El domador había sorprendido la fiera que, cobarde, había bajado la cabeza ante su decisión y el temor al látigo; pero ahora, dominada por la rabia sorda de sus malos instintos, pretendía abalanzarse sobre las rejas, intentando herirle por la espalda.

Aquella tarde nos contaba Cortés, en el cuartel, el feliz resultado de su paseo a Valdepeñas, que el teniente coronel juzgaba una locura.

CAPITULO III

ANTES DE PARTIR PARA EL SANTUARIO

Cortés era el cajero de la Comandancia de la Guardia civil de Jaén, y había empezado a disfrutar una licencia por enfermo, de dos meses. Su mujer iba a dar a luz, y por ese motivo no se atrevía a llevarla al Santuario. Con otros tres chiquillos, estaba en Jaén en una casa deshabitada, a la que ellos conseguían el acceso por la colindante de unos amigos.

En estas condiciones, él dudaba ir al Santuario; pero comprendiendo que hallándose con su familia corría más riesgo, aceptó nuestra propuesta.

Cortés no tenía una marcada hostilidad de los socialistas; al margen en todas las contiendas políticas, había tenido la habilidad de no despertar animosidad.

Solía ir a tomar café al Mercantil, desde el tiempo de la Monarquía, y cuando llegó la República, aún cuando muchos de los que mangoneaban en aquella democrática Asociación fuesen izquierdistas, él continuó asistiendo con su peña aparte, no importándole un bledo lo que hacían los demás. Esta conducta sencilla y constante hacía que no fuese considerado como elemento peligroso para el Frente Po-

pular, no obstante tener algunas fincas en la provincia de Jaén. Esto no desviaba las normas de su actuación, que fué siempre enérgica, como lo prueba el hecho que voy a referir:

Llevábamos precisamente un año de República, y aquellos capostotes socialistas en plena euforia de su triunfo, mangonco y ejercicio de una fuerza aplastante, habían ido a un pueblo a dar un mitin. Cortés estaba de jefe de línea en una localidad próxima a Jaén. Avisaron el paso de los diputados socialistas Peris, López Quero, Pasagali, Esbrí, etc., y para recibirles se formó una manifestación enorme, que Cortés creía que debía disolver, porque no había autorización para celebrarla. Empezó, pues, a efectuarlo, hasta que al llegar el coche que conducía a los diputados socialistas, creyendo ellos que se las habían con otro, pretendieron que continuase la manifestación y aún ofrecieron hablar. Pero, Cortés había ordenado disolverla y, como ellos se mostrasen rebeldes, después de tenerlos un buen rato con los brazos en alto y de quitarles algunas pistolas, los detuvo y empezó a actuar, por resistencia a fuerza armada.

Como era de esperar, se movió el gran escándalo. Cortés fué llamado a Jaén, luego a Madrid, y al poco tiempo hubieron de trasladarle.

CAPITULO IV

EL MOVIMIENTO EN JAEN

Unos meses antes del Movimiento, yo había recibido la visita de Cos, anunciándome que le había visto Eduardo Gallo—capitán de Infantería de la Zona de Reclutamiento—interesándole la necesidad de que se organizaran defensivamente nuestros elementos de la Federación de Labradores. Me dijo que él le había indicado que para ese fin debía entenderse conmigo.

Hablamos sobre este tema, y convinimos en que dos días después vendría Gallo con él para concretar estos extremos.

Cuando fueron a mi casa, ya les tenía yo preparado un esquema de organización, que, dada la persecución que cuanto llevaba el nombre de Falange sufría, había denominado Acción Nacional. Les pareció muy bien, y al día siguiente comenzó a funcionar nuestra multicopista; y conducidas en mano, se distribuyeron entre nuestras juntas de todos los pueblos de la provincia, las instrucciones para la creación de núcleos locales de resistencia.

Antes, había yo recibido algunas visitas inesperadas de Antonio Garzón con aquel «Monaquatre» que a su dueño—un chófer de Sevilla, creo recordar que le cortaron las dos manos en el Movimiento.— En una de esas visitas tenía un camión y

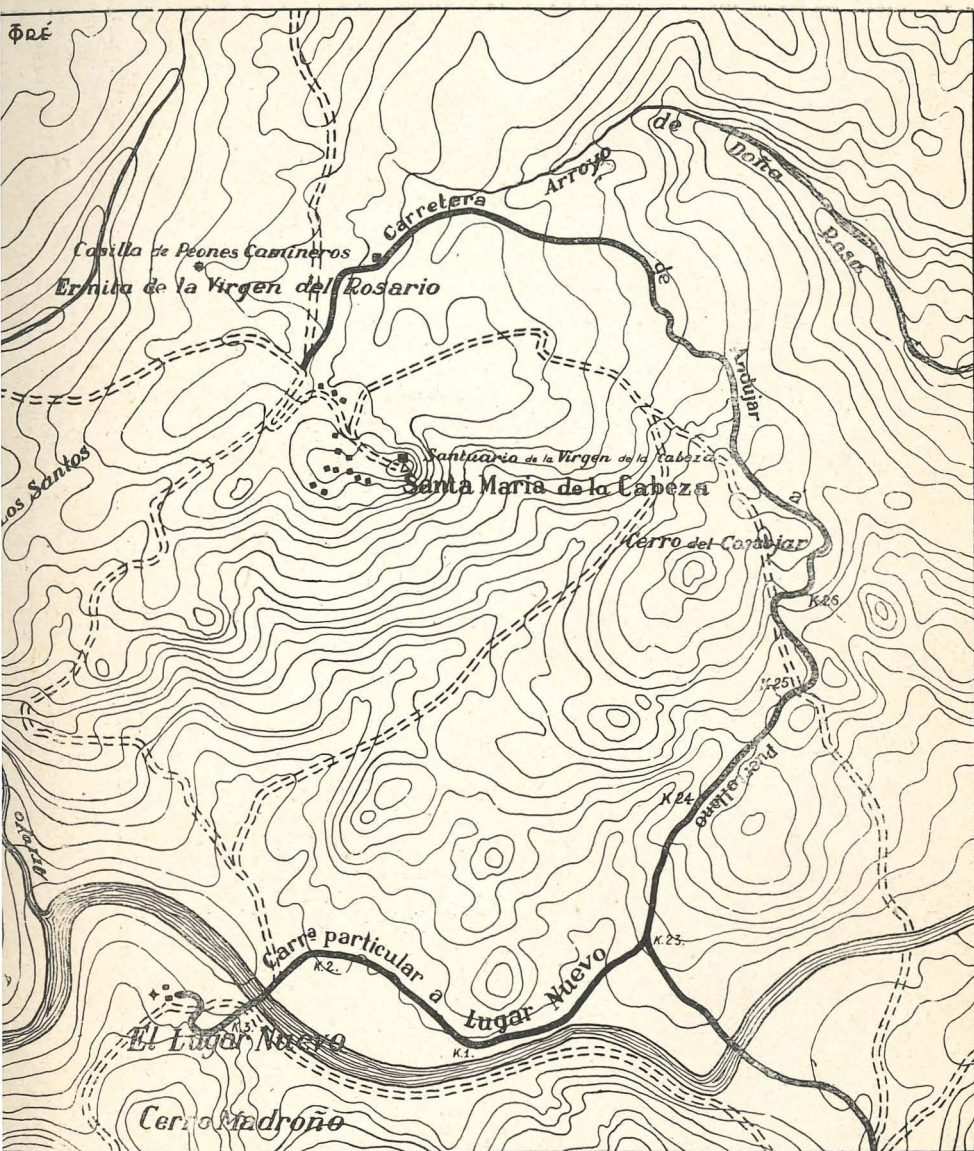
el coche metidos en el garage, y no era posible encerrar el que traía Garzón, y entonces, con un fútil motivo, mandé el camión a la finca, para hacerle hueco en casa al de mi huésped, porque, lleno de armas y uniformes, no podíamos exponernos a encerrarlo en un garage público.

Después recibí algunas visitas de Eduardo Gallo, que, perfectamente enlazado con Aguilera, en Sevilla, nos tenía al tanto de cómo marchaban las cosas.

Rodríguez Acosta estaba entonces en la cárcel, y, al ponerlo en libertad, fuí con mi mujer de visita a casa de su madre, en donde él, advertido, debía de esperarme.

Allí hablamos extensamente. El me dijo que estaba convencido que allí no podría hacer nada porque lo encerrarían otra vez en seguida, y que estaba decidido a irse fuera. Yo le hice presente la conveniencia de que se incrementara la organización de las milicias y la forma de coordinarlas con las que habíamos comenzado a formar de Acción Ciudadana. El, entonces, me contestó que yo también estaba muy significado para poder hacer algo de provecho, pero que procurase buscar un buen jefe de milicias y que él le indicaría a Carmelo Torres y Blas Cuesta que me viesen y, en efecto, días después se encargó de esta misión a Angel Madrid, el cual empezó su función con entusiasmo. Yo conocía perfectamente sus prendas personales de serenidad y valor. Cada dos o tres días venía a comunicarse conmigo. De tal forma, que en el último recuento que se hizo—todos debían de asistir al cine Norte y salir por determinada puerta—contamos más de cien.

Así las cosas, llegó el Movimiento. Con aquellas milicias de Acción Ciudadana se llegaron a reunir cerca de 500 hombres, que en la noche del 17 al 18 esperaban armas en las afueras de la población, en los rastrojos que existían entre el camino de la estación y la carretera de Madrid. Gallo fué al cuartel, pidiendo armas para ellos; pero el teniente coronel creía que era una cosa prematura y no hubo medio de



PLANO DEL SANTUARIO Y LUGAR NUEVO

Escala 1: 25.000



Una buena «foto» sobre la vertical. Las pequeñas cruces blancas (1), (2) y (3) que aparecen en la fotografía eran las señales—hechas con yesones de los escombros—que nos indicaban los lugares más adecuados para arrojarles los víveres. La flecha indica el itinerario que normalmente seguíamos en el aprovisionamiento.

convencerle. Alegaba, además, que en la capital había muy poca fuerza y que esos elementos, con defectuoso armamento y sin disciplina, tenían escasa consistencia para sostener el aluvión de la masa obrera, en parte ya armada.

Hubo que disolver aquellos labradores que habíamos reunido, y ponernos en expectación de los acontecimientos, que no se hicieron esperar.

La radio, verdaderamente enloquecía: órdenes de concentración en la Casa del Pueblo de las distintas filiales, bandos amenazadores exigiendo la entrega de armas en el Gobierno civil. Ya no se fiaban de la Guardia civil; y sobre todo, un cúmulo aplastante de noticias falsas desvirtuando toda posibilidad de éxito del Movimiento y anunciando movimientos de aquellas hipotéticas columnas que aseguraban en todas partes el triunfo del Gobierno republicano.

Patrullas de obreros armados con escopetas, pistolas, chuzos y sables, recorrían todas las calles y mantenían una constante vigilancia en todas las entradas y salidas de la población, que era lo más grave.

Aquella tarde vino a casa uno de mis oficiales de la Compañía de Asalto que yo mandaba con un paisano que no conocía. Me encerré en el despacho con ellos, y casi como preámbulo me dijo: «Vengo a avisarle a usted, mi capitán. Usted y toda su familia tienen que salir inmediatamente de aquí. Esta tarde van a matarlo. Vengo con éste—señalando a su acompañante—porque es buen amigo mío, y a ellos les merece absoluta confianza, y quiero evitar que puedan sospechar de mí».

Les hice sentar, no obstante la prisa que tenían.—¿A dónde iba yo a ir? ¿Y la familia?—Convínimos en que el sitio mejor era el cuartel de la Guardia civil.

Llamé a mi mujer para ponerla en antecedentes de la conveniencia de abandonar inmediatamente la casa. Pero no nos dió tiempo. La puerta de la casa se venía abajo.

—«Son ellos—dijo el teniente.—No hay más remedio que abrirles. Escóndase usted. Nosotros nos quedamos en el despacho, y si entran intentaremos justificarnos.» El timbre sonaba insistentemente y los aldabonazos retumbaban en el portal como detonaciones.

Me lancé hacia abajo, para abrir la puerta, mi mujer detrás de mí intentaba sujetarme.

Yo vestía un «mono» que usé toda la mañana en la instalación de lechería de abajo, y en cada uno de sus dos amplios bolsillos llevaba una pistola. No sé por qué circunstancia, detrás de la misma media puerta que, apestillada, nunca se abría, había un saco de sosa. Monté las pistolas y las oculté dentro, y rápidamente abrí la puerta.

Diez o doce jenízaros armados con escopetas se precipitaron hacia mí. En la calle se veían otros tantos con las armas preparadas mirando hacia los balcones.

—¿Qué es lo que queréis?—, les pregunté.

Mi mujer, temblorosa, me cogía del brazo.

Yo noté que mi presencia les había sorprendido, y volví a insistir nuevamente:

—¿Qué es lo que venís a hacer aquí?

Entonces uno de ellos, mequetrefe de dieciocho años, con facciones gruesas, pómulos salientes y ojos diminutos, bajo y recio, con un pañuelo rojo al cuello, en el que se distinguía mal dibujado con un lápiz la hoz y el martillo, dijo:

—«Venimos a registrar su casa y llevarnos todas las armas que usted tiene, para el pueblo.»

—«Yo no tengo armas ningunas—les respondí.—Cumpliendo los bandos del Gobierno, todas han sido entregadas.

—¿Y esas?—respondió uno de ellos, señalando unas pañoalias de armas antiguas que había en el hall.

—«Esas—contesté a mi vez—pertenecen a mi colección, no tienen actualmente ningún valor, y están reseñadas y de acuerdo con todos los preceptos legales.»

—«¿Pero el pueblo las podrá utilizar a falta de otras?—añadió».

—«Cogedlas—les dije—. Y empezaron a descolgarlas: Escopetas de chispa, un arcabuz, un trabuco, etc., amén de algunos machetes, yataganes, espadas y sables.

Terminada la requisa, uno de ellos pretendió que continuaran registrando la casa; pero otros cuantos le disuadieron, diciéndoles:

—«Cuando don José dice que no tiene más armas, es porque es así». Y ya se disponían a marcharse y habían salido al exterior casi todos, cuando, de pronto irrumpió otro grupo de cuatro o cinco, que creo que era de los que estaban en la calle, al parecer en desacuerdo con la benignidad de sus compañeros, y dirigiéndose a mí me gritaron: «¡Manos arriba!», en tanto que uno de ellos me apuntaba a boca jarro al pecho con una escopeta.

Su actitud decidida, lo absurdo de aquella pretensión, el llevar el sombrero tan completamente echado hacia adelante que apenas si se le veía la cara, me hicieron comprender enseguida de lo que se trataba, y dándole un golpe con el brazo al cañón de la escopeta, que apenas si distaba una cuarta de mi cuerpo, exclamé:

—«Pero ¿qué... es esto? ¿No os lleváis ya las armas que habéis querido?»

—«Sí señor, pero es que nosotros tenemos que registrar la casa»—me respondió uno de los acompañantes del que me había encañonado.

—«Ya la han registrado estos—les dije—. ¿No es eso, muchachos?—añadí dirigiéndome a los que ya habían hecho gracia de tal medida.

—«Sí, es verdad—contestaron ellos».

Hubo entonces un momento de indecisión. Mi mujer se había abrazado a mí y exclamaba:

—«Pero ¿qué le van a hacer a mi marido de mi alma?»

Uno de ellos pretendió calmarla, diciéndole:

—«Mujer, sosiéguese usted que no le va a pasar nada a su marido»—.

El de la escopeta, bien fuese impresionado por mi actitud, que no esperase, o por la amargura de mi mujer, había levantado un poco el cañón hacia arriba y retirándose dos pasos hacia atrás. El sombrero se lo había echado más a la cara todavía y guardaba silencio para que no lo conociésemos.

—«Entonces—continué—ya no tenéis nada que hacer aquí»—.

Y empujando a los que había dentro, les hice salir y cerré la puerta.

Uno de mis fieles quedó observando por el ventanuco entreabierto lo que hacían en el portal, mientras mi mujer y yo subimos en seguida al despacho. Sabíamos que no tardarían en volver y había que aprovechar el tiempo.

Mi mujer salió con el acompañante del teniente, que aseguró que yendo con él no tendría que temer nada. Según supe después, les habían parado tres veces, poniéndoles las pistolas o escopetas en el pecho, exigiéndoles la identificación de su persona.

Los obreros de confianza que tenía en la fábrica fueron llevándose a los chiquillos, cada uno a uno, por distintos caminos, y quedé yo con dos leales encerrados en la casa. Habían vuelto a buscarme y les aseguraron que me había ido; pero habían colocado una patrulla en las cuatro esquinas, algo más arriba de mi casa, y otra por bajo, que me impedía en absoluto escaparme por ninguna de las puertas.

Yo esperaba la noche, pero uno de mis leales me informó que el relevo de patrullas lo hacían a las ocho, y pensó que cuando llegase esta hora era fácil que la patrulla saliente se desplazase algo de aquél sitio para buscar a la otra. Además, habían hecho un detenido reconocimiento de los

sitios de estacionamiento de las patrullas y sus itinerarios más frecuentes.

En efecto, a las ocho de la noche me avisaron que la patrulla de arriba se había internado un poco en la calle Llana, para esperar a la otra, e inmediatamente salí de mi casa. Unos 80 metros delante de mí iba uno de los de confianza, con la misión de rehuir las patrullas. Yo debía seguir su mismo camino y detrás, a la misma distancia, iba otro con objeto de avisar en seguida cualquier peripecia al teniente de Asalto que me visitó y que esperaba en la Comisaría con unos cuantos guardias por si me detenía alguna patrulla intentar recobrarne como fuese.

Siempre detrás de mi guía, subí por la calle Espiga, tomé la de Santa Cristina, ascendí a la Llana, y por la de los Huertos aparecí detrás de la Catedral, desemboqué por el callejón Suncio a la del Correo y San Ildefonso. Mi guía había tomado la de Hurtado, pero un núcleo que ví aparecer me hizo cambiar de itinerario. En la plaza del Mercado me quiso parar Misuf, el ingeniero jefe de Montes, amigo que me reconoció y se extrañaba de verme en aquella indumentaria: alpargatas, tráje de dril y un sombreroillo echado a la cara. Le contesté con una evasiva y seguí para el cuartel. El pobre no había comprendido con quién había de habérselas y ha sido asesinado canallescamente.

En el cuartel, encontré a todos los míos muy inquietos por mi tardanza.

CAPITULO V

DESDE EL CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

Llegado al cuartel hablé con el teniente coronel Iglesias, quien me dijo que, a petición de algunos compañeros y guardias, habían pensado enviar una moto que me trajese; que los guardias de Asalto se habían ofrecido a llevarme en su autocar, alegrándose de que mi presencia hubiese evitado estas medidas, que hubieran trascendido fácilmente a los alborotados milicianos. Me dijo que notificaría a las autoridades que yo estaba detenido en el cuartel, para evitar que me reclamasen y que, sobre todo, me rogaba mucha prudencia y discreción.

La mayor parte del tiempo lo pasaba en la sala de oficiales vestido de paisano, y por el hueco de las persianas podía ver algunas actividades de aquellos milicianos que pululaban por las calles. Porque no hay que decir que desde el día anterior, grupos y más grupos, con el más vario armamento que dar se puede—desde la pistola automática al sable de municipal—invadían completamente la calle, de tal modo que cualquiera que se aventurase en ella tenía que ser bien conocido proletario, y aún así le paraban infinitas veces; y lo que es peor, poniéndole el cañón de las armas de fuego sobre el pecho.

Una de las primeras proezas que hizo esta canalla fué la de asaltar el convento de la Merced, matando allí a algunos frailes y trayéndose otros detenidos hasta el Gobierno Civil. Al llegar a la plaza, uno de aquellos bandidos exclamó:

—«Estos hay que quitarlos del medio».

Y tirando de un gran cuchillo, le abrió el vientre a uno de los religiosos, en tanto que al otro le golpeaban hasta hacerle caer al suelo. Aquello fué una soberbia fiesta revolucionaria. ¡Qué jolgorios y qué risas cada vez que en los umbrales de la muerte se estremecía aquel desgraciado; porque a uno de ellos consiguieron llevarlo con vida al hospital, en donde estuvo varios días, y no es cosa de extenderme contando el trato que allí le dieron: Ni agua, ni comida, sino a presencia del médico, cuando éste con cierta habilidad lo exigía; de tal modo, que a los pocos días hubo de fallecer.

Pero no todas estas patrullas iban a pie: Los principales mangoneadores y cabecillas, con sus incondicionales y cuantos por cualquier medio lo lograban, paseaban en camión o automóvil.

Siempre fué mirado con hostilidad el automóvil por los marxistas. Con frecuencia, el paso por un pueblo en estos vehículos, nos daba cierta idea de su estado social, porque sus sentimientos se exteriorizaban fácilmente a la vista del automóvil, que constituía para ellos una verdadera provocación, pero en cuanto se creyeron amos, resultaba que el automóvil tenía todas las simpatías de los rojos, y sería injusticia negarles que ganaron el campeonato de la permanencia en estos vehículos, sin que haya nadie que pueda discutirsele.

Una de sus primeras preocupaciones fué incautarse de todos los coches y camiones, y bien repletos de milicianos de variable catadura y con el inevitable pañuelo rojo al cuello, comenzaron a recorrer carreteras y dar vueltas a la población en un mismo sentido, al modo de «tío vivo». De tal ma-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

nera que, fijándose en coches y ocupantes, podíamos contar las vueltas. Estos llevan cinco vueltas. Esos, siete; aquellos otros, diez; pero la resistencia que mostraban en su empeño superaba al trabajo que podía realizar nuestra atención. Cansados, dejábamos de contar, y ellos seguían pasando una y otra vez, levantando siempre el puño al llegar frente al cuartel y prorrumpiendo en vivas al comunismo.

Los que iban en camiones descubiertos, nos apuntaban amablemente con sus armas, mientras otros hacían un gesto significativo, llevándose el borde de la mano al cuello, y echando la cabeza hacia atrás.

No hay que decir que las detenciones se sucedían sin interrupción. En poco tiempo quedó llena la cárcel, y más de 800 presos fueron alojados en la Catedral.

CAPITULO VI

**CONTINUO EN MI ENCIERRO.—50 GUARDIAS CIVILES QUE
DESDE CAMPILLO DE ARENAS SE VAN A GRANADA**

Encerrado en el cuartel, pasaba gran parte del día en la sala de oficiales escuchando la radio y buscando en el Espasa mapas que pudieran orientarme sobre la marcha de la guerra.

¡Qué grato descubrimiento fué aquel de Radio Club Portugués! A las dos de la madrugada es cuando mejor se oía. Por cierto, que una interferencia provocada nos impedía escucharla con harta frecuencia. Tal indignación me produjo la villanía de no dejarnos oír aquellas noticias que eran nuestra única ilusión, que procuré saber quién era el que la dirigía, y no tardé en saber que se trataba de un oficial de Telégrafos llamado Pepe o Paco Quesada.

Desde el primer momento se acentuó la hostilidad manifiesta entre la Guardia civil y aquel populacho envenenado e indigno que pululaba por las calles. Ya hemos dicho que cuando pasaban los milicianos apuntaban al cuartel con sus escopetas, y otros daban gritos y amenazaban con los puños en alto. Hubo algunos incidentes, como consecuencia de estas provocaciones, que los guardias resolvieron dando algunos palos, y todos teníamos la convicción de que cualquier motivo haría saltar la chispa de una ruptura de hostilidades. En

Andújar, Reparez ya había tenido un grave incidente que ocasionó la muerte de algunos de estos energúmenos, y que milagrosamente, con la ayuda de los dirigentes, había logrado calmar los ánimos.

Uno de los primeros conflictos que se planteó, fué con motivo de haber concentrado cincuenta guardias civiles en Campillo de Arenas. Ni el oficial ni las fuerzas querían ir, dando lugar a una serie de situaciones violentas que terminaron aceptando la fuerza las órdenes que se le daban. No he olvidado la seriedad y mesura, pero al mismo tiempo la firmeza, con que un cabo se negó al teniente coronel a ir a Campillo de Arenas.

Como es natural, este incidente trascendió a nosotros, los oficiales que allí estábamos, y hubo seria discusión. Yo eché mi cuarto a espadas, apoyando la actitud de los guardias, y Cortés, que como todos los días se había dado una vuelta por el cuartel, confirmó mis apreciaciones con gran violencia. El teniente coronel estaba impresionado, casi convencido; pero entonces el comandante Navarro, al apercibirse de ello, refiriéndose a Cortés y a mí, dijo:

—«¡Cómo se conocen los propietarios, enemigos siempre de la obra igualatoria que ha de realizar la República!»

Cortés se levantó, y dando un seco «adiós» se marchó. Yo no podía irme y le contesté:

—«El tiempo nos dirá si ha de perder usted tanto o más que nosotros, aún no considerando la cuestión más que en ese aspecto material en que usted la ha colocado.»

Poco después entró el oficial a decir que los guardias cumplimentaban las órdenes que se les habían dado de ir a Campillo de Arenas. Yo comprendí perfectamente de lo que se trataba.

Unos días después, los cincuenta guardias civiles y el teniente se habían pasado a Granada.

CAPITULO VII

LA 25 COMPANIA DE ASALTO.—LA COLUMNA MIAJA

Mi holganza de prisionero en el cuartel me permitía hablar con todos los oficiales, las clases y guardias, y apreciar la situación en que se encontraban con relación al Movimiento.

La impresión que daba el teniente coronel Iglesias era la incredulidad de que con nuestros propios medios pudiésemos hacer triunfar el Movimiento. Yo intenté convencerlo, y, como uno de los inconvenientes que me apuntara fuese la compañía de Asalto que él suponía completamente roja, yo, que había logrado que me trajesen de mi casa el uniforme de Asalto, le aseguré que esta compañía, a la que yo había pertenecido hasta meses antes, en que fui destituido, a raíz de las elecciones, tenía la absoluta seguridad de que me seguiría dondequiera que fuese; y como dudase de mis afirmaciones y señalara el obstáculo de la oficialidad, yo le hice presente que el que más influencia tenía sobre ellos, se pondría a mi lado.

Todavía aumentaron sus dudas en mi segunda afirmación, pero, yo, que no cesaba en mi deseo de convencerlo, logré mandar otro aviso con mi letra, y en efecto, aquel oficial se presentó a verme. Entonces le dije:

—«Sepa usted que voy a bajar al cuartel para hacerme cargo del mando de la compañía. Como no me gusta proceder con los compañeros de otra forma, se lo digo a usted así, frente a frente. Usted puede hacer lo que quiera.»

Aquel muchacho, que pese a sus defectos tenía sedimento de caballero oficial, se quedó perplejo, y reaccionando rápidamente respondió:

—«Yo no me pondré nunca frente a usted, mi capitán. Si usted baja a hacerse cargo de la compañía, yo soy el primero que estoy a sus órdenes. Únicamente tendremos que encerrar a ocho o diez individuos, que precisamente procuraré que estén esta noche abajo para que no se escapen.»

Entonces llamé al capitán Amezcua, delante del cual repitió sus afirmaciones, y fui a buscar al teniente coronel para que supiera que contaba con la colaboración cierta de la compañía de Asalto.

Muchos de aquellas clases y guardias se negaron rotundamente a que bajase yo solo a hacerme cargo de la compañía de Asalto, temiendo que me pudieran tender algún lazo. Recuerdo especial he de tributar al brigada Jiménez, tan bueno, tan valiente, tan español. Espíritu animoso, que hacía renacer en todo momento el entusiasmo a su derredor, celoso siempre de su deber, que perdió en el Santuario dos hijas, y que gravemente herido sostuvo la defensa de Cerro Chico con su cuarta sección, hasta que con veintiséis muertos y veintidós heridos fué aplastada por los tanques.

Nuevo conciliábulo con el teniente coronel, que escuchó de labios del teniente de Asalto su compromiso y que no se atrevió a aceptar. Decía que el núcleo obrero de Jaén, sobre todo los diez o doce mil mineros de Linares y La Carolina, en gran parte armados, no podían contrarrestarse con tan escasos medios. Su táctica era esperar, y confiaba en que viniese alguna fuerza nuestra de Córdoba que le permitiese afrontar la situación.

Pero la fuerza de Córdoba no llegó. En cambio, un triste día recibimos con bombo y platillo la noticia, que los rojos tanto festejaban, de que aquella breve y gloriosa etapa de la rebelión de Albacete—otra página sublime para la historia de la Guardia civil y que es preciso aclarar plenamente—había sido aplastada por completo.

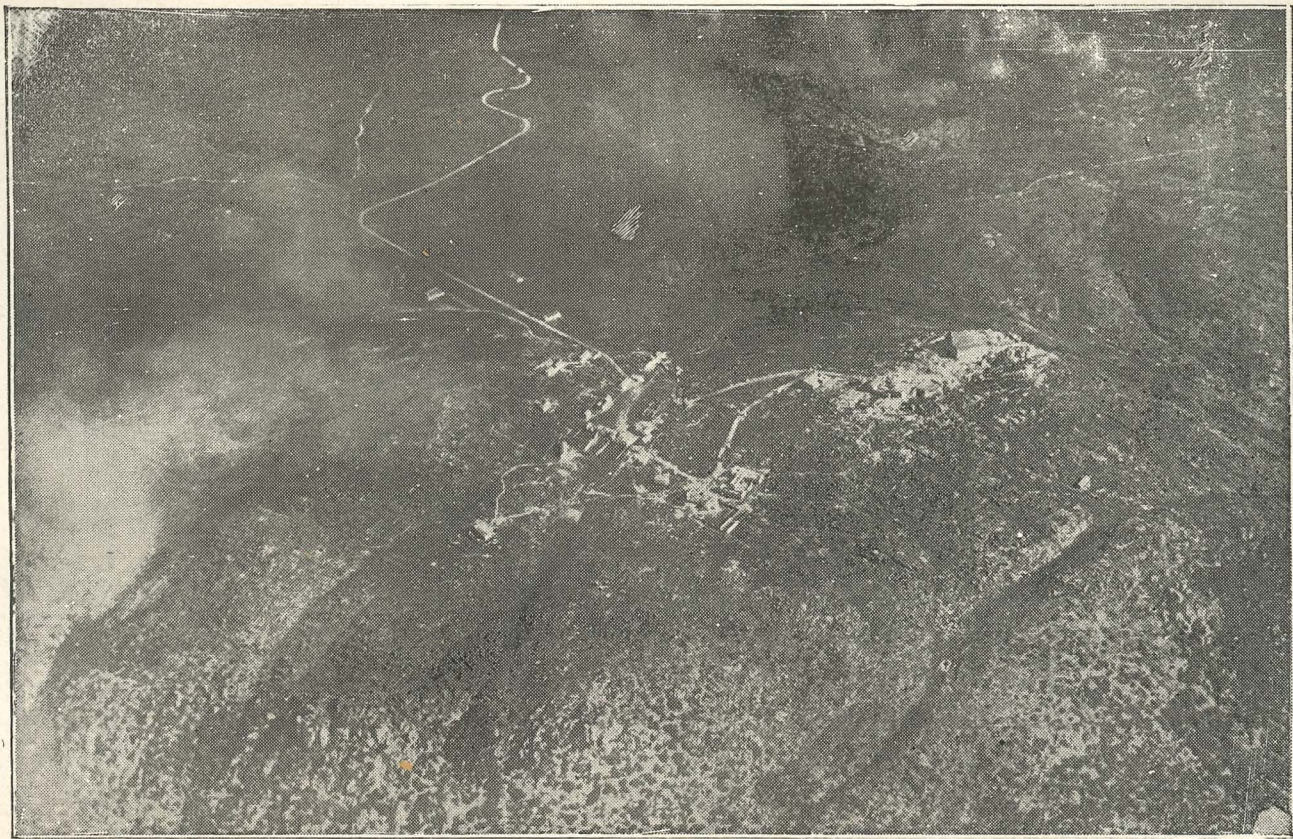
Una desilusión más; pero no era esto bastante. Pocos días después, la Prensa y las radios propalaban a voz en grito la llegada de aquella célebre columna Miaja, que había rendido Albacete, y que aseguraban había entrado ya en la provincia de Jaén.

Coités, Ruda y yo no lo creímos, pero la realidad se impuso. Desde Ubeda, Eusebio García del Castillo llamaba por teléfono, y con su proverbial diplomacia decía sin embages ni rodeos:

—«Decidle al teniente coronel que el general Miaja quiere que yo me sume a su columna con mi fuerza, y que a mí no me da la gana de irme con estos tíos cochinos.»



Octogonal a más de 1.000 metros. Con (1) se señala la casilla de peones camineros, base de partida y de aprovisionamiento de los tanques en la mayoría de los ataques.



Una buena oblicua en que se aprecia todo el conjunto defensivo y muchos detalles, obtenida en el bombardeo del 20-4-937. El humo de nuestras granadas sobre las posiciones rojas no deja ver la Casilla de peones camineros, un poco más abajo del cruce que se ve en la parte superior de las dos carreteras.

CAPITULO VIII

**OTROS CIENTO CINCUENTA GUARDIAS QUE SE PASAN
POR ALCALA LA REAL**

La situación se había complicado. Estábamos seguros de que cualquier indicación de los jefes no surtiría ningún efecto. Entonces procuramos que se pusiera en contacto con Reparaz, que poco después nos había planteado la misma papeleta, y que por colofón a sus palabras había puesto un imprudente ¡Viva España!

Poco después supimos que ya estaban ambos en Andújar. Reparaz ya nos ha explicado cómo se las arregló para armonizar nuestros deseos. Lo cierto y verdad es que se había constituido en el jefe de toda la fuerza de la Guardia civil que iba en la columna. Como nadie ignorábamos cuáles eran sus propósitos, le encarecíamos la necesidad de que no pasase hasta que estuviésemos preparados.

Cuando los cincuenta guardias civiles que fueron a Campillo de Arenas desertaron del campo rojo para Granada, la hostilidad que ya hemos señalado que aquella canalla tenía por la Guardia civil se había acrecentado en términos que hubo que establecer la debida vigilancia en los cuarteles, y nos preocupaba, y mucho más con la columna Miaja allí, que

la fuerza del Cuerpo que había en el sector de Andújar pudiera marcharse al campo nacional.

Nuestra situación en Jaén era cada vez más difícil. Las incidencias aumentaban de día en día. Aunque verdaderamente rojo no hubiese ningún elemento entre nosotros, al punto que un guardia que quiso alardear de marxista regresó a los pocos días herido por un balazo de sus mismos compañeros que le atravesó las dos piernas, de un momento a otro había que esperar un choque definitivo. Esto lo esperábamos nosotros, pero igualmente lo percibía aquel gobernador de farándula, y muy especialmente el Comité Ejecutivo del Frente Popular, verdadero factotum que mangoneaba todo el cotarro. Quitaron la protección que daba la Guardia civil a la Radio y al Gobierno Civil. Uno de estos primeros días en que el gobernador llamó al oficial que mandaba el retén, éste tuvo la humorada de entrar en el despacho con la pistola ametralladora que empuñaba, originando los naturales sustos y carreras.

A la Guardia civil no la querían en ninguna parte, y como es natural, se dificultaban más las posibilidades de un golpe de mano, cuando todos los Centros vitales de resistencia estaban plenamente ocupados por milicianos.

Sabían que el enemigo lo tenían dentro, y, aún estando la columna Miaja en la provincia, levantaban barreras de sacos terreros en las puertas y ventanas del palacio de la Diputación, en la Catedral — cárcel improvisada— y en todos aquellos lugares en que creían posible una acción de los facciosos. Todos los días había una nueva demanda que empeoraba nuestra postura. La exigencia de armas era casi continua. El pedido de estados acreditativos de la fuerza de la Comandancia, lo mismo. Ellos sentían la necesidad de sacar de la población aquél núcleo de hombres armados que tenían dentro, plenamente convencidos de que no tenían entre ellos ni un uno por ciento de partidarios.

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

De pronto, otro nuevo incidente vino a agudizar más nuestra situación. El primer jefe había recibido orden tajante para que marchasen a Alcalá la Real 150 guardias, con el fin de reforzar la guarnición de milicianos de aquél pueblo. Hubo tema abundante para discutir la posición en que nos iba a colocar aquella medida. Sobre todo, temíamos el paso prematuro de ese núcleo de fuerza a Granada, como a pesar de nuestras advertencias acaeció a los pocos días de llegar. Los acontecimientos se aproximaban. Hubo que reunir toda la fuerza y familias, que ocupaban tres cuarteles en uno sólo, no solamente se llenaron los pabellones y dependencias, sino que gente por los pasillos. El cuartel era una pequeña Babel, y mientras tanto sabíamos que estaban concentrando dinamiteros de Linares y que las manzanas de casas próximas al cuartel las habían ocupado. Nosotros emplazamos una ametralladora que teníamos y estudiamos con la posible meticulosidad la defensa del Cuartel, que esperábamos que de un momento a otro sería atacado.

Dos días estuvimos en esta tensión de ánimo. Yo procuraba estar en contacto con la Compañía de Asalto, y supe al día siguiente que la madrugada anterior se había dado en la radio del centro de la Casa del Pueblo la noticia de que nos habíamos revelado contra el Gobierno, y aprovechando este momento de furor de la multitud habían levantado a los guardias de Asalto para que les acompañaran a atacar al cuartel de la Guardia civil, nido de «facciosos traidores». Los guardias no pudieron eludir la prestación del servicio, pero, dejando alejados a los milicianos, se aproximaron al cuartel y volvieron, asegurándoles que no era verdad tal cosa, que reinaba la misma tranquilidad de siempre, y consiguieron disuadirles de sus propósitos.

A los pocos días apareció allí Vicente Sol, infausto personaje, aprovechado «comisario político» de la columna Miaja, que cobró algunas sumas de importancia en los Bancos de

Jaén con su simple firma, y que pretendía captarnos a fuerza de embustes y de lisonjas, sin que lograra convencer a nadie.

Aquel flamante personaje aseguró que la indignación del pueblo era tan justa ante el proceder de los guardias, que habían desertado de las filas de la República, que difícilmente se podía contener, y que lo mejor para evitar que en su exacerbación llegase a linchar a las familias de los guardias civiles, era apartarlas a lugar más separado del frente, en donde pudiesen estar al margen de estas sacudidas del pueblo. Apuntó como los mejores sitios, Santa Cruz de Mudela o Alicante, y no hay que decir que su insinuación se rechazó desde el primer momento; porque lo que realmente se pretendía era coger a todas nuestras familias en rehenes para asegurar algún núcleo de fuerza en aquella fementida columna de Miaja.

Pero el grave problema seguía en pie. ¿Qué partido tomar? Entonces estuvimos pensando, en la sala de oficiales, donde llevar a nuestros hijos y mujeres. Se habló de Porcuna. Rueda apuntó como sitio el Santuario, y cuando llegó Reparaz le pareció ésta la mejor idea. El ya había logrado trasladar a parte de la fuerza de su Compañía con el teniente Ruano a Lugar Nuevo. Con los restantes guardias en el Santuario de la Virgen de la Cabeza se creaba un núcleo de resistencia que sería difícil de vencer rápidamente, y con un acierto y tenacidad admirables emprendió las gestiones necesarias para que autorizasen nuestro traslado al Santuario.

CAPITULO IX

EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA

Reparaz no descansaba. Con mucha rapidez iba resolviendo todos los problemas que se referían a nuestro transporte. Movíase activamente de un lado para otro, y así en un santiamén logró arreglarlo todo. El teniente coronel le dejaba hacer. El comandante Navairo ya se había pasado con los 150 guardias que fueron a Alcalá al Real. Entre las papeletas que resolvió estaba la referente a mi traslado.

Durante el tiempo que estuve en el cuartel, dos o tres veces fueron los rojos con la pretensión de que me entregasen para ser conducido a Madrid o encerrado en el Gobierno civil. Temían la influencia que yo pudiera ejercer sobre los guardias, y naturalmente, al preparar la marcha de las familias al Santuario, querían ponerme a buen recaudo para evitar contingencias.

Reparaz, hábilmente, sostuvo la conveniencia de no separarme en aquel momento de la fuerza, y aún dejó firmado un documento respondiendo de mí personalmente. Yo iría al Santuario y él volvería desde la columna para conducirme personalmente al otro mundo, que es el pasaporte que me querían dar y que habían terminado por confesárselo.

Logrado esto, me dijo lo que pasaba, añadiendo:

—«Los he visto con tal fobia contra tí, que, autorizado y sin autorizar, tú no puedes descubrirte de ningún modo. Estoy seguro de que donde te vean te matan, aunque sea a mi lado».

Me propuso que yo marchara liado en uno de los fardos de colchones que habíamos de llevar. Yo no quise aceptarlo y entonces optamos por que fuese vestido de guardia, con fusil, correa, gafas y tricornio con barbuquejo.

Aquella madrugada emprendimos la marcha al Santuario en el convoy de equipaje, en el que llevábamos todas las armas que había en la Comandancia de Jaén, municiones y una ametralladora «Hotchkiss».

El mando del convoy lo llevaba el teniente Rueda, que iba en el «side kar» de una moto, con una pistola ametralladora, y tuvimos la suerte de que llegase sin ninguna incidencia grave al Santuario. El tren, que debía venir después, no entró en Andújar hasta las tres de la tarde, después de muchas y graves dificultades.

Hacia las cuatro de la tarde, empezaron a llegar las familias de los guardias al recinto de La Cabeza. La situación de las pobres mujeres era terrible. Muchas habían tenido ya que lamentar pérdidas entre sus familiares, víctimas de la odiosidad de aquellos maleantes contra la Guardia civil. La que menos había perdido su casa, sus muebles y su ajuar. ¡Qué espectáculo más triste el de aquellas buenas gentes que de tal éxodo tenían que venir a refugiarse a un peñón en medio de la Sierra, como única garantía de sus vidas!

Los camiones habían comenzado a transportar fardos de colchones y algunos baúles, única cosa que se permitía llevar. La gente, agrupada, iba buscando los bultos suyos, y yo con Rueda me ocupaba del alojamiento, pugnando por completar la capacidad del Santuario y de las casas más altas, no viendo, como es lógico, nada más que la mejor defensa, en

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

tanto que todas las familias querían quedarse en las casas de abajo, a la proximidad del agua.

Las fotografías y planos que publico darán una idea bastante clara del Santuario, que quiero completar con una somera descripción que sirva para fijar su conjunto y formar cabal juicio de esta odisea. El Santuario se alza sobre un cabezo de 687 metros de cota. Su vertiente Norte es muy rápida; hacia el Este llega a ser inaccesible, y al Sur va dulcificándose hasta extenderse hacia el Este en una pequeña meseta por su parte inferior, que asciende después más suavemente hasta la cumbre. Así, en esta parte más llana es donde se encuentran las casas de las cofradías; de tal modo que el conjunto que el Santuario ofrece es a modo de una pequeña aldehuela. Por otra parte, parece más colonia agrícola, por la separación que hay entre las casas, que no están dispuestas de un modo ordenado y que generalmente se hallan separadas unas de otras. Toda esta meseta tiene de 600 a 620 metros de cota, de tal forma que el Santuario se alza sobre una prominencia de unos 80 metros con relación a la meseta baja. El Santuario está unido con la parte inferior por una amplia calzada que se ramifica a unos 300 metros de él, y va a parar a la puerta o arco de entrada uno de esos caminos, y la otra rama más hacia el Sur, y enlaza con el límite inferior de estas construcciones.

Las calzadas, que tienen una gran pendiente, se hallan constituidas por grandes bloques de granito ajustados unos a otros, seguramente labrados su parte superior, que semeja obra de ciclopes. Pasando las últimas casas en dirección Oeste, hay un pozo con agua abundante casi a flor de tierra, y arriba, pegando al Santuario y al Sur, a manera de baluarte sobre el valle, y en firme obra de piedra, avanza un cubo, que constituye los algibes, con el fondo labrado en la roca, y donde se recoge todo el agua que cae sobre el San-

tuario. Para ser extraída tiene dos brocales iguales, de piedra con arcos de hierro forjado, que remata la Cruz.

La distancia desde el Santuario a las últimas casas, en línea de tiro era de 600 metros; es decir, que el conjunto del campamento del Santuario puede decirse que estaba constituido por un triángulo, cuya base era la parte llana en que se asentaban las casas de las cofradías, y en el vértice opuesto el Santuario. Las casas se extendían sobre la falda del cerro, meseta casi llana, prolongándose a lo largo de la carretera de entrada. Siguiendo las calzadas, de trecho en trecho se alzaba un pequeño monumento de piedra, estelas de un rosario monumental, con relieves de bronce del escultor Juan Luis Vassallo, y a cuyo pie figuraba, también con letras de bronce, un soneto en cada uno de ellos, de autores jienenses.

Anualmente, en el último domingo de abril, se celebraba desde tiempo inmemorial la romería, a la que acudían gentes de toda Andalucía y aún de España, pues entre otras recuerdo la casa-albergue de la de Madrid, y la cofradía fundada en Zaragoza de esta santa advocación de la Virgen.

El Santuario de la Virgen de la Cabeza está unido a Andújar por 34 kilómetros de carretera en la que, pendiente sobre pendiente, y revuelta tras revuelta, se gana el cerro, que, como ya dijimos, tiene 687 metros de cota, y con Andújar tiene poco más de 200 metros sobre el nivel del mar, resulta que hay que salvar más de 450 metros de desnivel.

Cuando la carretera llega a iniciar su descenso hacia el valle del Jándula, sitio, por cierto, agradable y deleitoso, grabados en un grueso peñasco se leen estos versos:

«¡Parad caminantes—que os habla esta piedra!—Es Sierra de Andújar—gloria de las Sierras,—breñal encantado—de Sierra Morena...—. Efluvios divinos—el alma penetran—mirando su cumbre—de la Virgen Reina,—que un templo de roca—quiere hacer de ella.— La jara en su incienso,—altares las crestas—y lámparas suyas—todas las estrellas.—Por eso,

 **CEU**
Universidad
San Pablo
Biblioteca de Historia

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

viajero—que a este sitio llega—por lejos que vaya—el alma aquí deja.— J. P. P. (José del Prado y Palacio).

Desde el día antes de la fiesta, esta carretera era un interminable rosario de coches, camiones, bestias y peatones que iban y venían de Andújar al Santuario.

Las cofradías de cada pueblo, antaño venían en bestias, en apretada comitiva, desde el pueblo de origen, y aún en plena República podían hacerlo, siendo un acontecimiento el paso por Jaén de estas hermandades, y donde se amontonaba la gente para esperarlas.

Pero desde Andújar al Santuario, en todos los casos se imponía hacer el camino en estas interminables cabalgatas en que cuidadosamente se llevaba el turno que correspondía, y con los hermanos mayores a la cabeza montados en las mejores bestias, adornadas con lazos y estadales, entre un ensordecedor ruido de voces, gritos, exclamaciones y aquella clásica musiquilla del tamboril y la dulzaina, que escuchábamos todas las fiestas en el Santuario, iban acercándose hacia el Cerro en interminable desfile que rememoraba los irregulares ejércitos de gentes de toda condición que acudían a postrarse a los pies de la Virgen.

¡Qué diremos de las alegrías, bailes y júbilo en que desbordaban aquella noche los cofrades! ¡de aquella generosidad proverbial andaluza, que dondequiera que uno se acercaba exhibía los extremos de la fineza, invitando, por lo menos a un trago de vino! ¡Después, aquel recogimiento que se observaba en el Santuario. Aquellas Misas nocturnas y aquellas interminables comuniones en que la gente se agolpaba, plena de entusiasmo y de fe en las gradas del altar!

Después venía la procesión. ¡Y qué procesión aquella! ¡Cuántas veces la he evocado durante el transcurso del horroroso asedio! La Virgen era transportada bajo palio y en unas andas de plata repujada que conducían doce o dieciséis hombres, que parecía prodigioso que treparan por aquella

Delante de esta explanada hay una amplia lonja, mirador soberbio sobre la Sierra.

A la derecha de esta ancha pueria, por donde salía y entraba la Virgen, hay otra más pequeña que se abre justamente en donde finaliza el cuerpo de la nave de la iglesia. Da acceso a un pasillo muy largo que llega hasta el final del edificio. Este pasillo es la separación de los dos cuerpos esenciales en que está dividido el Santuario. Conforme se entra, a la izquierda está el templo, a la derecha, el cuerpo de hospedería, donde se alojaban los padres Trinitarios y a donde se hospedaban los visitantes. Este pasillo desemboca en una amplia sala, llamada de los Peregrinos, de la que parte otra escalera que sube a las habitaciones altas; y en su fondo, frente a la entrada del pasillo, hay otras tres habitaciones que eran propiamente sacristía, y donde se guardaba el tesoro de la Virgen y que frecuentemente se denominaban las habitaciones del Obispo, porque acaso se alojara en ellas algún Prelado cuando fuera a la fiesta.

A lo largo de este pasillo que hemos tomado como eje se alzan a derecha e izquierda dos formidables muros: uno que sostiene el ala derecha de la iglesia y otro la cubierta de la hospedería. Al internarnos en el corredor, en tanto que la pared de la izquierda se prolonga sin ningún hueco, en la de la derecha se abren las puertas, que comunican con alojamientos de dos o tres habitaciones, excepto la segunda, que abre paso de la escalera que baja a los pisos inferiores.

La fachada Norte era el paramento del muro externo de la nave del Santuario. Tenía aproximadamente la altura de dos pisos. Pero la nave Sur, que el nivel de la explanada de acceso a ella, estaba mucho más bajo— seis u ocho metros— contaba con dos pisos más; de tal forma que, cuando entrábamos por la escalera que daba al pasillo, salíamos al tercer piso y debíamos de bajar otros dos pisos para salir por la puerta inferior.

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

No hay que decir, pues, que los dos últimos pisos tenían por muro interior la firme masa de piedra que forma el cabezo. Esta fachada Sur tenía una puerta que comunicaba con la escalera, que daba acceso al pasillo central. Hacia el Este se prolongaba el Santuario por un muro circular que formaba el altar de la Virgen y unos fuertes muros de piedra, construcción empezada, con que se pretendía prolongar las edificaciones del Santuario.

En la fachada Norte había adosados unos cobertizos, que en la aglomeración de la fiesta permitían algún abrigo a los romeros, y debajo de ellos dos cuadras.

Adosada a este costado, casi embutida en la masa de piedra y algo más retrasada que el Santuario, había una pequeña casita que cubría un viejo motor de aceite pesado abandonado, y un pequeño motor de gasolina "Vellino", acoplado a una dinamo, y un cuadro con conmutadores para conectarla a una batería de más de 40 elementos.

Yo, el mismo día de llegar, me ocupé con uno de los chóferes de poner la instalación en servicio; pero aunque pronto estuvo el motor en marcha, no logramos que el amperímetro marcara carga en la batería, y aquella noche no pudimos oír la radio; pero al siguiente día establecimos un puente fuera del cuadro, que al acusarnos la carga nos permitió reparar una conexión rota.

Todos preguntaban si pronto podríamos escuchar "la radio".

El problema de la luz tenía para todos menos importancia.

Y en efecto, aquella noche intentamos oírla. Habíamos llevado muchos aparatos, pero la corriente de la dinamo era continua y cuantos teníamos eran de corriente alterna. Únicamente un pequeño aparato del cabo Rodríguez, dispuesto para corriente alterna y continua, nos permitió oír algo. Al día siguiente, con más carga la batería, en su régimen normal

de 110 voltios, logramos oír bastante bien a Sevilla. Fué un día después cuando salí del Santuario, pero, ¡cuántas veces he evocado el cuadro de aquella noche!

El aparato receptor estaba colocado en la llamada sala del Obispo, enfrente de la puerta de entrada. A ambos costados había una serie de sillas y luego un sinnúmero de personas se agolpaban, llenándola por completo, hasta completar parte de la sala de los Peregrinos. Los de delante, para no estorbar a los de atrás, se habían sentado en el suelo a la usanza mora, y en un religioso silencio todos estábamos pendientes de las palabras del General, que flagelaba con santa indignación los modos y maneras de la "canalla marxista".

CAPITULO XIII

ALGO DEL SANTUARIO

Eran las seis de la tarde, cuando hallándome en la plazuela de los Algibes oteando el horizonte, me avisaron que había un hombre preguntando por mí. Con cierta cautela me aproximé a él, pero al verlo reconocí al chófer que me había llevado desde Jaén al Santuario disfrazado de guardia civil en compañía de otros.

Me dijo que le enviaba el capitán Reparaz, que estaba en la columna Miaja, para que me fuese con él aquella misma noche. A las once se pasaría él con todos los guardias a Córdoba. Con el chófer venían un guardia y un cabo, que con el pretexto de ir por pluses los había mandado allí. Volví al Santuario para disponer todo lo necesario y despedirme de mi mujer. Ella sabía el acuerdo que teníamos con Reparaz, y que yo debía de irme con él; pero como es natural, al llegar el momento, sentía todo el riesgo de la aventura y pensaba que era mejor que me quedase en el Santuario, en tanto nos pudiéramos defender. No obstante, mi cabeza rapada y, el hosco bigote que no conseguí domar a los términos corrientes del que imperaba en el siglo pasado y mis gafas ahumadas,

temía que me pudieran reconocer, y sabía perfectamente las consecuencias que hubiera tenido.

Yo entonces le hablé:

—«En cuanto se pasen los guardias que hay en el frente de Córdoba, inmediatamente se presentarán aquí los rojos exigiendo que desalojemos esto, y dispuestos a tomar represalias con todos. Lo primero que exigirán es que me entreguen, como lo pretendieron cuando estaba en el cuartel. Aquí ya no hay nada que merezca su confianza. Por el contrario: Evadido Reparaz, que avala mi seguridad, figúrate lo que van a pensar de los demás. Surgirán las amenazas de que, o me entregan, o bombardearán con aviación o harán fuego de artillería, y figúrate si tal acontece; resultaré yo como única causa de la ruptura de hostilidades.—»

Mi mujer calló durante unos momentos y me dijo:

—«Sí, mejor es que te vayas.—»

La abracé y salí para abajo sin despedirme de los chiquillos para que no se dieran cuenta de mi marcha, que no era prudente la supiesen.

Aún añadió mi mujer:

—«¿Y cómo sabré si llegas a la zona liberada? ¿Y si te acontece alguna desgracia, cómo me entero?»

Ahora no se me ocurre ningún medio—le respondí—. Confíemos en que Dios me dará recursos para lograr nuestro propósito.—»

Busqué a Cortés, que estaba en la plazoleta de abajo, y le dije que estaba dispuesto a emprender la marcha. Le indiqué también los deseos que había apuntado mi mujer de que quedase allí, a lo que él me dijo:

—“No, no; desde luego es mucho mejor que te vayas cuanto antes. Tú, aquí, eres una complicación, porque representas siempre un motivo de suspicacia y de amenaza.—»

—«Desde luego; eso pienso yo.—»

—«Dile a Reparaz y a Eusebio Castillo que esperen unos

días a pasarse para que pueda hacer la provisión de víveres para un mes siquiera; y si lográis vuestro propósito, no os olvidéis de nosotros.—»

—«Descuida—le añadí—. Como tú sabes, si, como espero, pasamos las dos compañías de Castillo y Reparaz, habrá más de 400 guardias de esta Comandancia, de Córdoba y Granada, y aunque no sea más que con esta fuerza intentaríamos venir por vosotros. Ahí te dejo a mi mujer y mis hijos. Pase lo que pase, mira por ellos». Y aquella fué la última vez que le vi.

Aún quedaba otro problema. El coche que habían traído, era un cacharro que se había visto negro para llevarlo hasta allí. En el Santuario había un Chevrolet en buenas condiciones. Después de no pocas insistencias logré que el comandante Nofuentes me lo cediera, en tanto reparaban el otro. Yo dije que iba a incorporarme a la columna Miaja, en donde hacían falta oficiales. Al pasar por la Casa de las Cofradías, Mary Carmen, la esposa del teniente de Ingenieros Jesús Olivares, me paró y me dijo:

—«Vd. seguramente verá a mi marido. Dígale que estamos bien y que le he escrito.—»

Todavía hube de detenerme un poco más allá. Mi asistente me esperaba con su guerrera, el corraje y el mosquetón. Yo entonces iba en mangas de camisa, porque no quería que nadie se apercibiese de mi transformación. Pasado el arco, y en un pequeño terraplén, me empaqueté en la vieja guerrera de mi ordenanza, me puse la bandolera, me calé el tricordio con un ancho barbuquejo que me tapaba media cara y empuñé el mosquetón. Mi ordenanza lloraba como una Magdalena al decirme adiós.

CAPITULO XIV

CAMINO DE LA COLUMNA MIAJA

Yo iba con un guardia, un buen hombre, el ordenanza de Reparaz. Este me explicó que el cabo tenía su familia en Lugar Nuevo, y que al paso por allí lo recogeríamos. Yo había visto el pase, en el que figuraban tres guardias civiles, y era del mismo día. Reparaz lo había hecho muy bien. Por lo que respecta al coche, había una seria dificultad: El que reseñaban en el pase era precisamente el que se había averiado y quedó en el Santuario. Esto había que ver la forma de subsanarlo. Rodábamos cuesta abajo por aquellas curvas y zig-zag, que después tantas veces había de ver desde el aire.

Yo iba repasando mentalmente todas las dificultades que se podían presentar en el camino. Aquello del coche era una seria contrariedad. Después lamentaba no haber recogido la credencial de algún guardia de un puesto distante de Jaén que me hubiera podido servir de documento de identidad; pero había que pensar en adoptar un nombre de algún guardia civil, y que fuese factible justificarlo en el Santuario. Yo había metido 500 pesetas en el forro del pantalón; un crucifijo, recuerdo de Madre Ana, en los tiempos azarosos de la República, una medalla del Niño Jesús de Praga y otra

pequeñita que la mayorcita de mis hijas me había dado días antes. Por el anverso tenía la imagen del Corazón de Jesús y detrás la Virgen de la Cabeza. Los milicianos, en su última rapiña por el Santuario, antes de que llegásemos nosotros, habían tirado todas las medallas de la Virgen que encontraron en los cajoncillos de la sacristía, y mi hija, piadosa, las buscaba y recogía para guardarlas con toda devoción.

Paramos donde arranca el camino para Lugar Nuevo. El cabo, puntual, nos esperaba allí. Subió en el coche, y en seguida se planteó el problema de reseñar el coche que llevábamos. Sostenía el cabo que no hacía falta, en tanto yo aseguraba que sí: porque comprendía que la más ligera torpeza nos llevaría a la necesidad de identificar nuestras personas, o por lo menos, que se fijaran más en nosotros, con notable riesgo para mí. Convinimos, pues, que a nuestro paso por Andújar se intentaría la modificación del pasaporte, acreditando la avería sufrida por el coche reseñado.

Llegamos a Andújar, y paramos en la puerta del Comité. El cabo debía quedar allí haciendo las gestiones necesarias, en tanto el guardia, y yo, nos fuimos a casa de la familia de un guardia civil, que no me conocían, donde me presentó como compañero, y aún me invitaron a una gaseosa.

El tiempo pasaba y el cabo no venía. Fué el guardia en su busca, en tanto yo procuraba sostener conversación con aquellas pobres mujeres que preguntaban mucho y que me era difícil contestar. ¿De qué puesto era? Si tenía familia. Qué tiempo llevaba en la Comandancia. Si conocía al cabo fulano o perengano. Por fin, aparecieron el cabo y el guardia. En el pase extendido en el Cuartel General de Miaja, y previa consulta telefónica, se había hecho constar que, averiado el coche que llevábamos, se había sustituido por este otro. Firmaba el Alcalde, con el visto bueno y el sello del Comité. Con nuestros papeles en regla emprendimos el viaje.

Pero, antes de salir de Andújar, en el fielato, fué otra vez detenido el coche, y, aunque se presentó el pase, exigieron que se encendiera el plafón de interior para ver quién iba, y hube de soportar durante algunos momentos la mirada inquisitorial de unos guardias de Asalto, que eran los encargados de verificar el control. Yo me había calado el tricornio; sacaba el mayor partido posible del barbuquejo, que me tapaba el labio inferior, en tanto que el bigote-cepillo completaba mi enmascaramiento. Puede suponerse el lector cuál no sería mi ansiedad, porque durante año y medio y hasta el mes de marzo de aquel año, yo había mandado la 25 Compañía de Asalto de Jaén. Felizmente no me reconocieron, o no quisieron reconocerme, y llegamos a Castro del Río. Nueva parada a la entrada del pueblo, y otra parada más a la salida. La lectura de nuestro pase requería para aquellos estúpidos más de cinco o diez minutos. Habían de efectuarlo delectando, y frecuentemente en «cónclave», pues uno de ellos no era bastante para descifrar el enigma de un pase impreso, con unos cuantos renglones manuscritos.

Salimos por fin de Castro del Río. El chófer estaba muy preocupado. Reparaz le había dicho que escaparían a las once de aquella noche para Córdoba, y después de tanta parada y dificultad, temía que llegásemos después de esta hora. Alcanzamos Espejos, la parada de rigor y continuamos la marcha. Poco después, a unos cuatro kilómetros, fuimos detenidos otra vez. Allí nos encontramos con unos energúmenos, quienes manifestaron que ni con pase ni sin pase se podía pasar. Con una suspicacia terrible pretendieron descifrar el nuestro. Aquellas no eran horas de andar por la carretera. Por fin, del grupo que se había formado en torno del coche salió una voz de alarma:

—«Camaradas, precaución. Abajo todos los que van en el coche. Este no es el coche que viene reseñado.»

Le hicimos que viera la nota que había consignado el Al-

calde de Andújar, refrendada por el Comité; pero de todos modos, se negó terminantemente a que continuásemos nuestro camino. Todos debíamos ir detenidos al Comité de Espejo. El cabo, inteligente y político, alegó la importancia de la misión que llevábamos. El cuartel general de la columna estaba cerca y allí había quedado la matriz del pase. Se podían comprobar todos los extremos; pero ellos aseguraban que únicamente dependían de Fulano, el Alcalde de Espejo, y que no acataban más órdenes que las de éste. Nuevas llamadas telefónicas a este sujeto, que, después de tomar todos los antecedentes, dió su refrendo telefónico al pase. Entonces, más tranquilos, nos dieron la explicación de aquella actitud. Se había organizado un tiroteo en el frente enemigo—nosotros lo habíamos escuchado momentos antes con ansiedad terrible—, y en tales circunstancias no podían autorizar que circulara nadie; pero ahora se había comprobado que la alarma procedía de un perro que había atravesado las líneas. Todos pensábamos en lo mismo: Aquella alarma no podía ser otra cosa que la huída de los nuestros. Eran las doce de la noche y nosotros íbamos a llegar en aquellos críticos instantes.

Al ir a subirnos en el coche, el guardia, inadvertidamente, comenzó a decirme: Pase Vd. mi... No pudo continuar; la palabra «capitán» fué ahogada antes de que pudiera salir de sus labios por una palabrota fuerte que, como un tiro, salió de mis labios, seguido de: "¿No tenéis un poco de agua?" Un soldado, perfectamente vestido, con su correa nuevo, fusil y casco, que entre aquella cáfila de indumentarias de bandidos destacaba, fué el que más notó el desusado tratamiento de usted y aquel «Mi...» insensato que se escapó de aquel pobre hombre que durante más de cuarenta años había respetado siempre el tratamiento y las jerarquías; y se quedó mirándome fijamente. Había que romper aquel terrible silencio, y yo me agítaba hablándole de mi sed, y, en tanto que

me condujo hasta un minuto de la carretera, en donde tenían un indecente botijo, le pregunté de dónde era y dónde estaban de guarnición, mezclado con algunas interjecciones, como convenían al caso. Habían venido él y otros compañeros de Alicante, y para hacer las cosas mejor los habían espuereado por casi todos los pueblos, de tal forma que sólo había cuatro o seis en cada uno. Aquel agua gruesa, al rebosar de mi boca, me mojó la cara y el cuello, hasta el pecho. Hice algunos comentarios de los «cochinos fascista» y subiendo en el coche emprendimos la marcha.

No bien habríamos andado dos kilómetros, otra turba endiablada de facinerosos nos cortó el paso. Venían alocados, con las escopetas en la mano, amenazantes. Preguntaron cuántos éramos y dónde íbamos. Nuevo estudio y lectura del pase, hasta que nos dejaron marchar.

Había que seguir un camino que partía a la izquierda para llegar al cortijo de la Reina, en donde estaban nuestras fuerzas. En coche, pero muy lentamente, dispuestos a huir a campo traviesa, nos aproximamos al cortijo. A la luz de los faros descubrimos la silueta de un guardia. Felizmente estaban allí. Todavía no se habían marchado.

Eusebio García del Castillo, en camiseta, impaciente, se acercó a la llegada del coche. Reparaz se acababa de meter en la cama, harto de esperarme. Fui a hablar y me contuvo con un dedo en los labios. Allí no se podía hablar nada. Pegado a mi oído, me dijo:

—«Estos bandidos hemos descubierta que nos tienen puestos escuchas en todas partes. El otro día descubrimos que había dos ahí, detrás del almiar, en la misma era. Yo quise haberlos cazado, pero Reparaz se opuso porque era un obstáculo para nuestros planes.»

Nos acercamos a otro almiar más próximo, nos recostamos en la paja, y allí, más cerca de nuestro puesto, que ya nos garantizaba de la proximidad de los vigilantes rojos, hablamos

extensamente. El paso de nuestra fuerza era poco menos que imposible. Nos habían colocado delante más de 400 milicianos, cubriendo todo nuestro frente.

Eusebio García del Castillo se expresaba en el lenguaje de siempre. Una interminable retahíla de insultos brotaba constantemente de su boca. Yo le conocía perfectamente, y verdaderamente estaba admirado de que Reparaz hubiera podido paliar sus exaltaciones evitando que hubiese caído por su base todo nuestro plan.

Subimos a la cámara del cortijo donde dormían ellos, y despertamos a Reparaz. Este confirmó la noticia que me había dado García del Castillo. Quería que yo me volviese al día siguiente para el Santuario. Yo me resistía a esta solución y llegué a decirle:

—«Dadme la dirección y yo iré como pueda a través del frente.»

Reparaz se apresuró a decirme:

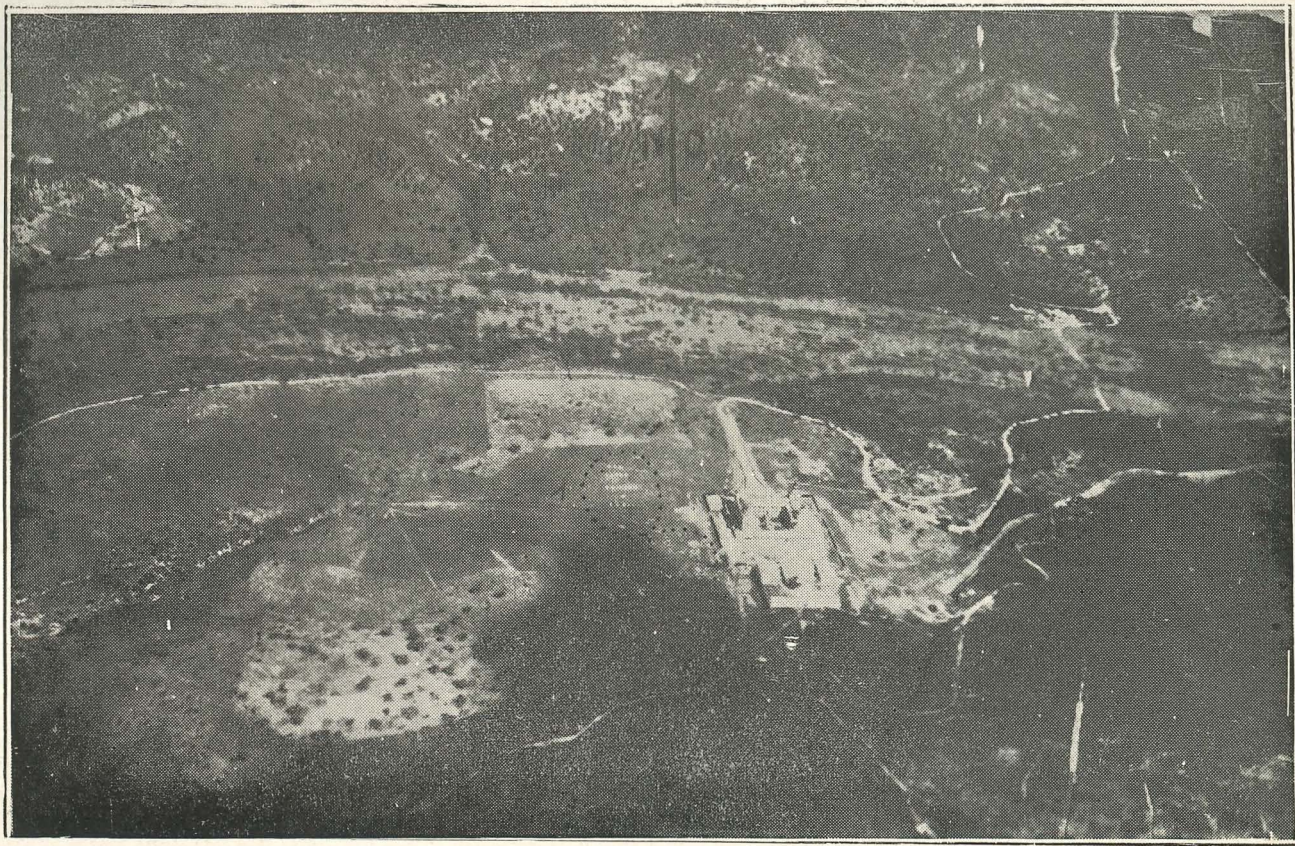
—«Yo he respondido de tí. En cuanto te marches vendrán por mí. Ninguno de los dos nos podemos ir quedando aquí el otro. Nuestras suertes están unidas. Mañana estudiaremos nuevamente qué es lo que podemos hacer.»

Yo intenté irme a la cochera-palomar, donde instalamos el coche, para pasar el resto de la noche allí. Reparaz se opuso, y, sacándome un colchón de los dos que tenía, me coloqué en el otro costado de la cámara.

García del Castillo, dispuesto a acostarse, nos ofreció un «chupito» de coñac al meternos en la cama. El tejado que se alzaba sobre nuestras cabezas, caldeado durante todo el día, despedía un vaho ardiente insoportable. Dos ventanas abiertas apenas si dejaban entrar un poco de aire. Sobre mi mente, cargada de toda suerte de preocupaciones, a pesar de lo agobiante del calor, se impuso el sueño, y hasta bien avanzado el sol en su carrera descansé aquel día.



Otro detalle del mismo bombardeo, las casillas últimas ya habían sido ocupadas por el enemigo.



Lugar Nuevo. En el círculo se puede leer con lupa las peticiones que hacían: Pan-jabón-patatas-y tabaco y alrededor se ven algunos embudos de los bombardeos de la aviación roja.

CAPITULO XV

DEL CORTIJO DE LA REINA A LA NUEVA ESPAÑA

A mí no me parecía prudente comer con Reparaz, Castillo y los restantes oficiales. Creía que era publicar más mi personalidad y dar pábulo a que, los que no me conocían, preguntasen e inquiriesen quién era el guardia que dormía en la misma cámara que los oficiales, que comía en su mesa y que tuteaba a los capitanes. Pero Castillo y Reparaz se oponían a que yo me fuera a otra parte.

Claro que todos los oficiales me conocían, pero significaba un considerable riesgo, no sólo para mí, sino para todos ellos, si me encontraban allí.

Aquel día me obsequiaron con carne de toro que había mandado Intendencia y que, por la cabeza y restos que vi allí cerca, habían sacrificado en medio del campo, como si se tratase de un conejo, aprovechando las partes carnosas y dejando el resto abandonado para los cuervos y los gusanos. Además, habían encontrado dos pollos que, guisados con arroz rompieron la marcha de nuestra comida. El refrán de: "Día de mucho, víspera de poco", se había invertido; es decir, que lo que verdaderamente había resultado cierto en este caso era su recíproca, porque, según me explicó García del Castillo, el día anterior se quedaron sin comer, y ello les

había obligado a racionarse por sí y a tomar las debidas precauciones.

A poco llegó un camión con el correo. Venían en él unos cuantos milicianos con el alcalde de Espejo, un tipo jacarandoso y flamenco, de pañuelo colorado al cuello y sombrero ladeado, cacique máximo de aquellos contornos, con bastante prestigio entre su grey. Con el correo, nos traían bastante Prensa, para que pudiéramos apreciar «los triunfos de las fuerzas republicanas». La Aviación «facciosa» había arrojado Prensa nacional sobre Espejo, de la que a él, como jefe del Comité, le habían llevado algunos ejemplares, que asomaban sugestionadores algún trecho fuera del bolsillo de su blusa. Y, en efecto, en tanto charlaba con unos guardias, otros, hábilmente, le sacaron los periódicos del bolsillo, que luego nos llevaron a nosotros.

No hay que decir que a la llegada del correo yo me había encerrado en la cámara y atisbaba por la ventana entreabierto lo que sucedía abajo. Más precauciones tenía que tomar cuando llegaba o veía acercarse a cualquier paisano, y muy especialmente cuando pasaba un tanque de agua de Obras Públicas de Jaén, pues conociéndome perfectamente los chóferes, cuidaba mucho de no ser visto.

La mayoría de los guardias me llamaban «mi capitán», aunque yo procuraba que en modo alguno me llamasen así; pero es el caso que al día siguiente de estar allí todos sabían quién era yo. Es admirable que teniendo que relacionarse diariamente con los milicianos para el correo, suministros, etcétera, no hubiese, de más de 200 guardias civiles que había allí, ni uno sólo capaz de delatarme.

García del Castillo, Reparaz y yo, departíamos constantemente sobre la solución a tomar. Por fin se optó por que se pasaran cuatro guardias civiles a Córdoba con una nota, que dictó Reparaz, concretando los cortijos que, según sus informes, alojaban a los 400 milicianos que habían interpuesto a

nuestro frente. Salieron a las ocho de la noche del día 24, con el encargo de comerse el papel si fuesen detenidos. Nosotros esperamos impacientes toda la mañana del día siguiente—suponíamos que para las cuatro o cinco de la mañana estarían en Córdoba—; sin que llegase la ansiada Aviación. Comimos y dormimos un poco de siesta.

Cada vez que oíamos el zumbar de un motor nos asomábamos cautelosamente a la ventana. Sobre las cuatro de la tarde oímos el ruido de un motor, que claramente se distinguía que no era avión, sino una «moto». ¡Ah! La fatídica «moto» aquella del cuartel general de la columna, que nos llenaba de inquietud cada vez que aparecía. Y, en efecto; era un oficio conminatorio con severas medidas si se volvían a repetir casos de desertión como el que se había dado aquel amanecer, de cuatro guardias civiles, con seguridad pertenecientes a aquella unidad, que habían llegado a un cortijo próximo de las líneas, preguntando por el camino de Córdoba y obligando por la fuerza a que el casero les acompañara hasta que hubieran pasado a las líneas enemigas. El tono del oficio no permitía dudar sobre nuestra situación. Había que resolver aquello pronto y mejor aquel mismo día. Mañana, tal vez fuese tarde.

A todo esto, los aviones pedidos, aquellos aviones que debían bombardear los cortijos en que se alojaban los milicianos, no venían. Yo era partidario de no esperar más, de lanzarnos a la empresa en seguida. Reparaz, con muy buen juicio, me apuntó los riesgos que se nos ofrecían. A nuestra derecha una batería de 7,5 que apenas distaba dos kilómetros de nosotros; y el espacio que teníamos que recorrer, descubierto en su primer trayecto, nos colocaba bajo su fuego. Más allá estaba el escuadrón de Maqueira, que sabíamos que la decisión de su jefe podía colocarnos en un gran aprieto, cortándonos la retirada.

Esperamos, pues. Las horas transcurrían lentas y ago-

biantes. El calor intensísimo de aquella campiña de Córdoba lanzaba oleadas de aire caliginoso que casi abrasaban. El sol se aproximaba a su ocaso. ¡Qué poco faltaba para que desapareciese en el horizonte y con él nuestra última ilusión! Sabíamos que cuando oscureciera la aviación tenía que ser esperada hasta el día siguiente. ¿Era conveniente aceptar esta nueva prórroga? Pasar otra nueva jornada en aquella indecisión y preocupaciones, esperando ser delatados por cualquiera o el posible encuentro de los guardias con aquellos milicianos que se deslizaban por la noche para escuchar nuestras conversaciones, era locura. ¡Qué cosa más fácil que el comentario entre dos de aquellos hombres, de lo que en cierto modo constituía la comidilla de tales días! Que el capitán Rodríguez de Cueto, disfrazado de guardia, estaba entre ellos. Y esto, dicho sin mala fe al compañero, podía llegar a conocimiento del mando rojo, que inmediatamente tomaría medidas radicales contra todos nosotros. ¿Quién nos decía que, ahondando un poco más en la desertión de aquellos guardias, no detuvieran a Reparaz o a García del Castillo? Yo indicaba que debíamos de marcharnos aquella noche. Reparaz callaba y García del Castillo estaba conmigo.

De pronto, oímos el zumbido de un motor, y pudimos comprobar que era un avión; después otro y, finalmente, un tercero. Rápidamente, salimos. Se mandó a formar. Yo me quité la guerrera y, en mangas de camisa, empuñé una pistola ametralladora e hice buena provisión de cartuchos.

Días antes, Reparaz y yo habíamos mirado cuidadosamente el itinerario a seguir. Yo debía de romper la marcha mandando el núcleo de cabeza. Eusebio García del Castillo el del medio, y Reparaz quedar en el de cola hasta tanto que hubiera salido el último.

Cuando los aviones dejaron caer las primeras bombas, ya estábamos andando. A nuestra derecha y a menos de 100

metros, dejamos el primero de los cortijos en que habían alojados milicianos. Vimos a éstos ocultarse dentro, no sabiendo como interpretar nuestra decisión. No nos hicieron ni un solo disparo. Rompimos las cercas que nos cerraban el paso. A mi lado iba el teniente de Ingenieros, Jesús Olivares, que, avisado momentos antes de emprender la marcha, se había presentado en un automóvil para venirse con nosotros. El itinerario que habíamos trazado era: el pico de un sembrado de algodón, trepar por él hasta alcanzar el límite izquierdo de un olivar y luego subir siempre por la vertiente derecha sin pasar al otro lado.

Pero, todo esto que habíamos mirado desde lejos, representaba una gran dificultad: No habíamos contado con las frecuentes cercas de alambre de espino que habíamos de salvar. La mies, aquella mies espléndida que nos llegaba por encima del pecho en algunas partes, cañas de trigo que parecían bambús, no nos dejaba andar. A poco encontramos profundas zanjas de más de tres metros, por las que discurrían pequeños arroyos. Nuestra marcha se hacía muy difícil. Allí me alcanzó Reparaz. Rectificamos nuestro itinerario y me quedé detrás para empujar la retaguardia y apoyar la marcha del resto obligado a conducirnos. Por fin, allí estaba Fernán Núñez. Eran las diez y media de la noche. La gente, cansada y agotada, descansó un poco. En el camino quedaron una serie interminable de maletas con las que pretendían caminar, y luego, por las exigencias del camino, fueron tirándolas.

En la entrada del pueblo no había nadie. Avanzamos por las calles y, antes de llegar a la plaza, empezaron a sonar tiros, uno de los cuales nos hirió a un muchacho. Estábamos en la España Nacional. Nuestro paso anunciado se había cumplido.

Nos esperaban en Córdoba con los brazos abiertos. En

efecto, se nos dispensó un gran recibimiento. Córdoba contaba con 200 hombres más, armados y de probado buen temple, que en aquel entonces tenían un valor incontrastable, porque, amenazada constantemente, sabía lo que era la angustia de la presión del enemigo, que estaba a 10 kilómetros.

CAPITULO XVI

LES QUITAN UNA AMETRALLADORA Y 15.000 CARTUCHOS

Durante todo el tiempo que estuvo la fuerza en Jaén, así como en su transporte al Santuario y llegada al mismo, la preocupación constante de los rojos eran las armas.

Recuerdo que casi todos los días se suscitaba el tema de la entrega de armas que había depositadas en la Comandancia, y hay que reconocer que, de un modo u otro, el jefe de la Comandancia, pese a sus complacencias y debilidades, nos dejó hacer para ocultar las armas e inutilizarlas. En el Santuario seguía la misma preocupación, y recuerdo que cuando llegó el jefe contó que le habían preguntado insistentemente por la ametralladora que tenía la fuerza y que ellos conocían por haberla visto pasar repetidas veces para el tiro.

El jefe salió de allí el 21 de agosto, llamado por el ministro de Gobernación, y aún recuerdo que, comentando yo con otros oficiales la falta de comprensión de aquel hombre que acudía a un llamamiento a Madrid con tal ingenuidad, cuando bien claramente se comprendía que lo que deseaban era sacarle del Santuario, el comandante Nofuentes—que en todo momento expresaba la fe en nuestro triunfo y que tenía un hijo fascista que milagrosamente se había salvado de las matanzas de Madrid, logrando traerlo a Jaén, me dijo:

—«Ustedes no tienen concepto de la disciplina. Indepen-

diente de las ideas, está la disciplina. Le ha llamado el ministro de la Gobernación y no tiene más remedio que cumplir la orden recibida.»

No hay que decir que enmudecí y salí de la habitación. Poco después, Cortés y yo hablábamos de la insensatez de aquel hombre que interpretaba como disciplina el sometimiento a aquella canalla. Lo dicho me afirmó más en mi juicio, y así se lo dije a Cortés:

—«Ten en cuenta que aquí te quedas completamente solo. Que este hombre ya ves que puede más en él el prejuicio de ese concepto estúpido de disciplina que todo nuestro ideal, y aún que la voz de la sangre. En cuanto a Rodríguez Ramírez, secundará desde luego cuanto hagas, pero no es hombre de iniciativa.»

El día 25 de agosto, el requerimiento constante de la entrega de armas fué por lo visto más intenso. Le pondrían por delante al comandante Nofuentes la orden terminante del general Pozas para que entregase el armamento. Yo parece que estoy viendo la discusión que sostendría con los oficiales.

Nofuentes indicaría que era muy doloroso, pero que no les quedaba más remedio que cumplir aquella orden. Se lamentaría mucho de que tales medidas de desarme les dejaran en manos de la horda. Rodríguez Ramírez apuntaría tímidamente:

—«Las armas no se debían de entregar.—»

Y Cortés se desesperaría en su impotencia, porque sabía perfectamente que una precipitación suya podía hacer fracasar nuestro plan.

Yo hacía dos días escasos que había salido para unirme a nuestras fuerzas de la columna Miaja, y él sabía que nosotros todavía no nos habíamos pasado al campo nacional. Una resistencia suya; una violencia cualquiera podía colocarnos como rebeldes y evitar que se cumpliera nuestro plan. Ade-

más, yo no olvido la súplica anhelante que me hacía de que contuviésemos por lo menos tres o cuatro días nuestra evasión. Aún le faltaban víveres para lograr tener el mes de reserva que habíamos calculado como necesario.

Así se comprende cómo sufriría aquel hombre. Luchando contra las pretensiones de los rojos y la incomprensión de Nofuentes, que no solamente le faltaba energía para una solución de abierta rebeldía, sino que además carecía de melicia y de habilidad para pactar sin descubrir su verdadera situación al enemigo.

Como tantas otras veces: Cortés argumentaría violentamente ante Nofuentes, y el teniente Rueda, tan nervioso, pero tan nuestro, tan verdaderamente nuestro, daría voces desatempladas que a Nofuentes se le figurarían terrible indisciplinada, cuando no eran sino justa indignación de un alma noble y generosa. Pero como quiera que fuese, no estando en condiciones de adoptar una postura de rebeldía, Cortés no tuvo más remedio que aceptar provisionalmente aquella solución, reduciendo cuanto le fué posible la demanda de armas y municiones del enemigo.

Bien comprendo que ni el mismo Nofuentes sabría las municiones y fusiles que quedaban, pues conociendo su debilidad se le habrían ocultado.

Aquel día el comandante Nofuentes entregó a los rojos una ametralladora Hotchkiss, 50 fusiles y 15.000 cartuchos. Al enterarse algunos guardias protestaron airadamente y llegaron hasta increpar al comandante por disponer la entrega de las armas, incluso a amenazarle.

Cortés quedó envuelto en un mar de confusiones. Le habían quitado su más poderoso elemento de defensa.

Al día siguiente de entregarse las armas, vieron venir dos camiones cargados de gente. Temiendo que se tratase de un asalto, se tomaron todo género de precauciones; pero resultaron ser 50 ó 60 guardias de Linares, que por desconfian-

za habían sido desarmados en el frente, y que habiendo conseguido reunirse se refugiaron en el Santuario.

Estas primeras manifestaciones de ellos fueron comprobadas escrupulosamente, haciéndoseles justificar a cada uno su personalidad, y desde aquel día quedaron agregados al Santuario.

Dos días después de la entrega de armas que hizo el comandante Nofuentes, como quiera que cundió por el pueblo que los guardias civiles estaban desarmados, apareció en el puente del Jándula un camión de milicianos que pretendían llegar al Santuario y Lugar Nuevo para dar el paseo, según decían ellos, a una larga lista de guardias que encabezaban con mi nombre.

—«Como ya les han desarmado—decían sencillamente— hay que «limpiar» a todos estos.—»

Los guardias de Asalto, entre los que había no pocos leales, como después veremos en el curso de esta relación, les hicieron saber que en Lugar Nuevo no habían entregado las armas y que en el Santuario quizás no hubieran entregado todas y que aún conservaban la pistola. Entonces pensaron que la matanza podría tener sus quiebras, y dando media vuelta al camión regresaron a Andújar.

Cortés se diría: ¿Qué pasará en las fuerzas de la columna Miaja? ¿Llegaría Cueto? ¿Se habrían pasado ya?

El siguió obstinado en reunir víveres. Diariamente iba el camión a Andújar con el alférez Carbonell, encargado del economato, pero el 28 notó una hostilidad creciente en Andújar. Comprendió que algo había tenido que pasar. La gente estaba muy excitada, y, comprendiendo que no le era posible comprar nada aquel día, cogió el camión y rápidamente regresó al Santuario, antes de que pudieran alcanzarles.

Explicó a Cortés lo ocurrido. Tomaron sus medidas y esperaron acontecimientos.

El día 29, una avioneta que tripulaba el alférez Osborne,

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

meses después muerto gloriosamente, con el que iba el capitán Reparaz, voló sobre Lugar Nuevo y arrojó un paquete de correspondencia.

Eran nuestras cartas anunciándoles que nos habíamos reintegrado a la madre Patria, y pintándoles con exaltación casi mística nuestro arrobamiento y felicidad fuera de la zona roja, a la par que incitándoles a que se mantuviesen allí, ratificándoles nuestra promesa de que no tardaríamos en ir a por ellos.

CAPITULO XVII

LA RUPTURA DE HOSTILIDADES

La noticia del paso de las fuerzas de la Guardia civil que había en el frente de Córdoba exacerbó los ánimos de los dirigentes rojos; pero principalmente la llegada de la avioneta que arrojó un paquete de correspondencia sobre Lugar Nuevo.

La noticia circulaba de boca en boca; mas, como es lógico, los rojos se habían abstenido de ponerle el marchamo oficial; pero a la llegada de la avioneta, que vieron muy bien los obreros que estaban trabajando en las obras del túnel del ferrocarril en construcción, de las cercanías de Encinarejos, fueron con la noticia a Andújar, abultándola extraordinariamente. Los facciosos, como ellos decían, se habían puesto en contacto con Lugar Nuevo y el Santuario, y los estaban aprovisionando de armas para que asesinaran a la gente de Andújar; y a partir de este momento, una lluvia de parlamentarios cayó sobre el Santuario con la pretensión de que saliesen de allí y entregasen todas las armas; que el ejército del pueblo las necesitaba y aún quedaban hombres en condiciones de empuñarlas por la causa de la República entre los que allí había, si no querían ser considerados como facciosos.

Este período de parlamentarismo Cortés estaba decidido

a cortarlo. Uno de los días, entre los parlamentarios vino un cabo de Asalto que pretendió aproximarse hacia donde estaban las mujeres, para intentar convencerlas de que abandonasen el Santuario. Sin duda con esta idea, en tanto peroraban sus jefes, se acercó a la puerta meridional de las habitaciones. No había comenzado todavía su labor, cuando Cortés, descubriendo su traza, cayó sobre él y, violentamente, con denuestos y ademanes amenazadores, le hizo reunirse a los suyos.

Así transcurrieron varios días, hasta que el 2 de Septiembre, Cortés, con todos los demás oficiales, le impusieron al Comandante Nofuentes que firmase una carta rompiendo las relaciones con el Delegado del Gobernador, que en aquella época llevaba la voz cantante de aquel cotarro. De aquella fecha en adelante se sucedieron las presiones y amenazas para que depusieran su actitud.

El día 12, la Aviación arrojó las primeras proclamas. Estas decían:

«A los sublevados del Santuario de la Virgen de la Cabeza:

Si no os rendís inmediatamente, quedará el Santuario reducido a escombros y cenizas, utilizando todos los medios modernos de guerra que poseemos.

El Alcalde: Pablo H. Colomé.»

Puede suponerse el lector la influencia que ocasionarían aquellas proclamas entre tantas mujeres y niños como allí había refugiados.

Como los males es peor presentirlos que sufrirlos, estas amenazas hicieron un efecto terrible. Aquello de que «reducirían a cenizas y escombros el Santuario con los medios modernos» era terrible, y la fantasía libre de las pobres mujeres se figuraba algo infernal que en el espacio de algunos

minutos hiciese polvo los muros en que habían intentado refugiarse. Unas cuantas mujeres valerosas, que por excesivo afecto silencio sus nombres, les convencieron de que aquello era una baladronada; que el Santuario no se deshacía como un terrón de azúcar en un vaso de agua; que los medios modernos de que podían disponer eran muy relativos, y que, sobre todo, antes de que tal cosa pudiera acontecer iríamos nosotros a por ellos.

Pero dejemos la palabra a Cortés, que en su mensaje del día 15 de Octubre dice sobre este particular:

«Día 12 vino Aviación roja con proclamas, invitando rendición. Desde este momento sostuve con el Jefe constante lucha por verlo decidido entrega posición, pretendiendo incluso franquear entrada al Campamento a una comisión roja para que procediese a la liquidación de la Comandancia, a lo cual no sólo me opuse, sino que le juré no se realizaría.»

El día 13 anduvo el Comandante Nofuentes en constantes idas y venidas y tratos con milicianos, que le hicieron sospechar a Cortés que algo tramaba. Y así, cuando aquella noche insinuó su señora que iba a ir al día siguiente a Andújar con su hijo, Cortés, de un modo rotundo, aseguró que no consentía que salieran todos; que si salía la señora y quería que le acompañara su hijo, el comandante no podría salir, o viceversa.

En estas condiciones se presentó a las nueve de la mañana del día 14 un Capitán de Asalto con siete guardias y seis milicianos. El Comandante autorizó su entrada, y tanto él como un cabo de Asalto comenzaron a hacer propaganda abajo, insistiendo en la necesidad de que salieran de aquel lugar, en donde estaban pasando privaciones, y se reintegrasen a sus pueblos, donde podrían vivir bien, y ofreciendo para esto todo género de compensaciones y facilidades.

En las proximidades del arco, quedaron los guardias de Asalto—seis y un cabo—el chófer de un camión, así como

otro chófer del capitán, y siguieron por la calzada el capitán con dos milicianos.

Conociendo qué obstáculo insuperable era el Capitán Cortés, pretendieron captar al Teniente Rueda, comenzando por hablar a su mujer, asegurándole que aquel conato de resistencia a las órdenes de la República no tendría ninguna trascendencia para su marido, que, desde luego, se comprometían a que continuase en el ejercicio de su empleo con todas las prerrogativas; que toda resistencia era cosa absurda y que les acarrearía terribles consecuencias.

Esto llegó a noticia de Rueda, que rechazó enérgicamente todas las proposiciones que le hicieron, asegurando que éi no se movería del Santuario pasase lo que pasase.

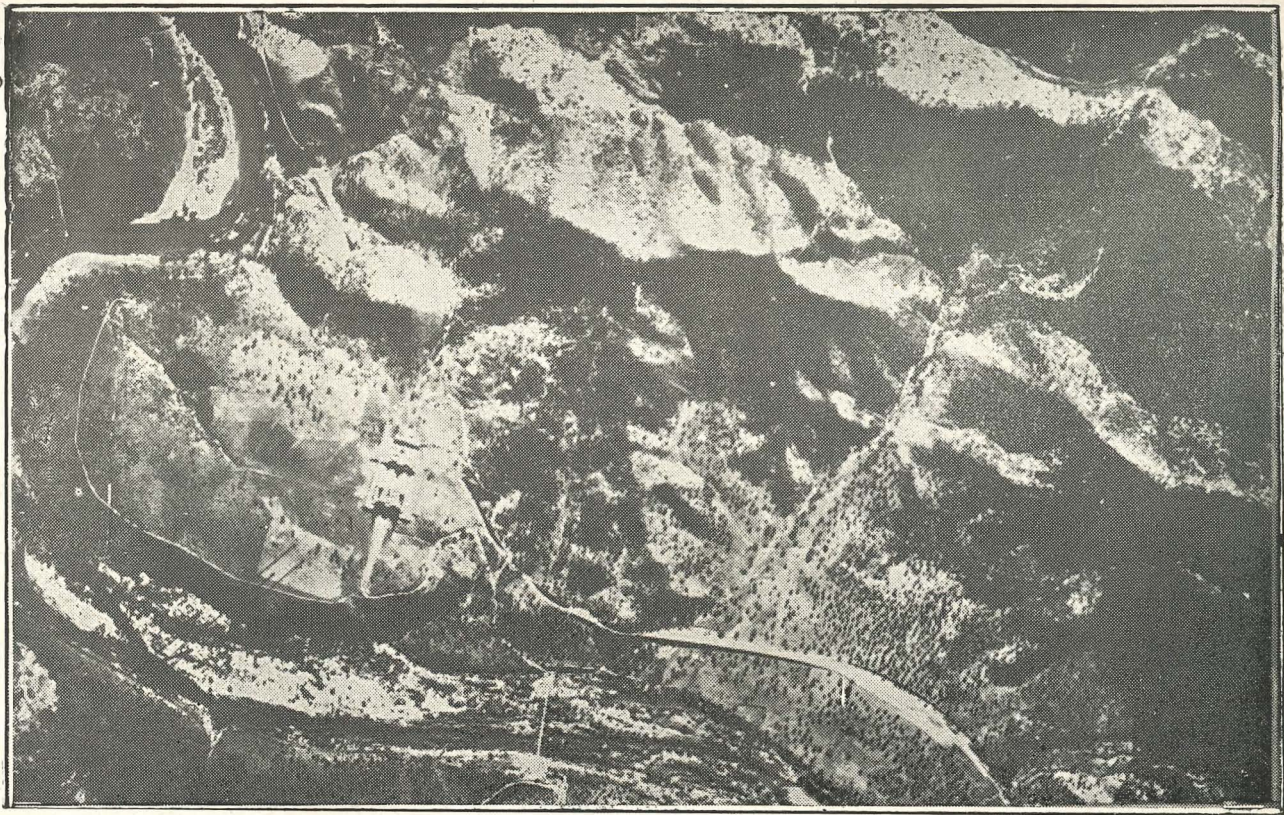
El Capitán de Asalto soltó unas cuantas peroratas abajo; y después, asomándose al balcón de la casa del guarda donde estaba el horno, volvió a hablar arriba a casi todos los refugiados en el Santuario, insistiendo sobre la necesidad de que evacuasen el Santuario.

Cortés, de pronto, interrumpió aquél discurso, diciendo:

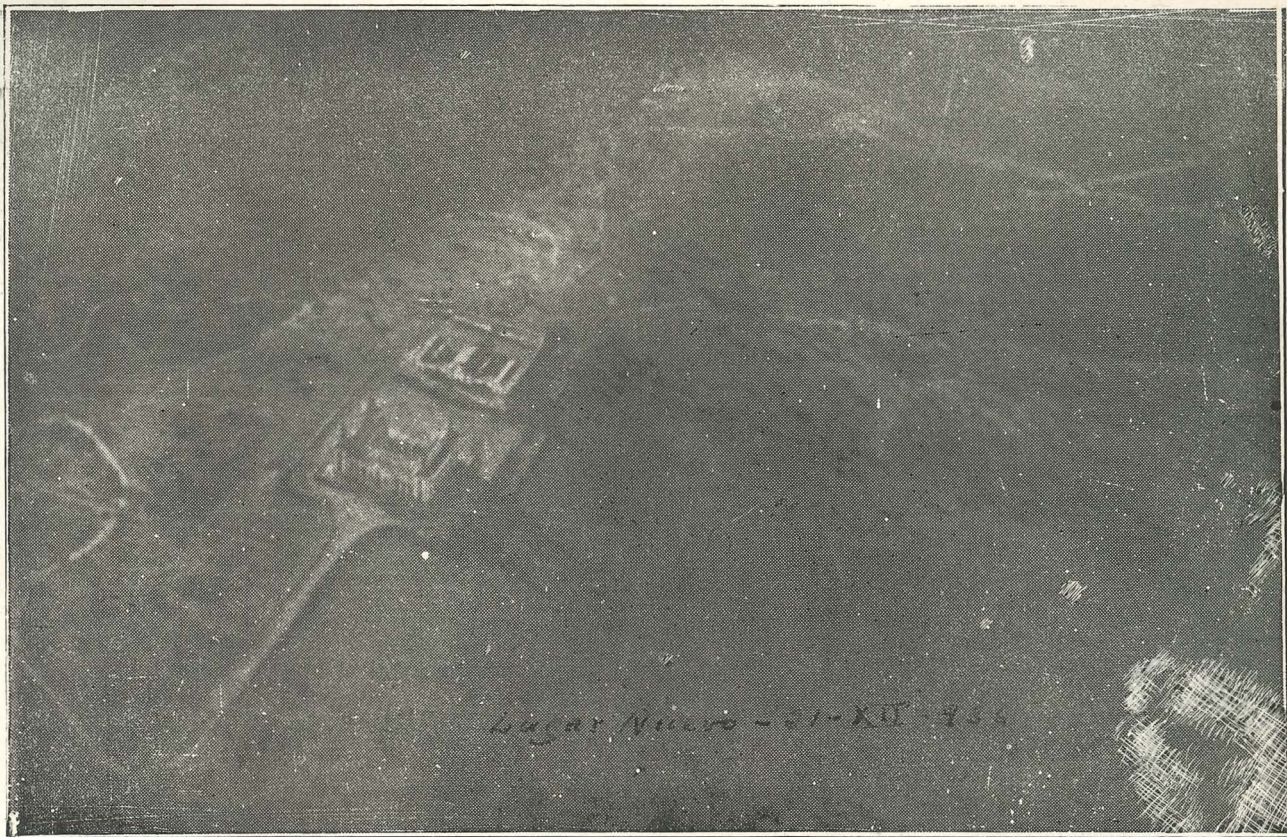
—«Los que estén conmigo que den un paso al frente. Los que quieran irse que se vayan.»

Entonces avanzó la mayoría, pero en tanto que todo esto acontecía, el Comandante Nofuentes había facilitado a algunas familias de guardias los autocares para comenzar la evacuación, y él se fué con el Capitán de Asalto, en su coche, a la casilla de las Latas, desde donde se podía comunicar por teléfono.

Cortés aprovechó estos momentos para reorganizar los suyos. Pudo comprobar que las mujeres de algunos guardias, que habían ido a lavar a la fuente próxima de la Alcobilla, que distaba apenas un kilómetro, habían desaparecido. Se tuvo noticias de que se las habían llevado los rojos, y así mismo aseguraron algunos, que habían estado mirando con los gemelos, que maltrataron a algunos de los guardias, que,



Octogonal a más de 1.500 metros sobre Lugar Nuevo



OBLICUA SOBRE LUGAR NUEVO-31-12-36

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

con sus mujeres, se fueron en estos camiones; incluso les quitaron los pendientes a las mujeres y las despojaron de algunas prendas y equipaje. Esto produjo la natural indignación.

En cuanto volvió el Comandante Nofuentes y los camiones para continuar transportando gente, Rueda le increpó muy duramente y Cortés le quitó el mando y lo detuvo; seguidamente hicieron prisioneros al cabo con los seis guardias de Asalto y cuatro milicianos, recogiendo además un camión y un coche ligero. Escapó otro camión con el chófer, que había salido huyendo al ver la detención de sus compañeros, no obstante los disparos que se le hicieron.

Rodríguez Ramírez, voluntariamente, le cedió el mando, y así quedó Cortés convertido en Jefe de aquel destacamento. Deseaba él, desde hacía tiempo, fijar una actitud decisiva, pero la lucha con el espíritu arraigado en la disciplina le contenía.

A partir de tal momento, es el Robinsón de aquella isla. El ha de sostener el buen ánimo y preverlo todo. Su energía y su carácter son el alma de esta página histórica, que en la modestia de nuestra condición vamos a pretender glosar.

CAPITULO XVIII

BOMBARDEOS A TODO PASTO.—LA PRIMERA VICTIMA

La aviación les bombardeaba tres veces al día. La moral se levantó, no obstante, entre aquellas pobres mujeres y niños, porque veían que la destrucción del Santuario era un poco más lenta de lo que ellos se habían imaginado; pero la costumbre terminó por imponerse y fueron soportando estos canallesclos bombardeos con cierta tranquilidad y hasta con algunas bromas. Los aviones, que parece ser que eran «sex-quiplanos Breguet», aprovechaban bien la proximidad de Andújar para multiplicar sus viajes.

Así el día 24 arrojan 400 bombas. Algunas alcanzaron la cubierta del Santuario e hicieron en ella grandes agujeros. Cuando nosotros volamos por encima, el día 9 de octubre, los descubrimos, como primer testimonio de la violencia que contra aquellos desgraciados habían los rojos empleado.

Los víveres se iban acabando y la ración se reducía de día en día. ¿Qué suerte les esperaba allí? Los rojos habían dado la noticia de su rendición. Ellos comprendían perfectamente que, si había sido creída en la zona nacional, nadie intentaría socorrerlos.

Los días transcurrían en una terrible perplejidad. Cortés no perdía su fe. Confiaba en nosotros. Pero no sólo se trata

de creer, sino de sostener la fe de aquella pobre gente. No mandaba un campamento de soldados, sino además sus familias y las de los guardias que se habían pasado por diferentes frentes para combatir a nuestro lado y que habían de ejercer considerable rémora a toda osadía y sublime impulso de abnegación y de sacrificio. Muchas de estas familias todo lo percibían con tétrica visión, porque llevaban en su alma la amargura de la reciente muerte y sacrificio de algunos de los suyos.

Yo recuerdo que uno de aquellos días que estuve en el Santuario, ví, al salir por la puerta del pasillo que da a las habitaciones, dos pobres mujeres y una muchacha que había sentadas en los poyos que flanquean a uno y otro lado la puerta, y que lloraban desconsoladamente. Yo me acerqué para preguntarles la causa de la amargura que denotaban, y me costó bastante trabajo el averiguarlo: Eran la madre y la hermana de un guardia o cabo que habían asesinado los rojos e incluso a su hijo mayor, mocetón de dieciséis años. No le quedaba más que aquella pobre muchacha, y era en vano intentar consolarlas. Yo le hablé de la proximidad del triunfo, del alborear de la nueva España, de que debían mirar por su hija y nieta, que tenían con ellas, y que habían de sobreponerse a todo su pesar para seguir la vida.

La muchacha joven había secado las lágrimas de sus ojos, que, desmesuradamente abiertos, me miraban como intentando vislumbrar algo de lo que le apuntaban mis razones. Por fin, llegó hasta exclamar dirigiéndose a su madre:

—«¿Lo ve Vd. madre? No se debe llorar así.»

Su madre y su abuela, que por atención a mis últimas palabras habían contenido un poco sus lágrimas, no bien hube vuelto la espalda cuando tornaron a llorar con honda amargura. ¡Cómo iban las infelices mujeres a reconstruir su vida después de aquella catástrofe!

No era esta la única familia de guardias que habían sido asesinados por la horda, y puede suponerse el ambiente que existiría entre aquellas desgraciadas mujeres de las que, la que menos, había perdido todos sus muebles y casi todas sus ropas. Confiando en una espera de quince o veinte días, se veían desterradas allí más de un mes y con la horrible perspectiva de no saber cuál sería el final de tanta desventura.

Cortés no mandaba sólo guardias civiles. Cortés tenta que conducir a esta masa de seres débiles, influenciados desfavorablemente, y que las circunstancias hacían que pusieran negro crespón a todas sus ideas.

Organizó sus fuerzas en una compañía con cinco secciones, y comenzó a fortificar sus puestos. Ya hemos dicho que durante los días que estuve allí, de acuerdo con él, me había dedicado a hacer un ligero croquis del Santuario y sus proximidades, indicando los puestos de defensa y relacionando no sólo los guardias, sino todos los individuos que había allí capaces de tomar las armas.

La nota de este particular y posibilidades de acción la entregué al Gobierno Militar de Córdoba el 27 de agosto de 1936. Con muy ligeras diferencias siguió el plan trazado, y, aunque en un principio distribuyó su fuerza en una compañía con cuatro secciones, al mando de cada una de las cuales figuraban el teniente de la Guardia civil, Rueda, el alférez Carbonell y el teniente de Carabineros Juan Porto, más tarde formó otra sección al mando del alférez Hormigo.

Su distribución era la siguiente: La primera y segunda sección, mandadas por el teniente Rueda, guarnecían la vertiente Norte del Santuario a partir de los sótanos a la casa de Torredonjimeno, incluyendo el arco y pórtico de entrada. La tercera, cubría toda la vertiente Sur desde las proximidades del Cementerio hasta cerca de la casilla de Colomera, mandaba por el alférez Carbonell. La cuarta sección defendía

Cerro Chico a las órdenes del alférez Hormigo, y, finalmente, del brigada Jiménez, y la quinta sección, la vertiente Nordeste y parte de la Sur del Santuario, incluso la casilla de Colomera, al mando del teniente de Carabineros Porto Gallego.

Durante unos días la apremiante necesidad de otros frentes les hizo retirar fuerzas, y quedaron sólo frente al Santuario milicianos y guardias de Asalto.

Los bombardeos de aviación no cesaban. El día 24 de septiembre, a los siete aparatos que constantemente realizaban esta misión añadieron otros tantos, y llegaron a arrojar 400 granadas sobre el Santuario. Aquel día hicieron una tentativa de ataque, creyendo que después de esta actividad de la aviación no sería posible la defensa; pero, apenas intentaron acercarse, cuando el fuego de fusilería y las bombas de mano les hicieron retroceder.

En los bombardeos del 14 de septiembre, uno de los brigadas de carabineros bajaba por las calzadas hacia las avanzadillas de la cuarta, cuando apareció la Aviación enemiga. Hombre valeroso, no le dió importancia; llevaba cargado un rifle Browning que Cortés le había facilitado porque no tenía otro armamento. Una de las bombas cayó cerca. El siguió hacia adelante, y una segunda le alcanzó tan próxima que le hizo caer a lo hondo del hueco entre dos grandes piedras, al mismo tiempo que explotaban por influencia todos los cartuchos que llevaba en el rifle. Lo recogieron en muy mal estado con terribles heridas en el vientre y piernas. Cuando lo subían en una bestia hacia el Santuario, y, como la primera víctima, se reunían en torno de él los hombres y las mujeres, no cesaba de gritar: "¡Viva España! ¡Viva Franco!". Falleció aquella madrugada.

Otra nueva tentativa, unos días después, también fué infructuosa, y siguieron los bombardeos de aviación, que im-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

perturbablemente vertían metralla día tras día, sin tregua ni reposo.

Los víveres iban escaseando. Las proclamas con que invitaban a la rendición se sucedían constantemente. De nuestras filas, no tenían otras noticias que las que recogían con un pequeño receptor de radio. Ningún otro informe llegaba de la zona nacional. Los días se sucedían en terrible ansiedad. La ración había llegado a ser muy escasa. El agua, sobre todo, era un difícil problema.

Antes de salir yo del Santuario, habíamos comprendido la importancia que tenía este problema y llegamos incluso a destacar un vigilante en los aljibes que prohibiera que nadie sacase agua de ellos. Las familias que vivían arriba experimentaban viva contrariedad en ello, pero no había más remedio que limitar el consumo de agua y reservarla exclusivamente para beber cuando se hubiese acabado el pozo de abajo, que, dado el gran consumo que había, y no obstante las limitaciones que se establecieron para lavar, se gastaba rápidamente.

El agua de este pozo resultaba ya casi imposible de beber. Tenía un marcado sabor amargo y repugnante, y la apetencia de agua buena era tanta, que, de noche, con gran frecuencia solían cruzar los puestos enemigos algunos guardias, con el exclusivo objeto de llenar una botella de agua en la fuente de la Alcobilla; otros, como mi hijo mayor, habían aguzado el ingenio, y, machacando carbón, habían hecho rudimentarios filtros con latas de conserva en las que vertían el agua y le quitaba el sabor y olor desagradables.

El agua era una preocupación más que añadir a las que ya pesaban sobre aquellos desgraciados.

Pero un día, unos guardias descubrieron por bajo de un estrechamiento del barranquillo que, entre la casa de Palmira y el Cerro va a parar al arroyo de los Santos, y poco más abajo de nuestros puestos de la primera sección, que en

un embudo de una bomba de aviación enemiga, había un pequeño charco, en el que bebieron y subieron una botella de agua para que la probase el capitán Cortés.

Cortés dispuso que cavaran para hacer un pozo, y desde aquel día no les faltó el agua.

CAPITULO XIX

EL TENIENTE RUEDA

La madre del teniente Rueda, que vivía en Arjonilla, hubo de escapar andando porque la echaron de su casa y quitaron todo cuanto tenía. Algún tiempo después logró reunirse con una cuñada suya que vivía en Villanueva de la Reina. Ya creía haber despistado a sus verdugos, cuando, una madrugada, fuertes golpes en la puerta de su casa la hicieron levantarse y, aterrada, abrir la puerta a una partida de facinerosos que la hicieron subir a un coche, así como a otro hijo que tenía con ella. En un principio creyó la pobre señora que los llevaban al cementerio; pero cuando en la proximidad de Andújar, torcieron hacia el Santuario comprendió de lo que se trataba.

Sabían los rojos perfectamente la significación que tenía Rueda en el Santuario, y buscaban por este medio su rendición. Dejaron al muchacho en la casilla de peones camineros, bien vigilado, y llevaron a la madre hacia las líneas avanzadas, hasta que fué recogida por dos guardias que la acercaron a parlamentar con su hijo, el teniente Rueda.

Este no se acercó. A una distancia de cinco o seis metros, se entabló el siguiente diálogo:

—«Hijo mío, me dicen que si no os entregáis en seguida

os matarán a todos y que nada os pasará si os rendís inmediatamente.—»

—«Que nos maten cuando puedan, pero no nos rendiremos nunca.—»

—«Deja entonces que se vengan conmigo tu esposa Carmen y Pedrín.—»

Y como también lo negase, suplicó:

—«Déjame entonces nada más que a mi nieto; a Pedrín.—»

—«De aquí no saldremos ninguno. Todos correremos la misma suerte. Lo único que puedes hacer es quedarte con nosotros.—»

—«No puedo, porque entonces matarán a tu hermano, que tienen ahí en la casilla de peones camineros.—»

—«Pues elige entre nosotros y él.—»

La pobre mujer sollozaba en una angustia indescriptible y dos guardias la sostenían.

—«Te quiero mucho. Tú bien sabes que nunca te he dado un disgusto; pero yo soy militar y me debo plenamente a mi deber. No esperes de mí, en este terreno, ninguna debilidad».

—«¡Hijo de mi alma!»—gritaba la madre en la desesperación de su amargura, al mismo tiempo que, sostenida por los guardias, era llevada hacia el campo rojo.

Los rojos anunciaron por los altavoces que matarían a la madre de Rueda y a su hermano, que estaba con ella, si aquella noche no se entregaban. El teniente Rueda guardó silencio y no volvió a hablar de su madre.

Días después trajo una carta su madre que, a pocos metros de las avanzadas, le entregó al hijo. Rueda cogió la carta entre sus manos y, sin abrirla, la hizo pedazos y la arrojó al suelo. Después se dirigió a su sección que guarnecía el ar-

co y les dijo: "A partir de este momento, tan pronto como se acerque cualquier parlamentario, sea quien fuese, incluso mi madre, no se respete la bandera blanca, y haced fuego."

Cortés que estaba a su lado le abrazó emocionado, y mientras unas lágrimas temblaban en sus ojos.

Tal fué la conducta del teniente Rueda. En el transcurso de este libro le hemos de ver constantemente al lado de Cortés, como su elemento de más valía y confianza. El mandó personalmente las más felices razzias, que tanto ayudaron al aprovisionamiento: las expediciones para la recogida de madroños.

Constantemente, con las armas o en sus ideas, es la avanzada de Cortés.

Pero no cesaron por esto los rojos de emplear sus ruines procedimientos. Días anteriores habían enviado a la hija de una de las mujeres, que en un principio se habían llevado cuando estaban lavando, para que presionara a su padre para que saliese del Santuario, bajo amenazas de tomar represalias con ellas.

Igual amenaza hicieron a las familias de unos guardias prisioneros en Montoro, que se hallaban en el Santuario refugiadas.

A la mujer de Cortés no habían logrado hallarla, pero unos parientes suyos de Valdepeñas son asesinados, y envían a tres primos del héroe, advirtiéndole que harán lo mismo con ellos si no rinde el Santuario, y le ofrecen si así lo hace, la salida en un avión para el extranjero.

Brindan lo que ellos apetecen, lo que su pobreza de espíritu les pinta como el mayor bien. El extranjero, la miseria de un puñado de pesetas fuera de la Patria. No les importa vivir con la traición, vivir de ella y para ella. El honor, la honradez, la dignidad, son quimeras nuestras que ellos se afanan por borrar, así como ese sublime concepto de la Pa-

tria, aglutinante que afirma en recia unidad nuestras aspiraciones. Es así como juzgan que se puede lograr su ansiada «igualdad»; el día en que todo esto haya desaparecido, piensan que todos seremos igualmente ruines y miserables, y que habrán triunfado.

CAPITULO XX

DEL DIARIO DE MI HIJA. - UNA AVIONETA NACIONAL

Rechazada la intentona del día 24 de Septiembre, después de aquel terrible bombardeo que tuvo a los refugiados del Santuario sin salir del viejo recinto todo el día, el ánimo de aquellas pobres mujeres y niños tenía el natural decaimiento. Pedían a la Santísima Virgen ayuda y salvación. Ya las noches eran frías. Había llovido y el cielo, entoldado de cuando en cuando, no dejaba calentar al espléndido sol andaluz.

Como no se permitió más que una pequeña impedimenta, las pobres gentes se encontraban con vestidos de verano y sin abrigo de ninguna clase. Otro tormento más que agregar a sus penalidades.

Cortés procuraba por todos los medios levantar el espíritu decaído, y algunas personas valerosas le ayudaban poderosamente en su empeño. Pero la realidad había que comprenderla. No se trataba de vanos temores de mujeres y seres pobres de espíritu, no; aquella espera no podía prolongarse indefinidamente. La ración había sido reducida considerablemente y el hambre comenzaba a sentirse. Por añadidura, los diarios bombardeos de aviación habían hecho algunas bajas y gastaban los ánimos.

Pero no está de más que, para dar plena realidad al cua-

dro, transcriba unas notas del diario de mi hija, niña de once años, que ha intentado reconstruir, porque el primitivo, muy completo, se lo rompió su madre al entrar los rojos en el Santuario, por temor a que fuera descubierto:

“El teniente coronel lo llamaron a Madrid y se marchó; entonces se hizo cargo un Comandante; el pobre señor era bueno, pero un poco débil, y en vista de que nos venía una hecatombe, se hizo cargo entonces un valeroso capitán llamado Cortés, que el 13 de Septiembre se sublevó.

“Aquel mismo día vino un avión rojo echando proclamas que decían que si en el término de dos horas no nos rendíamos, el Santuario se reduciría a cenizas empleando los medios más modernos. Al otro día y todos los siguientes nos bombardearon. Aquellos días eran muy amargos. Todo el Santuario sufría. Unos por una cosa y otros por otra. Los rojos, en su afán de que nos rindiésemos, raro era el día que no teníamos parlamentarios. Mientras tanto los de la España de Franco no sabían nada, ni que existía el Santuario. Así estuvimos hasta que un día vino una avioneta que nos echó un paquete de cartas. También venía mi padre en la avioneta y nos mandó una carta. ¡Qué alegría más grande!”

¡Qué alegría más grande!, exclama la pobretilla; y en su ingenuidad y fe sencilla, tendría aquella noche sueños de color de rosa en que desde el mismo cielo, Dios le había enviado a su padre para que fuese al Santuario en misión profética de salvación y gloria.

¿Qué pensaría Cortés? Jefe de aquel conglomerado de hombres y mujeres, especie de tribu de la España Nacional; refugiado en la soledad de aquel picacho; mal cubierto en el Santuario, que ya contaba con numerosos boquetes en el tejado; con frío y con hambre. El tenía que asumir la enorme responsabilidad de aquel paso decisivo que había dado al sublevarse.

Nosotros estábamos en la España Nacional. No carecería-

mos de nada, y hasta les habríamos olvidado. ¡Qué vergüenza y qué dolor me da cada vez que recuerdo que pudieran pensar eso!

Pero un buen día, como dice mi hija, las alas nacionales volvieron a aparecer sobre el Santuario. ¡Qué de ilusiones no se harían estos desgraciados a la simple aparición de una avioneta!

Cortés se arrepentía un poco de lo que antes había pensado, diciendo:

—A Cueto se le había olvidado el Santuario, lo mismo que el capote, cuando se lo dejaba en el cuartel; pero al fin se ha acordado dónde estábamos y hace el hombre lo que puede por socorrernos.

Y bien sabe Dios que el Santuario estuvo siempre en mi mente y sobre mi corazón.

¡Cuántas ilusiones! ¡Quién sería capaz de vencerlos ahora? A la postración y acobardamiento había seguido la plenitud de la alegría y la esperanza de futuras glorias. ¡Oh, cuántos planes! ¡Quién no se sentía estratega y señalaba el camino por donde habrían de venir a salvarles! Otros—con ese espíritu novelesco, de imaginación andaluza, que no se adapta a la realidad, y cuando no le conviene o no le agrada la arregla a su modo y sigue soñando—supondrían que aterrizáramos en el Santuario, o que irían autogiros o una terrible escuadra de aeroplanos que los llevarían a la zona donde están las personas honradas y las que creen en Dios.

Ya se veían por los aires builándose de los rojos y esomados a los aviones para decirles:

—«Hasta luego; porque volveremos. Volveremos encuadrados en las fuerzas de Franco. Volveremos a quitaros, lo mismo que toda España, estos peñascos santos que no sois dignos de tener en vuestras manos. Sí, volveremos cuando hayamos dejado allá a las mujeres y los niños que vosotros no habéis sabido respetar. Sí, volveremos a cobraros vuestras injurias, vuestras

calumnias, vuestros crímenes. Os aplicaremos la pena del Talión. Las bombas que habéis arrojado sobre el Santuario son vuestra maldición; y de ese mismo cielo que menoscabais cruzándolo con vuestros aviones, más alto, mucho más alto, ha de venir el rayo que ha de heriros y que Dios querrá poner en nuestras manos.»

¡Qué bonito era el avión aquel! ¿Dónde llevaría las bombas que, en justa reciprocidad, iba a arrojar a los rojos? Y así todos salieron del último rincón—en donde al sentir el ruido de nuestro avión se habían metido temiendo el bombardeo cotidiano—para saludarnos; para dar salida a su desbordante alegría agitando las manos, los pañuelos, los tricornios, y dando gritos hasta enronquecer en su exaltación, sublime embriaguez de amor a España.

Que no me hablen los gerifaltes pretensivos de que ellos estaban con el Movimiento por tal o cual zarandaja. Cuando busquemos el mérito acrisolado e indiscutible, hay que acercarse a los que no tuvieron la oportunidad del patriotismo geográfico.

La avioneta daba vueltas y vueltas. Había arrojado un paquete con correspondencia y una clave de paineles para que pudieran pedir lo más esencial. Y con lágrimas en los ojos, la vieron perderse allá lejos, entre aquellos cerros.

¡Bendito Angel de Anunciación!

CAPITULO XXI

**HAYA HACE EL PRIMER ABASTECIMIENTO. — SE
REORGANIZA LA DEFENSA DEL SANTUARIO**

Todavía duraba la alegría del día anterior. Había hambre y tenían frío, pero la pacífica avioneta, que ellos se figuraban terrible arma de guerra, les había dejado la esperanza en el alma; y cuando hay una ilusión, y de aquella cuantía, no se vive más que para ella.

Pero es que a la mañana siguiente, ya cerca de las diez, había aparecido otro avión. ¡Oh!, pero aquel avión era mucho más grande y llevaba dos motores; y lo más prodigioso es que de aquel amplio boquete, a modo de puerta, que llevaba ya cerca de «la trasera», empezaron a caer sacos: Maná que enviaba el cielo.

No eran ya sólo ilusiones; les traían pan, alimentos, que tenían mejor sabor que ningunos otros porque venían de la zona Nacional, país de ensueño y de quimera para ellos.

Pasó una vez y arrojó una tanda de sacos. Pero es que volvió a pasar y arrojó más; y cayeron una vez, y otra, y otra; hasta siete u ocho veces, y cada vez iba dejando sacos que caían dando tumbos sobre el Santuario. ¡Señor, cuántas cosas le cabían en el buche a aquel cachalote!

Y ellos, en su hambre, veían venir muchos aviones como

inmensas bandadas de avutardas llevándoles el pan de cada día. Ya había algo más que sueños. Don Quijote se había apeado de Rocinante y platicaba con Sancho, y aun se hoigaba tomando un pedazo de pan de aquellas alforjas que siempre anduvieron bien provistas.

¡Caballeros del ideal, ahí tenéis unos mendrugos de pan para sustentaros un poco; y que no decaiga el cuerpo para poder seguir soñando vuestras sublimes quimeras!

Se había recogido poco. Era la primera vez y no llevábamos más que 624 kgs.; y además no teníamos experiencia, y gran parte de la carga cayó sobre piedras y resultaría inaprovechable. Haya, acostumbrado a bombardear, todavía no había corregido la diferencia del tiempo de descenso de una bomba y un saco. Bien se comprende que la velocidad remanente se reducirá antes en un saco que en una bomba: y así, la rama de la parábola resultaba más corta. Había que hacer el lanzamiento algo más tarde. En la mayoría de los pases se quedaron los sacos algo cortos.

Pero lo esencial estaba hecho. Se les había llevado alimento para el espíritu y abierto la posibilidad de llevarles también sustento para el cuerpo.

La gente se agolpaba, en tanto se arrojaban los sacos, como chiquillos a la puerta de la iglesia cuando el padrino en los bautizos les arroja puñados de calderilla; así corrían ellos hasta alcanzar los sacos que caían.

Haya estaba plenamente satisfecho, y sonriendo me decía:

—«Lo que tienes que decirles es que no salga nadie cuando venga el avión. Vamos a matar a alguno con los sacos.»

Más tarde, y no obstante las precauciones que se recomendaron, hubo un muerto y varios heridos por esta causa.

Las esperanzas se afirmaban y en lo sucesivo se podrían sostener por aquel medio.

Cortés reorganizó sus posiciones de la tercera y la cuarta, que tenían que asegurar la recogida de víveres.

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

Ya no estaba sólo el vigía que sobre la espadaña avizoraba las proximidades de Andújar para avisar la llegada de los aviones enemigos tocando la corneta, que abajo era repetida por los sonidos de dos o tres caracolas o cuernas. Ahora constantemente había alguien que, de "motu proprio", sin encargo especial de servicio, miraba hacia allá, por donde se ponía el sol y nuestros aviones se perdían.

CAPITULO XXII

EL DIA DE LA VIRGEN DEL PILAR

Viejo dicho es que «gala quita luto», y así fué en el Santuario; y eso que, tan reciente el viaje del último avión, aunque tuvieran hambre y su situación mirada reflexivamente les preocupase, los ánimos estaban dispuestos para fiesta.

Cortés, caudillo y patriarca de aquel pequeño pueblo y guardia civil cien por cien, que no olvidaba las características de su Cuerpo, recordó que el día 12 de Octubre era el día del Pilar, Patrona del Instituto, y, aprovechando aquella animación que volvía a colorear el rostro y a levantar los corazones, quiso hacer una fiesta el día del Pilar.

Hombre inteligente, comprendió que aquello animaría el buen espíritu de todos, y así dispuso todo con gran solemnidad. Lo mismo, exactamente lo mismo que si se hallasen en el más pacífico lugar.

¿Ornamentos de Iglesia? Se habían podido encontrar por las cercanías del Santuario y en los escarpados de su espalda: una o dos casullas viejas, un alba y algunas otras cosas, con las que, recosidas y planchadas, y los vasos sagrados que el rector del Seminario de Jaén y otros sacerdotes habían traído consigo, se pudo decir Misa, precisamente el día antes a este de que nos ocupamos.

La iglesia tenía bastantes claraboyas, agujeros que habían hecho al caer las bombas sobre ella; pero, ¡qué importaba aquello! Allí se iba a celebrar una fiesta, fiesta sublime, y aquel marco de escombros no bien recogidos, de muros agrietados y de ventanas hacia el cielo, hacía resaltar más fuertemente su profunda significación.

España volvía a vivir los gloriosos tiempos de la persecución cristiana, y ahora flotaría pujante, más pujante que nunca, para imperar nuevamente sobre la tierra.

Unas cuantas matas de jara y madroño con algún lentisco o espino majoleto, constituían todo el adorno del altar. Pero al pie de él, tal y como lo habíamos visto en las catedrales, había una lucida escuadra de gastadores.

Erguidos, rígidos, con la reciedumbre y fortaleza que da la disciplina, esa disciplina férvida, infiltrada por todos los poros de su cuerpo en el transcurso de tantos años que les fué inseparable. Sus uniformes, pulcros, cuidados, con ese esmero meticuloso que determinan las normas de policía de la Ordenanza Militar. Los tricornos a la espalda. Los correaes, amarillo-oro, como aquel escudo de Wifredo el Velloso, que no les faltaba más que la mancha de sangre para componer nuestra bandera. Los cerrojos de los fusiles y los cuchillos relucientes y los fusiles pulcramente cuidados y bien engrasados en todos sus mecanismos, dispuestos siempre para el uso, con ese cariño que el veterano que siente la milicia tiene por su arma.

A un costado y otro de la nave, dos secciones, una a cada lado. Y aquellos hombres sanos habían rebuscado hasta el fondo de sus baúles para encontrar el uniforme mejor y más cuidado, que vistieron aquel día. Ellos están orgullosos y ufanos, seguros de sí, con el alma llena de ilusiones. ¿Quién podría vencerlos, si por añadidura los manda Cortés, que los conoce, que los comprende y que no ha de tener nunca un momento de desmayo ni de vacilación? Y así transcurre la Misa. Arriba,

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

en el coro, las niñas cantan, acompañadas por el órgano, una Salve, y después aquella popular canción:

«Al Cerro subimos
Con nuestra fe en Vos,
Cantando a la Virgen
¡Oh, Madre de Dios!...»

«Virgen de la Cabeza,
La morenilla,
Que en lo alto del Cerro
Tiene su ermita...»

Y las voces vibran en el recinto y escapan por los claros de la techumbre como si aquellos agujeros hubiesen sido hechos para que Dios escuchase mejor sus voces.

Todos, de rodillas, elevan su alma a Dios, y tiene aquel espectáculo de desolación y de ruinas, que ya amenazaban al Santuario, fuerte sabor del cristianismo primitivo; planta humilde al parecer, pero de raigambre tan firme y adentrada en la entraña de la tierra que, lejos de sucumbir, prospera, rebrotando en las persecuciones más horribles.

Las campanas al vuelo anuncian el día de fiesta. Tiros, a modo de cohetes, ponen esa nota ruidosa y exaltada de nuestras fiestas populares con su sabor moruno.

Abajo, en Lugar Nuevo, también se sentía el jolgorio del día; y no sé por dónde, se habían hecho de algunos cohetes que, rasgando el espacio, subían de allá abajo, casi a la altura del Santuario.

¿Qué pasará en el Santuario y en Lugar Nuevo?—se dirían los rojos.

Era el día de la Virgen del Pilar. Los rojos se habrían apercibido, mas para que la fiesta fuese completa hacía falta algo todavía: un pequeño éxito, una insignificante hazaña

que pusiese color al día; y los guardias que mandaba el teniente Ruano en Lugar Nuevo, tuvieron el acierto de asaltar el convoy que subía los víveres a los rojos que cercaban el Santuario y arrebatarles sus provisiones para que ayunaran aquel día, o por lo menos tomaran su comida a deshora.

CAPITULO XXIII

EL PRIMER SUMINISTRO CON TRES TRIMOTORES

Bien estuvo la fiesta del día anterior. ¡Cómo le habían pedido a la Virgen que les socorriese! ¡Qué manantial de fe había subido hacia el cielo por aquellos empecatados agujeros que los rojos hicieron al bombardear el Santuario! Y como es natural, Dios tenía que oírles, y al día siguiente—¡luego dicen que son malos los días 13!—aparecieron tres aviones.

Era el día espléndido. Las satisfacciones del día anterior les había hecho amanecer en esa dulce euforia que sigue a la oración en las almas sencillas.

El sol, que había empezado a dar en la espadaña, había llegado a inundar todo el Santuario, extendiéndose por las calzadas y llenando las casillas de abajo, como gracia divina que hubiese ido bajando, bajando hasta alcanzar a lo más hondo.

En el valle del Jándula había una tenue neblina que el sol convertía en polvo de oro, disipándola. Ya había sol también en Lugar Nuevo, y, continuando el astro su carrera, llegó a bañar plenamente el cerro y a dorar las cruces que remataban los forjados brocales de los aljibes.

No podían faltar vigías que en estos hermosos momentos de optimismo oteasen el horizonte, y un muchacho de quince

años, hijo de un guardia, dotado de una vista penetrante, que después se hizo proverbial y prestó excelentes servicios, señaló allá lejos unos puntitos oscuros que parecían aviones. Venían por donde los nuestros se habían ido.

¿Serían nuestros?

Uno de los chicos, después de mucho mirar, dijo:

—«Yo veo uno.—»

Pero «el Negus» aseguró:

—«No, son tres.—»

Y en efecto, poco después le dieron la razón.

La noticia de que venían aviones de nuestro campo corrió como la pólvora. Empezaron a asomar de todas partes hombres, mujeres y niños. Venían por allí, a la derecha de Lugar Nuevo, y no podían ser más que nuestros. La gente gritaba entusiasmada:

—«Son nuestros, nuestros.—»

Y se agolpaban en la lonja del Santuario y en la explanada de los aljibes.

Aquellos puntos fueron agrandándose. Ya se distinguían, muy tenues, dos rayitas a uno y otro lado de los puntitos negros, que, poco a poco, se iban engrosando, hasta fijar el perfil característico del avión de frente. Después empezaban a notarse los abultamientos de los motores, y de cuando en cuando, en sus ligeras oscilaciones, se precisaba algo de la cola.

“Son nuestros, no podían ser más que nuestros”—gritaba la gente entusiasmada—. Y eran tantos los que se habían agrupado por la meseta del Santuario y sus alrededores, que Cortés temió una catástrofe si hubieran sido rojos y mandó que se encerrara todo el personal, como precaución.

Así y todo, por las puertas y ventanas, asomaba la curiosidad. Los vieron venir de frente a la fachada principal del Santuario, desviarse un poco hacia la casilla de peones camineros y entrar por ese costado. Los tubos empezaron a caer en la vertiente Norte del cerro, sitio muy batido, y continuaron ca-

yendo encima del Santuario y por la vertiente Sur. Una porción de chiquillos, aprovechando aquella confusión, se había subido al tejado para verlos más cerca. Sobre el mismo tejado cayó uno de los tubos. Botó, y dejó salir una caja de madera llena de higos secos, que, hecha astillas, hizo que se desparramara el contenido y fuera apurada la fruta en pocos momentos por aquellos muchachos hambrientos. El tubo, doblado por la mitad y casi partido, quedó en el mismo alero del tejado, balanceándose. Uno de los chicos, el hijo del alférez Cabeza, muchacho de doce años, que, por cierto, lo mataron después, fué a cogerlo, o por lo menos algo de las vituallas que asomaban a su boca, y entonces osciló y cayó al suelo. Por poco no alcanzó a una pobre mujer que, con un chicuelo, estaba próxima. A la considerable alegría que produjeron los aparatos no había medio de ponerla freno.

La gente, al convencerse de que eran nuestros, había invadido toda la explanada del Santuario. Inútilmente se empeñaban Cortés y los guardias en que la gente se guareciese en el interior de las casas. Los aviones habían dado majestuosamente la vuelta y bajaron tanto, pasado el Santuario, que el más próximo a él tuvo que subir un poco para salvar la cuerda que desde la cumbre de la espadaña al extremo de un tubo de hierro, que a su vez, había atado a la punta de un poste, que para que alcanzase aún más altura, se había clavado al tronco de un árbol.

Este era el dispositivo de que Cortés nos habla después en su primer mensaje de 25 de octubre de 1936, para recoger el correo. Decía:

“Desde fachada Santuario a poste metálico con banderita, habrá tendida, cuando veamos nuestra aviación, una cuerda fina, y en el centro de ella una bolsa con un aro en parte superior, para cogerla desde el avión con un gancho. Es el correo”.

Aunque le faltase experiencia de aviación a Cortés, hay

que reconocer lo bien concebido que estaba su propósito, porque la cuerda, un bramante muy fino, quedaba a más de quince metros del suelo; y tan fina, que se podía romper fácilmente. Para que el avión pudiera verla se habían colocado banderitas de papel y trapo con los colores nacionales, y la bolsa, también roja y gualda, terminaba en un aro de metro y medio a dos metros de diámetro, de alambre de cobre de un milímetro, forrado de tela también con múltiples banderitas, para que fuese visible del avión.

Los legionarios, a quienes les cupo el honor de efectuar aquel suministro, contagiados de la emoción de los sitiados, dieron generosamente dos vueltas, y, como ya habían tirado toda la carga y no se corría riesgo, la gente, toda fuera, agitaba los brazos y daba gritos, despidiéndonos. En aquel viaje y en algunos otros después, nos acompañó José Abela, que tenía su familia en Lugar Nuevo.

Con los víveres recogieron también una cesta con palomas muertas atadas a un paracaídas que no se abrió.

CAPITULO XXIV

**EMPIEZAN A MIRAR AL CIELO ESPERANDO EL MANA. — UNA
RAZZIA FELIZ**

En aquel primer viaje se aprovecharon pocos víveres. Cayeron bien sobre el Santuario, pero el sitio donde quedaron era muy poco adecuado para cogerlos. Los que cayeron en la vertiente Norte, era difícil recogerlos porque, muy batida por el enemigo, hubo que hacer la operación de noche, y, por tanto, se perdió bastante. Lo que cayó sobre la crestería de rocas del Santuario, también se inutilizó mucho al hacerse mil pedazos los tubos; y las viandas que fueron a parar a la vertiente Sur se estropearon más al rodar casi hasta lo hondo del valle. Por otra parte, nosotros carecíamos de experiencia, y los cuarenta y ocho tubos que solía transportar el «Savoia» no llevaban la carga dispuesta adecuadamente, y así resultaron muchas latas de conservas, en una mezcla poco apetitosa de pescado y tierra. Las judías y garbanzos, distribuidas en un área de más de seiscientos metros, resultaban muy difíciles de recoger; pero no obstante, el primer paso estaba dado y la escasez de alimentos se compensaba bastante hartamente con las halagadoras esperanzas que habían florecido en el corazón de aquellos héroes.

¡Ah, pero en el campo contrario, cuánta indignación no debía producir la presencia majestuosa de nuestros aviones!

En su eterno deseo de enturbiar toda esperanza que arraigue en el corazón, de mancillar toda pureza, de cortar las alas del espíritu para que no pueda levantarse del suelo hacia regiones más puras y tenga la misma mezquindad moral que ellos, algo habían de fraguar y ejecutar, y así, acrecentaron sus bombardeos, de los que, ya bien experimentados los sitiados, decía Cortés que "gracias al terreno y a nuestra Virgen, sólo nos producían escasas bajas".

Constantemente tenían siete aparatos sobre ellos, mientras otros siete iban a cargar; o sea que bombardeaban catorce aviones.

Creo que hemos dicho que entre los refugiados del Santuario figuraban también un teniente de Carabineros, Porto, dos brigadas y un carabinero. El teniente Porto, siempre, desde el primer momento, estuvo con nosotros, y yo recuerdo haberlo conocido en el cuartel dispuesto a afrontar todos los riesgos a nuestro lado. Nos decía:

—No tengo más que dos o tres nuestros; los demás no puedo contenerlos, pero con nosotros pueden Vds. contar siempre. Y así fué: sin una vacilación, sin un momento de cohibimiento o de terror, el teniente Porto estuvo a nuestro lado, vino con nosotros al Santuario, y después de haber mandado allí una sección, se suicidó cuando los milicianos que habían tomado el Santuario de la Virgen de la Cabeza subían ya por las calzadas hacia donde él se encontraba.

Pero el malestar de los sitiados se agravaba. Habían hecho nueva reducción en la comida. Con el primer suministro, tasadamente, pudieron reunir comida para dos días, y con el siguiente ni para un día; total, llevaban recibidos víveres para tres días, y habían transcurrido ya bastantes. Constantemente miraban hacia allá, hacia su tierra de promisión, esperando

ver surgir de un momento a otro el tenue ángulo obtuso con el puntito negro en el vértice, origen de todos sus sueños.

Les habíamos echado Prensa, y habían podido completar y ratificar muchas de las noticias, que, confusamente, habían llegado antes a conocer por la radio.

¡Ah, pero el hambre! Aquello era terrible.

¿Por qué no vendrían los aviones?

Y en su ingenuidad, las pobres mujeres daban cabida a las más extrañas hipótesis. La situación no podía continuar así, había que hacer algo. Aquella miserable ración apenas si les podía sostener.

¿Qué hacer?

Cortés concedió algo a la osadía de Rueda, aquel muchacho valeroso que proponía siempre verdaderas aventuras. Cortés, por fin, aceptó su propuesta. En aquel trance, no había más remedio que intentar lo que fuera. Porque Cortés era un hombre reflexivo que aventuraba cuanto era necesario, pero en momentos y sazón oportunos, sin precipitaciones ni nerviosismos, cargado siempre de razón, y con base bastante para triunfar. No tenía nada de aventurero ni de loco.

Y así, una noche, cincuenta guardias civiles, al mando del teniente Rueda, cruzaron las líneas enemigas, entre la casilla de peones camineros y el cerro de los Madroños, y se adentraron en el monte. Llevaban buenos conocedores del terreno, y fueron dejando ocupados, de trecho en trecho, algunos puntos dominantes que les permitieran su regreso y mantener en todo momento la observación completa del enemigo y que les pudiera facilitar en ocasión determinada su retorno.

Así llegaron a unos cortijos próximos, a ocho o diez kilómetros, y les dieron a sus moradores el gran susto; pero la gente se tranquilizó en seguida. Venía la Guardia civil; la que siempre fué para ellos tranquilidad y confianza, y en aquella hora no podían verla de otra forma. Y así fué; recogieron cuanto les fué posible: cabras, vacas, pavos, gallinas, trigo, y todo

se les pagó al precio que quisieron. ¡Ah!, pero quedaba un difícil problema: volver al campamento con todo aquello. Providencialmente, unos carboneros, con veinticinco burros, que habían salido de noche para llegar al apuntar el día al tajo del carbón, acertaron a pasar por allí y les detuvieron para que cargasen sus bestias; pero aquellos pobres diablos, una vez puestos del susto, cuando vieron el afecto y amabilidad con que se les trataba, se aventuraron a decir:

—“De buena nos hemos librado; pero nosotros que pensábamos ganarnos cada uno más de veinte pesetillas...”

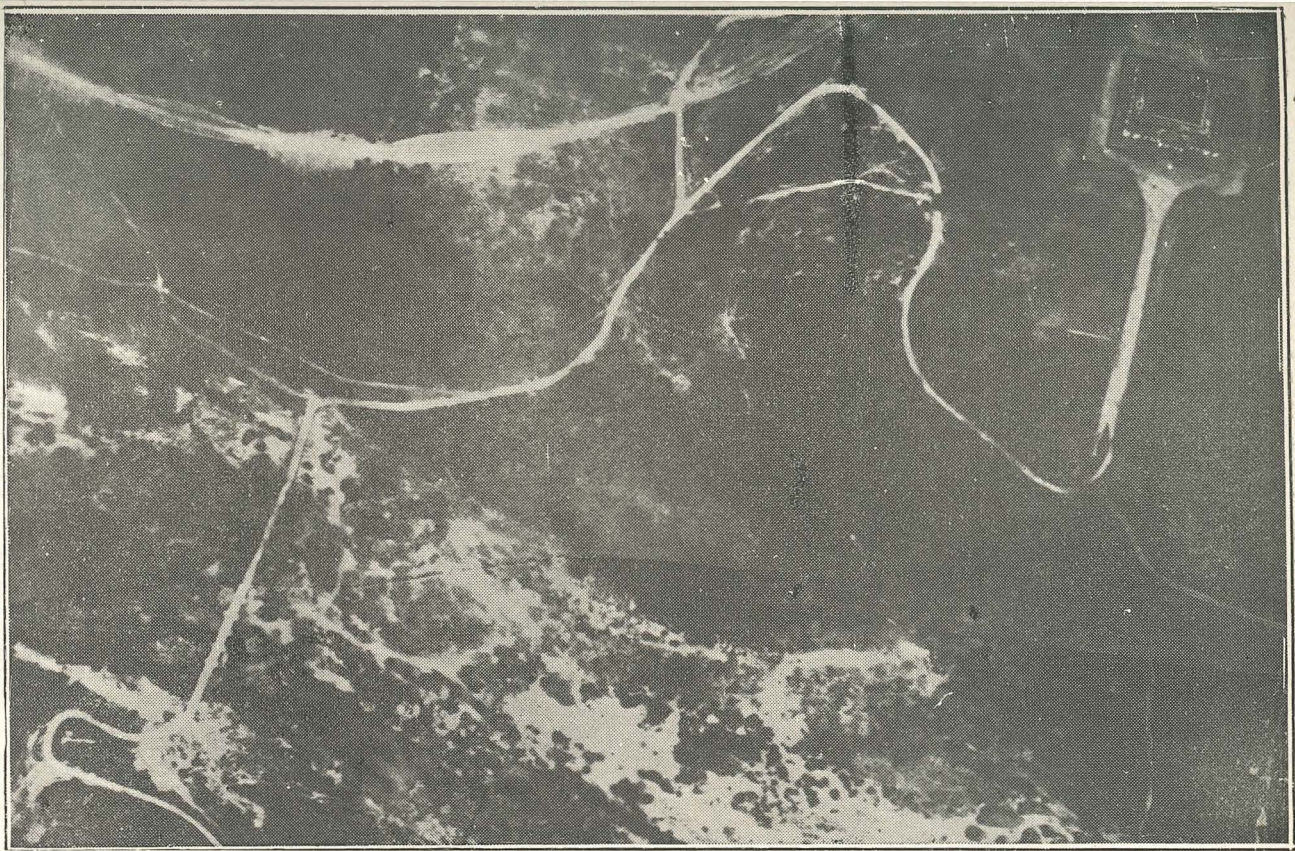
Entonces Rueda les habló:

—«Se os pagará vuestra parte mejor que si fuera carbón.»

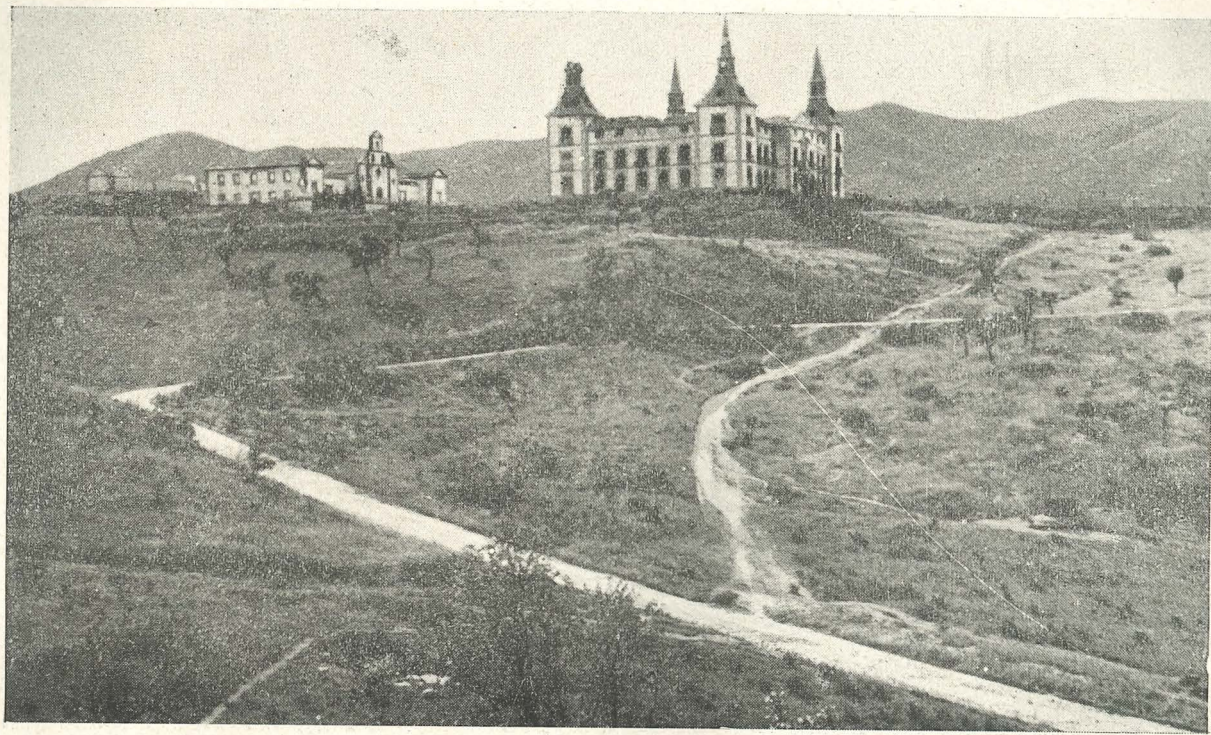
Y así fué: cuando llegaron al Santuario les pagaron 22 ó 25 pesetas a cada uno.

¡Ah! Pero todavía quedaba allí algún trigo. Había que traer más. Entonces, como la necesidad es madre del ingenio, cargaron sendos costales de trigo en los lomos de algunas vacas, y así, este extraño convoy, con notas de hilaridad y un terrible fondo trágico, entró al apuntar el día en el Santuario.

La Virgen de la Cabeza otra vez dejaba caer su gracia sobre sus fieles, logrando aquel copioso y abundante aprovisionamiento.



Lugar Nuevo a vista de pájaro. Se ve bien la carretera, el puente y parte de la explanación del ferrocarril de Baeza y Utiel en construcción.



LUGAR NUEVO DESPUÉS DEL ASEDIO

CAPITULO XXV

**NADANDO EN LA ABUNDANCIA, OTRO ABASTECIMIENTO.
LA PRIMERA PALOMA MENSAJERA**

¡Qué alegría más grande! ¡Ahora sí que podían esperar bien la llegada de nuestras fuerzas! Vacas, cabras, trigo, hasta pavos y gallinas. Aquello era la mano de Dios que derramaba generosa su bondad. El problema se lo figuraban resuelto, y nuevas ilusiones y rebosante alegría de sólo contemplar todo aquel tesoro que se les metía por las puertas.

Mas como ni las tristezas ni las alegrías vienen nunca solas, allí surgía otra:

No habían dado término las manifestaciones de alborozo que produjera la llegada del convoy, cuando, al levantar los ojos hacia el cielo para dar gracias a Dios, vieron allí lejos los consabidos puntitos negros y escucharon después el ruido de motores de avión.

"Aquéllos serán nuestros"—decían. Y la gente volvía a inquietarse y querer salir al exterior, especialmente los hombres y los chiquillos; pero Cortés mantenía la disciplina y no consentía que nadie se asomase.

Venían de frente los aparatos; se desviaron un poco hacia la casilla de peones camineros y cruzaron sobre el San-

tuario más altos que los del último día en dirección Norte-Sur, dejando caer casi todos los víveres en la vertiente Sur, desde las proximidades del Santuario y la casilla de Lopera al barranco, y tres de ellos en las proximidades de la casa de Ortiz, que no pudieron ser recogidos.

La gente había vuelto a salir y se desparramaba por el cerro en un ansia de mirar nuestros aviones. ¡Aquéllos sí que eran grandes y hermosos; no los cascajos chiquitos y feos que les soltaban las bombas! ¡Y qué tubos más grandes! ¡Si fueran así las bombas de los rojos no habiéramos quedado ninguno! Pero también habían caído sobre piedras y no en forma adecuada y conveniente para facilitar la recogida de los víveres que contenían.

Mas, ¿qué era aquello que había quedado en el aire?
¿Un globo?

No—decían los más—es un paracaídas. ¿Qué nos mandarán en él?

Y allí se hicieron comentarios para todos los gustos: Quién pensaba que era emisora de radio; otros, que serían ametralladoras. Hasta que uno de ellos dijo:

—«Son palomas; lo mismo que las que venían el otro día en la cesta con un paracaídas como ese, que no se abrió.»

El bulto que colgaba del paracaídas se balanceaba mucho. Después fué serenándose. Estaba precisamente encima del Santuario y caía muy lentamente.

Una ráfaga de viento lo arrastró un poco hacia la casilla de Ortiz; pero apenas bajó un poco más, la brisa del barranco lo fué impulsando poco a poco hacia la calzada. La gente, hombres y chiquillos, seguía el curso del paracaídas en el aire y cuando se aproximaba levantaban los brazos para cogerlo. Aquello era un verdadero tumulto. El paracaídas, por fin, se aproximó al suelo y cayó entre la casilla Madrid y la casa del guarda. Lo entregaron a Cortés, que subió en seguida a ver lo que contenía. Eran palomas, y rápidamente

les hicieron una jaula aprovechando un trozo de tela metálica que había en una ventana.

Pero la gente quería ver las palomas y se agrupaba en la puerta de su habitación. Entonces abrió la ventana y colgó allí la jaula. Por delante de las palomas, que miraban con unción sagrada porque venían de la zona nacional, desfiló todo el Santuario. Nunca estuvieron estos simpáticos animales más cerca de su expresión simbólica. Nunca se fió más en ellas ni se les adoró con más devoción. Representaban verdaderamente la paz; la paz del hogar tranquilo en que la madre pudiera darles pan a sus hijos cada día y la tranquilidad de que iban a comer al día siguiente, lejos del estruendo de las bombas, del silbar de las balas, de los lamentos de los heridos, de la miseria y del frío que allí les azotaba. ¡Qué se figuraban aquellas pobres gentes al contemplar extáticas aquellas palomas! ¡Cuántos sueños no aflorarían sus imaginaciones! Aquellas eran las palomas de la paz, que no necesitaban ser blancas porque blancas eran aquellas ingenuas almas que las contemplaban.

Todos se preguntaban cuándo soltarían las palomas.

Cortés había leído las instrucciones que venían en la cesta y recogido unos cuantos kilogramos de arbejanas que traía en el fondo. Como todos ansiaban que se soltaran en seguida, afirmó:

—«Mañana a las ocho daremos libertad a dos palomas.»

A la mañana siguiente, cuando salió Cortés a las ocho, la gente se agolpaba a la puerta de su habitación. Iban a ver arrancar las palomas. Cortés protestaba ante aquel tumulto:

—«Nos van a lanzar una ráfaga de ametralladora y nos van a hacer unas cuantas bajas. No puede estar tanta gente aquí.»

Pero no había medio de evitarlo. ¿Quién les quitaba aquella ingenua ilusión?

Seguido de todos, cruzó la lonja de la iglesia y avanzó

por la explanada hasta el mismo ángulo que hace el murete que circunda la lonja, donde quiebra la dirección este a oeste que trae, para tomar la Norte-Sur.

A la paloma le habían puesto, perfectamente atado, un mensaje minúsculo, tan pequeñito, que apenas si lo veían.

Cortés la dejó sobre el mismo ángulo del pretil. La paloma dió una vuelta y se posó sobre la espadaña. Allí permaneció unos momentos y miró a todos lados. Quizás se sentía orgullosa de ser admirada y de ver tanta gente pendiente de sus más ligeros movimientos. Levantó el vuelo y se adentró un poco en la zona roja por encima de la casilla de peones camineros; y, bien segura de dónde estaban «los buenos», del sitio donde encontraría su albergue y la soñada paz, se volvió a posar casi en el mismo sitio de donde había salido, como para darles el adiós definitivo. En seguida emprendió el vuelo hacia la casilla de peones camineros, ante la consternación de muchos que se figuraban que se perdería y que por allí sería cazada por los salvajes rojos, incapaces de un poco de ternura ni para una paloma. Pero no; la paloma no se había engañado. Dió en seguida la vuelta y emprendió su vuelo, segura de su rumbo, por el mismo camino que traían nuestros aviones.

Nuevas manifestaciones de alegría, rebotante, bulliciosa; sincera emoción que enturbiaba los ojos. Algunos agitaban los pañuelos, y las mujeres, en el paroxismo de su entusiasmo, le arrojaban besos.

CAPITULO XXVI

EL PRIMER MENSAJE

Aquellos mensajes que vieron partir con tanta emoción decían así:

“Paloma 44889 lleva mensaje.

...Caso de llegar solamente la paloma portadora de esta clave y no la que lleva el despacho cifrado, diga Radio Sevilla “lleva clave sin mensaje” y si llegaran las dos dirá: «Tenemos noticias completas.» Al dueño palomar nuestro agradecimiento y saludo. Al Teniente de Ingenieros en Córdoba, D. Jesús Olivares, que su familia está bien. Al Jefe y Oficiales Comandancia de Córdoba que recibimos su carta llenos de emoción, les enviamos un abrazo. A nuestros gloriosos aviadores de Córdoba y Sevilla, un saludo de los defensores de esta posición. A Radio Club Portugal y Radio Sevilla, nuestro más profundo cariño. Al Capitán del Cuerpo D. José Rodríguez de Cueto, un abrazo de los suyos, que se encuentran perfectamente, y otro mío en nombre de todos. A mi tío, D. Matías Cortés, Plaza del Duque, 8, Sevilla, que recibí su carta, y un abrazo.—Hoy, 25-10-36.—El Capitán Primer Jefe, Santiago Cortés González. Rubricado.» Notas marginales: «Los defensores de este Santuario corresponden al saludo de los aviadores italianos.—VIVA ESPAÑA.»

.....

"No tengo frases con que describir el cuadro que ofrecía este campamento al leer ante la fuerza y la Virgen bendita venerada en este Santuario su patriótica carta fecha 7 del actual, que nos trajo nuestra gloriosa Aviación. Con lágrimas en los ojos los congregué a todos ante la imagen con la que compartimos nuestras penas y amarguras desde hace más de dos meses; hombres, mujeres, niños y ancianos, todos lloraron de gratitud al sentir la mano protectora de la Madre Patria que por su conducto nos llegó y en la que ciframos todas nuestras esperanzas. Como relato de lo acontecido desde el día 18 de agosto que nos trasladamos a este Santuario, es de hacer constar suspendí día citado licencia por enfermo venía disfrutando, por haber cambiado impresiones con el Capitán Reparaz, que se encontraba con los marxistas en el frente de Córdoba, conviniendo su paso inmediato a las filas del Ejército y sublevación del resto de la fuerza y familiares de la Comandancia en este picacho donde nos encontramos; el día 21 el Teniente Coronel D. Pablo Iglesias salió para Madrid por orden del Gobierno y entregó mando al Comandante D. Eduardo Nofuentes. El día 25 dicho Jefe, tras una violenta escena y con la oposición terminante del Capitán que suscribe, entregó a los marxistas la única ametralladora «Hotchkiss» que teníamos, cincuenta y nueve fusiles y quince mil cartuchos; el día 29 tuvimos conocimiento del pase a Córdoba de nuestros compañeros por aviones Ejército que volaron sobre posición. El día 2 de septiembre, por imposición de todos los Oficiales al Comandante, redacté carta que firmó éste, rompiendo relaciones con Delegado Gobernador, empezando asedio campamento con fuerzas Artillería, Asalto, milicias, que nos cercaron. Día 12 vino Aviación roja invitando rendición: desde este momento sostuve con el Jefe constante lucha, por verlo decidido entregar posición, pretendiendo incluso franquear entrada al campamento a una comisión roja para que procediese a la liquidación de la Comandancia, a

lo cual no sólo me opuse, sino que le juré no se realizaría: a pesar de ello, en la mañana del día 14, después de mil vicisitudes que en parte detallo, acordó la rendición y evacuación en ausencia del que suscribe: la Providencia quiso que, valiéndome de un puñado de muchachos valerosos que me acompañaron constantemente, consiguiese no sólo cortar la evacuación, ya empezada, sino detener a siete de Asalto y cuatro milicianos que no pudieron escapar, haciéndome cargo en el acto del mando de la fuerza, que seguidamente organicé en una compañía, con los valerosos Oficiales del Cuerpo Teniente D. Manuel Rueda, Alférez D. José Carbonell, Teniente de Carabineros D. Juan Porto, cuyo mando de dicha compañía concedí al Capitán don Manuel Rodríguez, que más tarde se me presentó. Día 15, intenso bombardeo de Aviación roja hasta el día 24, que arrojaron más de 400 bombas, las que, gracias al terreno y a nuestra Virgen, sólo nos producen escasas bajas; después alternan proclamas, bombardeos y fusilería con menos intensidad, hasta el día 9 del actual, que en situación angustiosa de víveres, aparece Aviación Ejército a conocer nuestra situación. Día 10, continúa el fuego; nuestros aviones arrojan víveres para un sólo día. Día 13, nuevos víveres, éstos para tres días; mueren al caer las palomas que nos echan; se nos incorporan dos sargentos y tres guardias del campo enemigo. Día 15 establezco contacto con destacamento Lugar Nuevo, el no menos bizarro oficial D. Francisco Ruano, que mantiene elevadísimo espíritu tropa. El día 22 (madrugada hoy), ante situación desesperada víveres, ordeno salida sesenta hombres con Oficial, haciendo incursión campo enemigo, consiguiendo traer trigo, garbanzos y ganado para quince días; al terminar dicha operación aparece Aviación nacional con víveres para dos días y las palomas portadoras de la presente, quedando dos de ellas en nuestro poder; disponemos corriente continua y receptor radio deficiente, aunque oímos sus charlas con indescriptible

satisfacción al conocer marcha operaciones nuestro glorioso Ejército. Tenemos gasolina alimentar motor audición para diez días; necesito ametralladoras; envíen sacos terreros completar abrigo aviación. Precisa ropa de abrigo, sobre todo mujeres y niños, así como mantas para fuerzas servicio. Los víveres deben arrojarlos en placeta forma parte baja posición, grupo casas, a fin mejor aprovechamiento, por estropearse al caer en parte alta sobre peñascos más del 50 por 100; puedo prescindir de momento envío de pan y garbanzos, prefiriendo bacalao, conservas, café, azúcar, chacinas y leche en polvo para niños y enfermos; de material sanitario, desinfectante sobre todo, e inyecciones pecho, corazón y hemorragias. Desde fachada Santuario a poste metálico con banderita habrá tendida cuando veamos nuestra Aviación una cuerda fina y en el centro de ella una bolsa con un aro en su parte superior para cogerla desde el avión con un gancho; es el correo. Cuento con dinamita, careciendo de útiles para emplearla construcción abrigos contra aviación en piedra; preciso alambre espinoso. Debido situación elevada campamento, sería utilísima emisora radio para avisar movimiento Aviación Andújar y Porcuna; existe personal apto, dispongo 200 hombres esta posición y 72 en Lugar Nuevo, siendo mujeres, niños, ancianos, el completo hasta mil quinientas personas que componen el total ambas guarniciones; teniendo ochenta y cinco mil cartuchos de guerra y treinta y dos mil de pistola reglamentaria. Por lo que respecta al espíritu de la tropa, me cabe el orgullo de comunicarle responden todos como un solo hombre, desde que me hice cargo mando posición y están dispuestos a sucumbir a mi lado, si preciso fuera, antes que caer en manos de esa canalla que nos cerca y cuya Aviación nos bombardea diariamente. A mi salida dejé en Jaén a mi esposa enferma, tres hijos, un varón nació con posterioridad y al que no conozco; mi padre y hermanos (uno de ellos en la cárcel), y temo cualquier desmán; ruego guarde

anónimo de mi nombre y actuación fuerza hasta la toma de dicha capital, y nada más. Mi General, contando con la protección de esta Virgen Morena que nos cobija y con la del valeroso Ejército Nacional, todos los que aquí residen se sienten más españoles que nunca y sabrán responder como tales, imponiéndose cuantos sacrificios precisen hasta que llegue la hora de nuestra liberación.—S. S. S. y subordinado, Santiago Cortés González. Rubricado.» Escrito con clave del Capitán del Cuerpo don José Rodríguez de Cueto.—«Su familia bien. (Esta clave la hice en el mismo avión, en vuelo desde Sevilla al Santuario, donde la arrojé el mismo día que las palomas.) Al médico que interviene envío un abrazo de todos. A mi tío D. Matías Cortés, Plaza del Duque, 8, un abrazo.»

Y a las 11,30 horas de aquel día fueron recogidos en Córdoba. Como se ve, Cortés no omite nada. Tiene una perfecta visión del conjunto y de cada una de sus partes. Después de hacer una sucinta relación de hechos describe claramente la situación, y sin reservas de ninguna clase confiesa que han hecho una salida y que han traído víveres para quince días. Después pasa al capítulo de las necesidades, comenzando por las de armamento y terminando por las sanitarias y, finalmente, ¡qué satisfacción y que alegría hubo de sentir al describir aquello!:

«POR LO QUE RESPECTA AL ESPIRITU DE LA TROPA, ME CABE EL ORGULLO DE MANIFESTARLE RESPONDEN TODOS COMO UN SOLO HOMBRE, DESDE QUE ME HICE CARGO MANDO POSICION, Y ESTAN DISPUESTOS A SUCUMBIR A MI LADO SI PRECISO FUERA, ANTES DE CAER EN MANOS DE ESA CANALLA QUE NOS CERCA Y CUYA AVIACION NOS BOMBARDEA DIARIAMENTE.»

Después de la salida de las palomas, la ansiedad era grande por escuchar la radio. ¡Con qué impaciencia acudieron todos a la llamada sala del Obispo! ¡Qué silencio más

sepulcral! Pendiente de la voz del general Queipo, escuchaban ansiosamente. Al fin dijo el general:

«Tenemos noticias completas.»

Y la felicidad de todos fué inmensa. ¡Ya sabían noticias de ellos! ¡El eco de su voz había llegado a Sevilla! ¡Ya sabían del Santuario algo más que la visión vertiginosa de un aeroplano que cruza veloz sobre el Santuario a más de 200 kilómetros por hora!

En lo sucesivo aquellas palomas eran su medio de expresión que llevaría fielmente al mando todas sus angustias y penalidades.

Cortés estaba francamente satisfecho; miraba hacia atrás y recordaba la incertidumbre de los días pasados; veía el porvenir jubiloso; más tarde o más temprano, saldrían de allí. La vida en el Santuario, durante los seis o siete primeros días que siguieron a aquel feliz en que trajeron el convoy, fué espléndida. No había aceite ni manteca que les permitiera cocinar, pero con alambres hacían parrillas y tomaban carne asada bastante. Después del hambre pasada aquello era la gloria.

CAPITULO XXVII

LUGAR NUEVO.—OTRA RAZZIA CON EXITO

En lo hondo del valle del Jándula, un kilómetro escaso después de atravesar la carretera a este río, y apenas comenzado el ascenso al Santuario, hacia el kilómetro 23, parte a la izquierda un carril o estrecha carretera, que siguiendo el curso del Jándula, lo cruza tres kilómetros después y desemboca en Lugar Nuevo.

Poco antes de llegar se abre una avenida bordeada de cipreses, que desemboca en una plazoleta frente a la fachada principal que abre dos amplias calles a uno y otro costado del edificio, también festoneadas de árboles.

En el centro de esta plazoleta se alza el edificio, de severo estilo español, con cuatro torres estilo del Alcázar, formado por dos cuerpos laterales y uno transversal, que une sus partes más avanzadas en forma de U. Entre ambos cuerpos, a modo de patio, abierto por la parte posterior, hay un sombrío jardín, y detrás continúa la amplia explanada hasta otras edificaciones para cuadras, garajes y servidumbre.

Puede decirse que Lugar Nuevo es el centro de la curva que describe el río en aquel lugar, en donde desemboca el arroyo de los Santos que rodea por el Oeste el macizo en que se halla el Cerro de Santa María de la Cabeza.

Hacia el Norte de este edificio hay un pequeño campo de Aviación que utilizaron con frecuencia los Ansaldo, dueños en parte de esta finca, para aterrizar con avionetas. No he olvidado la visita que me hizo Ignacio Ansaldo para ofrecerse a aterrizar en aquel pequeño campo, y que por varias circunstancias no llegó a efectuarse. La situación del edificio ofrecía cómodo albergue para los guardias allí refugiados, y la abundancia de agua completaba los encantos de aquel lugar.

Fué en los primeros días de agosto cuando Reparaz llevó allí a 60 guardias de su compañía y a 30 personas más, perseguidos del Frente Popular. Esto les permitió aprovisionarse intensamente, puesto que no tenían agobio de tiempo, de tal modo que cuando subió el resto de la fuerza al Santuario ellos contaban con una considerable abundancia de provisiones.

Allí se llevaron todas las armas depositadas en el cuartel de la Guardia civil de toda la provincia. Mandaba aquellas fuerzas el teniente Ruano, valeroso y decidido muchacho, que supo mantener en aquellos sitiados siempre un formidable espíritu y una considerable audacia para llevar a cabo golpes de mano.

Uno de los más importantes fué el que llevaron a cabo el 25 del mes de octubre. Como la fuerza concentrada en Lugar Nuevo pertenecía toda al puesto de Andújar, no solamente conocía a maravilla el terreno, sino que tenía confidentes, lo que con frecuencia les permitía saber los movimientos de los rojos y las posibilidades de acierto de aquellas andanzas. Supieron, pues, que una importante manada de vacas, traídas por los rojos de la Carolina se hallaba en la Sierra, y Ruano, animoso y audaz, hizo una salida que le permitió recoger 170 cabezas de ganado vacuno que repartió con el Santuario.

CAPITULO XXVIII

ENLACE POR RADIO SEVILLA.—DIARIO DEL 23 AL 30
DE OCTUBRE

Uno de los primeros medios de que nos valimos para comunicarnos con Lugar Nuevo fué por Radio Sevilla. En esta primera época sabíamos que oían la radio todas las noches, y en una de las cartas que le arrojé a Cortés le indicaba observasen todas las emisiones de Sevilla para saber a qué hora la escuchaban con más claridad.

Respondió que a las nueve de la mañana y, a esa hora, se le transmitió un cifrado; pues Haya, como ya he dicho en otra ocasión, tenía mucho interés por saber la disposición del campo de aterrizaje de Lugar Nuevo y situación de los puestos enemigos a su alrededor.

Puntualmente transcribimos el mensaje contestación, incluso los croquis que mandó Cortés:

«Contesto radiograma cifrado recibido a las nueve horas de hoy, previo aviso de su autoridad a las 23 horas de ayer por emisora Radio-Sevilla, e informado sobre terreno que pudiera servir campo aterrizaje, me permito acompañar croquis del mismo con arreglo a escala que se expresa, significándole que cotas más altas de las proximidades están por Oeste en la forma que orientado queda el plano.

En cuanto a dificultades por fuego enemigo entiendo no las habría por haber sido ocupada el día 25 posición señalada con el número 1, a fin de proteger ganado que pascie proximidades río cerca destacamento Lugar Nuevo. Debiendo significarle que puntos azules representan avanzadas nuestras y los rojos las de los marxistas, no figurando avanzadas en aquellos puntos que por lo escarpado del terreno basta con la vigilancia desde los edificios.

En esta posición sólo disponemos de agua precisa para beber la guarnición existente, si bien es fácil de aumentar ocupando las posiciones rojas del sector Norte, donde los pozos son abundantes: en cambio en el destacamento Lugar Nuevo disponen de la cantidad que deseen, por ser potable la del río.

Como continuación a los datos facilitados en la carta dirigida a su autoridad por este conducto hasta 22 actual, me permito hacer resumen de las novedades habidas desde aquella fecha. Día 23 transcurre el día con calma, presentándoseme a las 21 horas dos guardias de Asalto de los que prestan servicio en las filas rojas, solicitando autorización para incorporarse en número de 20, contestando pueden efectuarlo a condición de que no haya nada que censurar en su actuación anterior y que figurasen en el escalafón de dicho Cuerpo antes del 18 de julio. Día 24, a las 9 horas se presenta nuestra aviación que nuevamente nos aprovisiona para cuatro días, a las quince horas, aparece la aviación roja que bombardea el sector Sur del campamento y Destacamento de Lugar Nuevo. Día 25, a las nueve horas suelta de dos palomas que por Radio Sevilla se nos confirma la llegada. A las once, nuevo bombardeo de los rojos; en la tarde de este día fuerzas de Lugar Nuevo efectúan una salida, apoderándose de ciento setenta cabezas de ganado vacuno que obraban en poder de milicias rojas, las cuales se reparten entre ambas guarniciones.

He de hacer constar que si bien en esta región hay ga-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

nado de ordinario en los caseríos, en la actualidad parece ser que ha sido incautado por el Frente Popular, y el antes dicho procede, según sus guardianes, de Carolina y otros pueblos. Días 26 y 27, sin otra novedad que los bombardeos rojos en la mañana y tarde de ambos días. Día 28, sin novedad. Día 29, aparecen los aviones rojos, bombardeando este campamento. Día 30, a las siete, a las diez y a las quince, vuelven los aparatos rojos, que bombardean este campamento y Lugar Nuevo.”



Vista total de lo que queda del Santuario y de las casas de las Cofradías. En primer término los restos del arco de entrada.



El Santuario envuelto en el humo de las granadas rojas que lo convierten en un montón de escombros, mientras los tanques aplastan todos los núcleos de resistencia.—Al lado derecho de la fotografía y en su parte inferior se ve un tanque que rebasó la avanzadilla de la 4.^a y se dispone a subir las calzadas.

CAPITULO XXIX

EL ATAQUE DE 1.º DE NOVIEMBRE

Dice un viejo refrán que «poco dura la alegría en la casa del pobre»; y así, la satisfacción de aquellos pequeños éxitos, tenía que sufrir pronto la contrapartida de un acerbo dolor. Las ilusiones eran cosa distinta a la triste realidad, y unos pocos víveres no podían cambiar el hecho indudable de que estaban aislados a más de 70 kilómetros de nuestras líneas—en aquel entonces—y sin otro amparo que el de Dios. Nuestra aviación podría llevarles algunas veces víveres, pero la posibilidad de hacer una concentración de fuerzas importante no podía limitársele al enemigo.

Sin duda, los aviones nacionales que vieron volar sobre el Santuario y la energía y valor que demostraron los sitiados en estas razzias, despertaron en el enemigo ansias de acabar aquella resistencia; y así, en la noche del 30 de octubre, apenas oscurecido, comenzaron a verse luces de camiones por la carretera, en tal cantidad, que puede decirse que desde Andújar estaba jalonada por luces. Contaron ansiosos y pudieron comprobar que se trataba nada menos que de 180 vehículos con faros. Después oyeron los ruidos de cadenas y el rún-rún de tractores que movían piezas. ¡Quién dormía en aquellas condiciones! Todas las mujeres estaban de pie y, presas de espanto, pensaban en lo que podría acontecer al día siguiente.

La Misa se había empezado de madrugada con el fin de que los esperados acontecimientos de aquel día no la impidiesen; pero apenas había llegado la Comunión y los pobres sitiados se aproximaban al ara, cuando se escuchó la voz amenazadora de «¡Aviones!», y a los pocos momentos comenzaron a caer bombas sobre el Santuario. Parecía como si el espíritu infernal, posesionado de nuestros enemigos, hubiese elegido aquellos críticos momentos en que Dios se acercaba a ellos, para sembrar el espanto y la confusión y arrebatarnos también aquella gracia confortadora.

Era el día de Todos los Santos, y antes de que amaneciera se comenzaron a oír los primeros cañonazos. Apenas la aurora permitió que se dibujara en el horizonte la silueta del Santuario, cuando ansiosos de ganar el día, comenzaron a corregir el tiro, primero sobre el Santuario y después sobre la avanzadilla de la cuarta, que era el primer objetivo. Tenían emplazadas tres baterías de 7,5 en las proximidades de la casilla de peones camineros y dos baterías de 10,5 sobre la carretera de Puertollano. El bombardeo no paró un momento, y toda la mañana insistieron en él, principalmente sobre la avanzadilla de la cuarta. También con la luz del día, ya hemos dicho que llegó la aviación roja; diez aviones, que estuvieron bombardeando hasta que vieron venir otros diez, y así continuaron toda la mañana yendo y viniendo unos y otros en turno, para no dejar vivir a los sitiados.

Los cañonazos tenían peores consecuencias que las bombas de aviación. Aquello era terrible. Los de 7,5 aún eran contenidos por los muros del Santuario, pero los de 10,5 no tardaron en hacer terribles brechas en la fachada Norte. Por añadidura, la casilla donde estaba instalado el pequeño grupo generador y la batería de acumuladores fué también casi deshecha.

Los cascos, al explotar las granadas, barrían la iglesia y deshacían los altares. La mayor parte de las mujeres que vi-

vían en las casas de abajo, que fácilmente deshicieron los aviones, estaban alojadas ya en la iglesia y hubieron de abandonarla y colocarse en las escaleras que bajaban a la otra vertiente Sur en donde, cubiertas por el mismo cerro, estaban garantidas.

La Virgen, como si previsoramente lo hubiera avisado, fué recogida dos días antes de su lugar y llevada a una pequeña alacena empotrada en la roca. Esto era en la habitación última que ocupaba la familia del teniente coronel Iglesias, que, justo es decirlo, permanecieron hasta el último momento en el Santuario.

Una imagen de la Virgen del Pilar, moderna, de más de un metro, que estaba en el segundo altar entrando por la puerta principal a mano izquierda, también fué recogida en el mismo lugar. Esta imagen no cabía en la alacena donde se colocó la imagen de la Virgen de la Cabeza.

El altar de la Virgen fué hecho pedazos. Enfrente de él fué donde la artillería abrió la primera brecha. Llenas todas las habitaciones bajas, en la escalera, las pobres mujeres esperaban llorando que terminase aquello. Hacia las dos de la tarde subió un cohete, y a esta señal cesó el tiro de la artillería sobre la avanzadilla de la cuarta, y se concentró el fuego sobre la parte alta del Santuario y escalera, para que no pudieran reforzarla. Era la señal de ataque.

El ataque lo efectuaban en dos líneas; una frontal, un poco al costado izquierdo de la casilla de peones camineros, y otra envolvente en dirección al Cerro de los Madroños. A las dos horas de haber comenzado el asalto habían avanzado tanto que, el alférez Hormigo, que mandaba la avanzadilla de la cuarta, pidió que se le repusieran las bajas y entonces Cortés le mandó diez o doce hombres que, hábilmente, consiguieron llegar a la avanzadilla que se defendía valerosamente. Los milicianos habían ocupado el Cerro de los Madroños y otro

que está algo más bajo hacia Lugar Nuevo, llegando hasta cerca del Santuario por este costado.

Las fuerzas enemigas estaban tan próximas que se oían las voces de los mandos llamándoles cobardes porque no avanzaban. Los nuestros procuraban aprovechar la munición no tirando sino para hacer bajas; pero el aluvión de hombres era tal que los guardias se veían apurados. Se echaban encima. Aquello era un hormiguero de gente. Los que estaban más cerca se valían de una argucia curiosa: Antes de salir de las piedras sacaban el pañuelo o un gorro para que les tirasen; y como no tenían los nuestros ametralladoras ni armas automáticas, aprovechando el tiempo que necesitaban para cargar nuevamente el fusil, se desplazaban a otra piedra más próxima. Así lo hicieron repetidas veces, hasta que los guardias cayeron en la treta y, al asomarse alguno, disparaba solamente uno, reservándose los demás para los desplazamientos que efectuaba después.

Sobre las ocho de la noche cesó el ataque. Los milicianos habían quedado muy cerca de nuestras líneas, y de un lado a otro lado se cruzaban invectivas y denuestos. Los guardias les gastaban burlas del resultado que habían tenido con el ataque; mientras ellos aseguraban que entrarían pronto mandados por el brillante coronel Peri.

Y como los guardias le conocían bien, les contestaban:

“—Aquí pasará lo mismo que en Córdoba en donde ibais a tomar café. Pero, ¿cómo va a entrar aquí Peri, si no hay establos?”

A estas razones comenzaban a tirar, y, sobre todo, los morteros no cesaron en toda la noche. Se conoce que aquellos insultos habían llegado por conducto regular al flamante coronel Peri.

CAPITULO XXX

LOS ATAQUES DE NOVIEMBRE

Habían tenido muchas bajas. Puede suponerse el lector cuál sería la situación de aquellas pobres mujeres y niños en el Santuario, cobijados en las habitaciones bajas y pasillos, hacinados con los heridos, que no tenían otro sitio donde guarecerse.

La artillería seguía cañoneando el Santuario desesperadamente. La aviación lo bombardeaba. El día 4, nuevamente, vieron llegar refuerzos. El rosario de camiones señalaba bien la carretera durante la noche, y vuelta a cañonear más intensamente y a repetir el ataque desde las posiciones que habían ocupado en el Cerro de los Madroños y proximidades de la avanzadilla de la cuarta, en las que se habían fortificado. El ataque fué intenso y lo repitieron por dos veces, sin lograr poner el pie en nuestras posiciones. El cañoneo seguía intensísimo. Los morteros tiraban sin interrupción.

Pero el ganado estaba en una situación difícil, y desde luego se había reducido el consumo de los restantes alimentos, procurando no comer sino el ganado que la Aviación mataba, y aun así hubo veces que no pudieron consumirlo en dos días. Pero lo más grave de la cuestión era cómo darle de comer. El Santuario, cercado, no permitía que pastasen en aquellas proximidades; y así, dos días después de termi-

nar el ataque del día 5, Cortés, agricultor y ganadero, que conocía las necesidades de las vacas, le dijo al vaquero que había que intentar hacerlas pastar un poco por el barranco, hacia el cerro de los Madroños, que era la parte más desfilada. Al que estaba de vaquero no le pareció bien aventurarse en tal empresa, pero Cortés insistió y entonces, acompañado de otros dos, salieron para que el ganado comiese un poco. Pero con tan mala fortuna que, poco después de una hora, regresaron sin las vacas y en medio de un intenso tiroteo de los milicianos que les seguían y que ellos procuraban contener haciendo fuego.

Aquella pérdida era irreparable. Quince o veinte vacas en aquellas circunstancias tenían un valor inapreciable.

En el ataque del día primero, ya hemos dicho que fué averiado el grupo generador y la batería de acumuladores por los bombardeos de artillería, y a la noche siguiente se construyeron parapetos de sacos terreros que contuviesen un gran talud de tierra, y tanto la pared norte como la cubierta cubriéronse de grandes montones de tierra.

El ataque del día 3 no logró destruir la instalación, de tal modo que continuaron escuchando la radio. La gasolina escaseaba, y sólo podían tenerla muy poco tiempo funcionando. ¡Con qué impaciencia la escuchaban! Pero ellos no encontraban solución al grave problema de su racionamiento. Nuevamente hubo que reducir la ración.

Cuando Cortés afirmó que tenían suministro para quince días no contaba con la posibilidad de que la Aviación enemiga le matase las vacas y mucho menos con aquella desgraciada salida en que se habían perdido todas las que quedaban. El problema volvía a presentarse con toda la indescriptible amargura de antes. Además, la virulencia de los últimos ataques de los rojos era toda una revelación. La artillería era mucho más temible que las bombas de los aviones. El Santuario estaba terriblemente quebrantado. ¿Dónde alo-

jar aquellas pobres mujeres y chiquillos, que en la iglesia no podían estar? El frío arreciaba y la artillería no paraba de tirar.

Por fin, el día 13 apareció un avión. Era el «Douglas» de Haya, y les arrojó, con los víveres y municiones, alguna ropa de abrigo y medicamentos, que tan necesarios les eran para curar a los heridos. Una ametralladora, que tuvimos la mala suerte de que no se abriese el paracaídas, cayó al barranco, enfrente de la casilla de Ortiz, y para recogerla hubo que esperar a que fuera de noche.

Había bastante luna y reflejaba sobre la tela blanca del paracaídas, de tal forma que cuando G..., un guardia de Asalto, se aproximó a cogerlo, una ráfaga de ametralladora le obligó a cubrirse tras unas piedras. Entonces ideó el siguiente procedimiento:

Por la parte más oscura se acercó al bulto y lo ató con una cuerda. Subió todo lo que ésta daba de sí, se escondió detrás de una piedra y, lentamente, comenzó a tirar. Los rajes, que vieron moverse la tela blanca, la acribillaron a balazos. Después, cuando pararon de tirar, salió de la piedra, subió a otra más arriba y repitió la operación, y así hasta que logró subirlo. Bien lamentaron que la ametralladora se hubiera roto.

Yo sabía que estaban sin palomas, y así recabé medios para arrojárselas; y en efecto, logré ir con Hernández en la avioneta "Falcó" a llevarlas.

El hecho de que fuese cerrada la avioneta hizo que no cupiera la cesta por la ventanilla que podíamos abrir y nos obligó a variar el procedimiento de lanzar las palomas. Una buena mañana me fui a la plaza de Sevilla y conseguí en un puesto de aves que me pesaran varias palomas. Saqué un promedio, que aumenté en unos gramos, suponiendo que las palomas mensajeras pesarían algo más, y con esta base me fui a Tablada para experimentar si podrían arrojarse las pa-

lomas con los pequeños paracaídas que llevan los reglamentarios—como pilotos—de los cuales había bastantes inútiles, de modelos antiguos, ya dados de baja. Lastré el paracaídas con el peso de dos palomas y otro con el de una. Un compañero de cazas los lanzó a 300 metros. El primero cayó muy rápidamente y el segundo, por el contrario, bajó muy lentamente; y con esta base, encerrando cada paloma en una capachilla de palma, que eran muy ligeras, dispuse cuatro paracaídas para aquel día.

Como he dicho antes, la coquetona y simpática «Falcó», tripulada por el alférez Hernández, nos llevó. Se arrojaron las palomas con los pequeños paracaídas individuales sobre las calzadas, y después dimos la vuelta enfrentando la fachada Sur y picamos hasta caer más bajos que el Santuario. Entonces, un tirón para salvarlo, y en aquel momento lanzamos un portapartes que, como una ráfaga amarilla y gualda de las cintas que llevaba colgadas, vimos caer hacia el horno.

El hambre cada día era mayor y la aviación enemiga continuaba bombardeando sin parar un día. La artillería seguía su labor destructora. Y así transcurrieron los días en incertidumbre y en una amargura extraordinaria.

Pero mejor que cuanto yo pudiera decir es escuchar a Cortés en su mensaje de 17 de Noviembre:

«...Como continuación escrito fecha 31 pasado y ampliación Capitán Primer Jefe Accidental del mismo, en virtud de instrucciones recibidas hoy por conducto Aviación, tengo el honor de participar a V. E. que no ha pasado un sólo día desde dicha fecha sin que hayamos sufrido intenso fuego artillería, Aviación, ametralladoras y fusilería enemigas, que no sólo ha derruido parte del edificio del Santuario, donde nos encontrábamos refugiados, sino resto edificaciones del campamento, que por escasa resistencia tuvimos que abandonar como vivienda, manteniéndose servicio especificándose en croquis gracias a los excelentes abrigos de piedra cons-

truidos con anterioridad, si bien éstos sufrieron destrozos de importancia que no ha sido posible remediar por falta de sacos terreros que tengo interesados. Los servicios de molturación del trigo, fabricación de pan, abastecimiento de agua, con grandes dificultades se han venido realizando durante la noche, teniendo al personal en los pasillos del cuerpo central del edificio sin posibilidad descanso por falta material de espacio y en hacinamiento tal que temo cualquier epidemia, dada la falta de ventilación y pocas energías con que han llegado a dicha situación. En cuanto a víveres, sólo dispongo de carne para ocho días, a razón de ciento cincuenta gramos por ración, sin sal ni otros elementos de combinación, por haber matado Aviación sesenta cabezas de ganado vacuno y haberse consumido existencias trigo y legumbres que nos apoderamos el día 22. En su consecuencia, como no hay posibilidad de afrontar nueva salida, para poder subsistir precisa que, sin olvidar somos mil quinientas personas, se hagan números exactos del racionamiento y por nuestra Aviación se atienda con puntualidad dicho servicio, teniendo en cuenta que por la naturaleza del terreno que rodea este campamento, se pierde más del 50 por 100 de los productos que se arrojan y de no hacerlo dentro del perímetro que en croquis marca nuestro servicio, la totalidad, por impedir recogida avanzadas enemigas. Prueba de ello es que del envío del día 13, sólo pudimos recoger una ametralladora completamente destrozada, ninguna munición útil, seis litros de gasolina, algunos medicamentos, jamón y cuatro latas pequeñas de manteca de vaca; no llegando tampoco seis palomas e instrucciones que hace referencia, que deben obrar en poder enemigo. Por lo tanto me permito insistir en la necesidad envío material guerra interesado y que arrojen los víveres, para mejor aprovechamiento, en la placeta que en parte baja posición forman grupos de casas, o sea, en sector Oeste que marca croquis; el número total de bajas entre muertos y heridos desde el

día primero hasta la fecha es de 21, sin que disponga de lugar donde tenerlos aislados, siendo de imprescindible necesidad envío de los siguientes medicamentos... Contestando instrucciones debo participarle: 1.º Aterrizaje en campo se puede realizar... 2.º Enemigo está situado a dos kilómetros, sin que pueda temerse agresión por estar artillería emplazada (en trinchera carretera, a unos cincuenta metros de la casilla peones camineros dirección Andújar) en sector distinto, lejano, no visible campo. 3.º Queda enterado Jefe destacamento Lugar Nuevo hora aterrizaje y peso máximo correspondencia. 4.º Se prenderá la hoguera, según instrucciones, tan pronto se divisen aparatos.

Por haber sido destruidos sótanos donde se encontraba motor suministro flúido carecemos este Santuario noticias radio, habiendo dado orden escuchen contraseña fijada en Lugar Nuevo, que lo posee también de corriente continua. Si cesare artillería, intentaría arreglo motor y de no conseguirlo se instalará estación que remitan en Lugar Nuevo, precisando todas formas envío de gasolina en mayor cantidad...»

CAPITULO XXXI

**BOMBARDEOS A TODO PASTO. — HAMBRE, MISERIA
Y RUINAS**

Después del segundo ataque se habían llevado fuerzas, si bien quedaba la artillería, mandada por checos y franceses; mas en la noche del 18 volvieron a ver las luces de los camiones que transportaban gente.

Un nuevo ataque—se decían—. A los hombres les era imposible continuar el sueño. ¡Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo!

Cortés formuló otro mensaje, que decía así:

«...Como continuación a mi escrito fecha 17, tengo el honor de notificar a V. E. que, como consecuencia de reconocimiento practicado ayer en las proximidades avanzadas rojas, al conocer envío de seis palomas, día 13, encontramos cesta que debió desprenderse paracaídas, encontrando cinco vivas y una muerta, así como instrucciones, no teniendo por tanto el enemigo conocimiento propósito aterrizaje... Asimismo le participo que desde 23 horas ayer, a 3 horas hoy, que formulo presente escrito, venimos observando extraordinario movimiento coches que se estacionan trincheras carretera que da acceso a caseta peones camineros que figura en croquis, y ante temor

intento reanudar ataque campamento, me propongo efectuar nueva suelta de palomas sobre las 7 horas por si con conocimiento de los hechos estima procedente venga Aviación tan pronto lo reciba y contrarreste acción enemigo batiendo objetivo que tengo señalado, y que por inferioridad armas de que dispongo sólo puedo intentar defensa Campamento; dicho envío no sólo elevaría moral fuerza, sino que impediría la labor destructora emprendida que pronto alcanzaría los pasillos centrales donde hoy se encuentran las mujeres y niños, y me pondría en el grave aprieto de no saber dónde refugiarlos..."

Pero aquella vez venía más gente. Eran 252 camiones. Como la otra vez, con el día empezó el cañoneo. La aviación, los diez consabidos aparatos que turnaban con otros diez—todos sexquiplanos "Breguet"—comenzaron su tarea; mas también habían recibido el refuerzo de dos "Pótez", que incesantemente cargaban en Andújar y descargaban sobre el Santuario. Aquellas bombas eran mucho más grandes, y sus terribles explosiones conmovían el Santuario. La artillería también había sido aumentada. Habían traído dos piezas más de 12,40, que tiraban con una rapidez extraordinaria a aquella distancia, unos 2.000 metros. Las habían emplazado por la carretera de Puertollano. El ruido del disparo y la detonación de la granada se sucedían casi inmediatamente. Las explosiones, terribles, hacían conmoverse intensamente a todas aquellas pobres mujeres que, amontonadas allí abajo, esperaban el final de aquella lucha. El 12,40 penetraba bastante más en los muros y la pared Norte, que en el primer ataque había quedado con un agujero de unos dos metros, y en este segundo ataque llegó a tener seis metros de diámetro y la cubierta resentida y casi destrizada por este costado.

También había aumentado el número de morteros, que tiraban principalmente sobre la avanzadilla de la cuarta. El ataque se verificó con un lujo de armas automáticas terrible. Aquella noche llegaron a emplazar fusiles ametralladores

"Hotchkiss" y "Pavos" a 50 m. de la avanzadilla de la 4.^a, y el ataque, que comenzó casi a la misma hora, se prolongó hasta que fué completamente de noche. Sucesivamente avanzaban las olas de asalto mientras los guardias civiles reservaban sus cartuchos y no rompían el fuego sino cuando estaban cerca.

Estas fuerzas eran distintas que las de los dos primeros ataques. Dado el número de bajas que habían tenido, se negaron a atacar y entonces vinieron estas valencianas, muy aguerridas, que esperaban lograr su propósito. Además aparecieron unos lanzaminas que tiraban unas granadas de unos 70 centímetros de longitud y 110 milímetros de calibre aproximadamente, de efectos terribles. Las granadas estaban pintadas de rojo, excepto la cola, que lo estaba de verde.

Las olas asaltantes pretendían, apoyándose en el fuego que hacían desde el Cerro de los Madroños, muy intenso, aislar a la avanzadilla de la cuarta del Santuario.

Aquella mañana, cuando más intenso era el fuego de la artillería, fusilería y ametralladoras, creyendo que tal cantidad de elementos sería suficiente a neutralizar el fuego de los defensores del Santuario, pretendió llegar un camión hasta la casilla de peones camineros. Los guardias de la cuarta, al ver el camión, concentraron allí su fuego e hirieron o mataron al conductor, porque el camión no salió de la carretera y no les fué posible retirar a los que en él había hasta que se hizo de noche.

Fué entonces cuando terminó el ataque.

Los batallones lanzados contra la avanzadilla de la cuarta habían sido deshechos. El quebranto sufrido por el enemigo era tan grande que no se oyeron los gritos y algazara de otras veces. Según los datos que pudieron adquirir más tarde, cuando se pasaron los guardias de Asalto, el número de bajas en el primer combate del día 1.^o fué de 200 muertos y 350 heridos, y en el segundo ataque, 100 muertos y 150 heridos.

El enemigo se retiró en silencio y parecía que sin ganas de intentar nuevas aventuras.

Con gran alegría vieron aquella noche cómo retiraban sus fuerzas. ¡Habían vencido! Pero, ¿cómo quedaban ellos?... ¿Qué iba a ser de aquellos heridos?... ¡Cuántas de aquellas familias tenían que llorar la pérdida de seres queridos!

CAPITULO XXXII

FRACASAN LOS ATAQUES ROJOS. — LOS MADROÑOS,
UNICA COMIDA

Las consecuencias de este último ataque fueron altamente beneficiosas para los sitiados del Santuario de la Virgen de la Cabeza. La gente de Andújar había visto pasar en son de guerra los camiones con gran espíritu y alarde guerrero por todas las calles, profiriendo amenazas y gritos terribles. La gente que había quedado allá de derechas, sobrecogida, presentía el aplastamiento del Santuario.

He hablado con una simpática señora que allí estuvo valientemente hasta que logró la liberación. El desencanto fué terrible. Del Santuario no regresaban tropas vencedoras con gritos de triunfo y arrebatos de gloria; sólo venían por aquella carretera ambulancias y más ambulancias, y cuando llegaron los feroces soldados, que lanzaban terribles amenazas, volvían cabizbajos y silenciosos.

¿Qué había pasado en el Santuario? El vecindario de Andújar quedó sobrecogido. ¿Cuánta gente tendrían allí? ¿Cuántas ametralladoras y cañones para que aquella terrible columna de Peñ y Compañía, con tantos medios, no hubiese podido rendirlo?

El problema era grave, y en torno del Santuario se hizo un supersticioso silencio, cohibimiento y miedo. Algunos milicianos llegaban a apuntar medrosamente a su mujer:

—«Es que tampoco se puede ir contra la Virgen.»—

Feliz circunstancia que quiso Dios para que los héroes del Santuario pudieran continuar su gloriosa gesta.

Ya hemos dicho que los puestos o posiciones que habían tomado los rojos en el Cerro de los Madroños habían sido retirados; y las fuerzas que enfrente de la cuarta habían quedado hacia el Norte, tuvieron en aquellos primeros días cierto respeto para aquellos hombres que con sólo unos fusiles habían rechazado el ataque de una brigada con dos baterías.

¡Ah, los madroños! ¡Qué previsoramente los había colocado Dios en aquellos aldeaños! Madroños y más madroños. Porque nuestros aviones no podían ir. El tiempo se había tornado nuboso y la niebla se agarraba a la Sierra y no permitía ver nada.

El Santuario había sido invadido por una grave crisis. El maldito fantasma del hambre se había adueñado de ellos en tales términos que cuando hicieron días después de concluir el ataque un reconocimiento por todos aquellos lugares y encontraron trozos de tortilla llenos de tierra, mendrugos de pan plisados, restos de latas de sardinas, algunas con sólo unas gotas de aceite, lo comieron todo ávidamente como si fueran perros.

Allí también aparecieron abundantes municiones y bombas de mano. En fin: un verdadero botín que no tenía más dificultad que la de no ser comestible como aquellos desperdicios que habían engullido.

¡Qué momentos más difíciles aquellos para Cortés! ¡Cómo habían quedado aquellas pobres mujeres! ¡Cuánta desgracia! ¿Cómo poner coto a las lamentaciones de los que habían perdido a sus hijos o maridos? ¿Dónde — además — alojarlos? La iglesia, ya hemos dicho que presentaba un tremendo agujero en su fachada Norte de más de seis metros de diámetro; es de-

cir, que alcanzaba a casi toda la pared, sin contar con los agujeros que en la cubierta habían abierto las bombas de aviación.

Aquello era verdaderamente imposible de sostener. ¡Y el tiempo cada vez más frío! Con niebla que no sólo calaba los pingajos de ropas que llevaban aquellos pobres seres, sino que imposibilitaba la venida de los aviones.

Pero leamos otros párrafos del diario de mi hija:

«...Ya empezaron los rojos a atacar con aviación, cañones y fusilería. Todos los días venían los aviones rojos, sin contar los días que venían a las seis de la mañana y acababan a las siete de la tarde. Todo el día estábamos en los sótanos; y si alguno se hacía el valiente y salía cuando no les quedaban bombas a los aviones, le ametrallaban; pues al terminar se quedaban volando sobre el Santuario, esperando que viniesen los otros para no dejarnos ni respirar.»

«Ya se acerca el invierno. La aviación de Franco no puede volar porque el Santuario está rodeado de niebla. Se nos va acabando la comida y no nos queda más que un remedio, que es el de comer hierbas. Por los agujeros que nos han hecho las granadas entra frío. ¡Qué vida tan triste! Las viviendas nos las tiran, y por eso tenemos que recogerlos en cualquier parte; hasta en las escaleras vive gente y no se puede pasar. ¡Qué tristeza tan grande!»

«El pobre capitán Cortés está desesperado. Estamos metidos en una talega y la niebla no deja venir a los aviones. Se nos van agotando las hierbas. Una familia ha tomado una especie de raíces como patatas, y se han envenenado el padre y las dos hijas mayores. Todo lo que se diga son penas y amarguras, menos una cosa que afortunadamente tenemos todos los días: Misa y Comunión.»

«Así se nos pasa el tiempo; los días son interminables y se nos hacen larguísima.»

“Por fin hay un día bueno. ¡Qué gusto! La aviación viene y nos echa víveres y municiones. Entre los víveres viene un pe-

riódico. Todo está dirigido al Santuario, con fotografía y un verso."

«Ya vemos que se acuerdan de nosotros, pero ¿cuándo vendrán, si ya hace tanto tiempo que los estamos esperando? La gente no hace más que suspirar, diciendo: ¿Pero cuándo será ese día? Yo creo que cuando vengan a por nosotros no se encontrarán sino cadáveres, pues mucho no podemos aguantar así. Vivimos nada más que de la esperanza.»

CAPITULO XXXIII

CORTÉS NOS DESCRIBE SU SITUACION

Cortés estaba hondamente preocupado. Aquello no tenía solución, y entonces decidió enviar dos palomas; una, con una carta para el General Queipo de Llano, y otra para el teniente coronel Montijano, jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Córdoba:

"...Como responsable moral y material de la vida de las mil quinientas personas que permanecen en este Campamento desde el día 14 de septiembre pasado, que me hice cargo del mando de la fuerza, me veo en la necesidad de dirigirme nuevamente a V. E. para confirmarle que desde dicha mañana tenemos frente a nosotros una batería de artillería de 10,5, cuatro ametralladoras, siete aparatos de aviación y gran número de fusiles que han estrechado el cerco del Campamento, al extremo de no poder mover la fuerza de los refugios de piedra construídos y las mujeres y los niños de los pasillos en donde viven, habiendo ahuyentado la aviación con sus bombardeos las pocas cabezas de ganado vacuno que nos quedaban para alimentarnos, y en su consecuencia, de no efectuar el suministro que tengo interesado con toda urgencia y en pleno día para ver donde caen, nuestro final está próximo; pues dado el estado de agotamiento del personal después de tres meses de asedio y

privaciones, éste carece de resistencia para poder sobrellevar la dura prueba a que estamos sometidos. Preciso, pues, que venga nuestra aviación y nos atienda siquiera en lo más esencial, que es la comida, mientras llega la hora de nuestra liberación, que no se puede hacer esperar, dada la miseria y calamidad que presenta el Campamento, so pena de sucumbir, **A LO QUE ESTOY DISPUESTO ANTES DE RENDIRME.** Piense que en la heterogeneidad del personal y la presencia de sentimientos tan íntimos como la familia, no permiten imponer el principio de la disciplina como cuando se trata de personas aisladas. Como mínimum de racionamiento se necesitan diariamente setecientos cincuenta kilos de pan; trescientos kilos de semillas (judías, garbanzos) o patatas que es lo mejor que se recoge, o su equivalente en conservas y grasas y elementos para condimentar, puesto que se carece de todo y no hay posibilidad de pensar en hacer ninguna salida; precisa asimismo que mientras se arrojan víveres se batan avanzadas enemigas para con dicha protección efectuar recogida, correspondiendo la cuarta parte a Lugar Nuevo con respecto al número de personal, significándole que éste se encuentra en condiciones informadas con anterioridad, por ser objetivo principal enemigo este Santuario..."

.....

"...No puede imaginarse la emoción con que recibimos su cariñosa carta fechada el 5 de octubre, que inmediatamente contesté, pensando que el correo podría nuestra aviación recogerlo con ganchos, al colocarlo en un aparato de recepción ideado; pero en vista de que no es así, formulo esta otra que remito con paloma mensajera, al propio tiempo que por oficio me dirigí al Sr. Coronel del Tercio y Excmo. Sr. General Jefe del Ejército del Sur. En aquella otra carta, que al igual que ésta hacía extensiva a todos los jefes y oficiales de esa Comandancia exponiéndoles nuestra situación, tanto por los medios defensivos con que contamos (ya que sólo disponemos de

150 fusiles en este campamento y 65 en el destacamento de Lugar Nuevo), como por los escasos víveres con que contaba... gracias a que realizamos una salida nosotros y otra los de Lugar Nuevo que nos proporcionaron medios para que, sometidos a una ración escasisima, hayamos podido llegar hasta hoy..., después de llevar recibidas más de 3.000 bombas y 2.000 cañonazos..., yo estoy dispuesto a morir aquí si no hay otro remedio, mas no pienso sacrificar a las 1.500 personas..., y deseamos un racionamiento ordenado y capaz para 1.500 seres que llevan sobre sí grabadas las huellas del hambre hace tres meses y para poder cubrirnos algo del frío que hace, sin sitio para guarecernos; pues a todo el personal lo tengo refugiado en los pasillos centrales del edificio, desde el día 9 que la artillería abrió brechas en la Ermita y hubo que desalojarla, pues las restantes edificaciones habían sido destrozadas con anterioridad por la Aviación. La moral de la fuerza, que hasta hace pocos días había podido mantenerla a gran altura, en estos días últimos ha sufrido gran quebranto, fruto de las bajas habidas y de la falta de atención de los heridos, por no tener más que un estudiante de Medicina que nos presta sus auxilios; sin local a propósito en que efectuar las curas con los escasos medios remitidos. En cuanto a los niños, con la falta de toda clase de alimentos y la miseria generalizada, todos tienen el raquitismo retratado en el semblante, y huelga le diga cómo pueden estar los padres oyendo constantemente los comentarios de las madres a quienes no se puede imponer con dureza la obediencia que a los hombres es dable exigir...

Con un abrazo de hermanos para cuantos visten el honoroso uniforme de la Guardia Civil de esa Comandancia, y los de ésta que ahí se refugiaron, a quienes esperamos ver pronto, reciba otro muy afectuoso de su s. s., y subordinado que le quiere.—¡VIVA ESPAÑA!

CAPITULO XXXIV

NIEBLA QUE IMPIDE EL ABASTECIMIENTO

Por fin, el día 27 perciben claramente, entre las nubes, lejano ruido de motores.

—«Esa es nuestra aviación—exclaman a coro—.»

El ruido se aproxima; después se aleja y termina por perderse. Ellos lo han percibido claramente, pero reconocen, después de esperar algún tiempo en esta ansiedad, que la niebla no les ha dejado ver el Santuario.

¡Señor, por qué nos cubre así la niebla!

En efecto; aquel día fuimos con seis aparatos y no pudimos llegar. Von Moro se internó valientemente en las nubes, pero no fué posible distinguir el Santuario.

Más días mirando al cielo. Hambre constante. Los madroños de las proximidades ya se van acabando y aquella incertidumbre perenne en la mente.

Cortés lanza el mensaje del día 28, que dice así:

“...Cada nuevo día ha envuelto una esperanza, y así hemos llegado hasta hoy sin tener nada absolutamente que comer, siendo ya estos hombres verdaderos cadáveres que sólo se mueven a impulso de un fuerte espíritu y el optimismo de oír operar nuestro Ejército tan cerca.

Los muchos enfermos y el gran número de niños existen-



FACHADA PRINCIPAL EN LOS ULTIMOS BOMBARDEOS

CAPITULO XXXVI

LO DIFICIL QUE ES ARROJAR PAN

Después del aprovisionamiento del día primero, transcurren unos días; y Cortés, en la satisfacción del anterior aprovisionamiento y temor de que lleguen a faltarle nuevamente los víveres, envía un mensaje con fecha 6 del corriente, del que transcribimos lo más esencial:

«...Después de un mes de verdadera angustia moral y material, tanto por la furia desarrollada por nuestros enemigos, como por la escasez de alimentos, al extremo de no tener que comer en los últimos días nada más que madroños, recogidos entre tiros, como la prueba el hecho de habernos ocasionado la recogida cuatro bajas, el día primero, se despeja el ambiente de negruras que nos acechaban, con la aparición de nuestros diez trimotores y seis cazas, que completaron el suministro del día 29; el espectáculo impresionante de tan hermosos aparatos y el bombardeo eficaz de las avanzadas rojas, nos trajo tanta paz como la llegada de los víveres; cuya falta había empezado a hacer mella en los espíritus más timoratos, al extremo de llenarme de inquietudes la expresión torva de una minoría que no se resignaba a seguir sobrellevando el cuadro de hambre que vivían. Como mi último mensaje salió el mismo día primero, o sea, una hora antes de la llegada de

los aparatos; a pesar de que nos trajeron pan nada más que para un día, pues en total fueron 2.500 panecillos los arrojados entre ambas posiciones, con la esperanza de que seguidamente volverían a traerlo, he dejado transcurrir estos días, convenciendo al personal de que lo harían pronto; juntamente con los abrigos, que tan precisos son. Pero en vista de que se pasan los días sin que llegue, con perjuicio del consumo de los demás artículos recibidos, que en nota final relaciona, formulo el presente mensaje con la súplica de que se nos traiga el pan seguidamente, ya que tan indispensable es, no sólo para los mayores, sino también para los niños, a quienes satisface más que los demás artículos, que resultan demasiado fuertes para sus débiles estómagos. En la recogida de víveres fué tal el entusiasmo del personal al verlo caer, que a pesar de la prohibición de acercarse a los bultos caídos en lugares batidos hasta que llegase la noche, no tuvieron espera; dando con ello lugar a que nos ocasionaran seis bajas en dicha faena. Como novedades más salientes ocurridas en los últimos días, figuran la de haber recogido al enemigo cuatro cadáveres, uno de ellos con armamento ruso y otro con mosquetón, abandonados a doscientos metros de nuestros parapetos, los cuales han sido hallados juntamente con quinientos cartuchos, en virtud de reconocimiento practicado en el sector donde efectuaron el último intento de asalto, debido a la gran pestilencia que se notaba, siendo uno de ellos el de un capitán del Ejército que actuó como jefe de la columna marxista que fué a Bujalance, habiéndoles dado a todos sepultura en las inmediaciones. Asimismo le participo que en las noches del 2 al 4 se nos han presentado dos números de las fuerzas de Asalto que nos rodean, manifestándome en nombre de cincuenta compañeros de los trescientos que pertenecen a la compañía, con residencia en Jaén, sienten nuestra causa y están a nuestra disposición. Como les recriminase la conducta seguida desde fin de octubre, que en otra visita me anuncia-

EPOPEYA DEL SANTUARIO DE LA CABEZA

ron su incorporación a este Campamento, se excusaron diciendo les habían relevado a raíz de su visita, y de ahí el que no lo hicieron, dándome cuenta de su situación; y para estimularlos a que no sigan desempeñando el papel que hasta hoy, les he presentado el dilema de que, o han de incorporarse en el plazo de ocho días con el oficial que con ellos hace causa, o antes de dicha fecha me ha de dirigir dicho oficial una carta haciendo constar su postura y los nombres de todos los que le siguen, comprometiéndose asimismo, caso de continuar en Jaén, a distribuir dichas fuerzas entre la Cárcel Provincial y la Catedral, donde hay más de 1.500 presos de derechas que tienen bajo su custodia, tan pronto como tengan noticias de que a éstos tratan de hacer daño o en virtud de orden de V. E., al que le manifiesto comunico esta iniciativa mía, por si llegase la hora de un avance sobre la capital, cosa no difícil, encontrándose las fuerzas en Alcalá la Real, cuyo terreno conozco con detalle por ser natural de Valdepeñas, que es el camino que habían de recorrer. Caso de que V. E. lo estime oportuno, podría buscarse el concurso de fuerzas civiles a estos fines, bajo el mando de un comandante y dos capitanes de la zona de Jaén, que son buenos, constándome, por el conocimiento que tengo del personal, que, a pesar del desarme efectuado en toda la provincia, disponen de algunas armas, y no sería difícil reunir un número considerable en Jaén, con los que ocupar también el castillo que domina la población y serviría de punto de apoyo para la entrada de las fuerzas; la cuestión del suministro de dichos lugares no es difícil, siempre que se trate sólo de unos días, por haber persona a quien se puede dar el encargo de hacerlo en la cárcel, y existir una casa enfrente de la Catedral donde se almacenaría con anticipación lo necesario para, llegado el momento, transportarlo de noche. Al permitirme exponer esta iniciativa sólo me guía el deseo de ayudar en lo que pueda la labor del Ejército y reivindicar el prestigio de la

Comandancia, prestando protección a cuantos allí quedaron huérfanos de toda ayuda al emprender nosotros la marcha para estos lugares, dejando incumplida la misión que nos estaba encomendada; también se nos han incorporado ayer dos trabajadores de derechas, del vecino pueblo de Fuencaliente, que manifiestan la gran preocupación que existe por nuestra situación al haber circulado la noticia de que nos rendiríamos en fecha próxima por hambre; pues de no ser así y tener los elementos de derechas la convicción de que teníamos víveres en abundancia, se nos habrían incorporado gran número de todos los pueblos cercanos, para prestarnos ayuda con las pocas armas de que disponen y librarse de la furia marxista, que comete a diario infinidad de asesinatos; dicen asimismo que la presencia última de nuestra aviación los tiene desconcertados, temiendo un ataque próximo, hecho que se ha comprobado en estas inmediaciones con una relativa calma, si bien ayer volvió la aviación a visitarnos, arrojando gran número de bombas. Así, pues, me permito suplicar nuevamente no sólo el envío de pan a razón de 750 kilos diarios, sin el que de momento no podemos pasar, sino también víveres en abundancia para que tengamos un pequeño remanente que calme la angustia de tantos padres que no ven asegurada la existencia para más de cinco días, y si llega el caso de que alguien pretenda incorporárenos, como ocurre con los de Asalto y demás que vengan, no tengamos que, por instinto, cerrarles las puertas. Tengan la seguridad de que a pesar de que estoy luchando con todos—pues el hambre oscurece la razón de los más sensatos, llegando al extremo de haber tenido que corregir a varios suboficiales por su desaprensión en la recogida de víveres—éstos se distribuirán como hasta el día, en la razón precisa para seguir viviendo, envíen lo que envíen, pero no olviden que 1.500 personas necesitan mucha comida por poco que se les dé, y que ya no contamos con carne ni con reservas de nada, y olvidarnos, aunque sólo sea por unos

días, sería tanto como entregarnos a la canalla... Por igual conducto se sabe que en bombardeo aerodromo de Andújar se rompieron 7 aparatos, quedándoles uno útil que ocultan nuevo aeródromo próximo plaza toros, bajo los árboles del río, el cual nos bombardeó ayer repetidas veces... Precisa envío de encendedores con mecha, para prender fuego bombas mano construídas este Santuario, se carece de toda clase de alumbrado y cerillas... A la Cofradía de nuestra Virgen en Sevilla, nuestro saludo y agradecimiento por el interés que toman en nuestra liberación, así como los demás comprovincianos. Hacemos constar que la Virgen no se ha escondido, teniéndola en la planta del sótano para llevarla consigo, hasta tanto sea restaurada la Ermita, el día de la liberación...»

El problema del pan era grave. En un aprovisionamiento intenso, la solución hubiese sido fácil; pero en aquellas condiciones en que el aprovisionamiento era mucho menor que el normal, había que recurrir a alimentos concentrados y no era posible el envío de pan.

El volumen de carga de víveres era 4 ó 5 veces menor que el peso correspondiente a este volumen en bombas; y como había que partir del mismo volumen, cualquiera que fuese la carga, resultaba que cuando era pan estaba reducido a un 20 ó 25 por ciento. Se comprende, pues, la importancia que le diéramos a que llevase la máxima densidad de carga, dadas las dificultades que frecuentemente experimentaba el servicio de aprovisionamiento. Esto no obstante, cuando los pilotos lo consentían, se quitaba la puerta de los aviones y se arrojaban por ella sacos de pan que completaban los víveres arrojados en los tubos.

Después, como más adelante veremos, se modificó el procedimiento de carga de nuestro "Savoia", logrando el aumento de carga, que nos permitió completarla con varios sacos de pan, aunque siempre en cantidad muy inferior a la necesaria.

CAPITULO XXXVII

LA CAZA DEL «PACO»

Fracasado el ataque, y convencidos de la inutilidad de nuevas tentativas, retiraron parte de las fuerzas, dejando únicamente las necesarias para asegurar toda incomunicación o salida de los sitiados. Pero en estas temporadas de quietud, hubieran faltado a los principios de la mezquindad y odio marxistas, si no hubiesen puesto medios para turbar la paz y llevar la inquietud al ánimo de aquellos desgraciados.

En estos períodos de calma relativa aparecía el «paco». Así, uno de ellos, buen tirador, y provisto de unos gemelos, llegó a hacer bastantes bajas.

Un día, un hijo del guardia Castillo, niño de siete años, volvía de llevar la comida a su padre, que guarnecía la avanzadilla de la cuarta, cuando, al llegar enfrente de la casa de Arjona, y a su izquierda, le vió el «paco» y le hizo fuego repetidas veces hasta lograr herirle en una pierna.

Hay que tener en cuenta que distaba apenas 500 metros y que, con los gemelos, pudo ver bien que se trataba de un niño. El muchacho había bajado por las calzadas que no eran batidas por el «paco», que estaba situado sobre unos 500 metros por bajo de la casilla de peones camineros y algo avanzado de la carretera. Pretendiendo sin duda cortar camino,

marchó directamente hacia el Santuario, en donde entonces vivía su familia, pensando entrar en él por los boquetes que la artillería enemiga había hecho en los muros exteriores.

Otro día fué herida también de un balazo la esposa de uno de los guardias que estaban combatiendo en nuestras filas. Así sucesivamente hizo algunas otras bajas, hasta que el guardia Moral, un excelente tirador, se dispuso a cazarlo. Por bajo de la misma lonja estableció su vigilancia, y observó con el fusil al brazo el momento en que el "paco" aparecía. Hizo algunos disparos, pero se cubría tanto que era muy difícil batirlo.

Así estuvo toda la mañana, hasta que a las doce del día se levantó para ir a tomar el rancho. Sólo el hambre podía hacer salir a la fiera de su guarida. El que asesinaba seres indefensos a mansalva, no podía tener despierto otro sentimiento que su apetencia por un plato de aquella bazofia inmunda que comían. Y, sin duda para ir más de prisa, se descubrió imprudentemente, y entonces el guardia Moral, apuntándole muy bien, le hizo fuego y el «paco» no apareció más.

Cuando se unieron algunos guardias de Asalto a nuestras fuerzas del Santuario, dieron todos los detalles. El «paco» había caído con el corazón atravesado.

No obstante el obsequio de los gemelos que pretendían hacerle al que le sustituyera, no hubo en aquel entonces ninguno que se atreviese a continuar su oficio.

CAPITULO XXXVIII

ORDEN, ECONOMIAS ... PERO SIEMPRE HAMBRE

El problema de la alimentación cada día era más terrorífico. Cortés no sabía ya cómo resolverlo. El economato, que él había organizado maravillosamente, y que funcionaba con una exactitud y puntualidad asombrosas, que le permitían aprovechar hasta un límite increíble cuantos víveres recibía, no era bastante a suplir tanta necesidad.

La recogida de víveres se efectuaba con un rigor extraordinario. No toleraba que nadie cogiese ni una pizca de alimentos que no fuesen facilitados directamente por el economato. La más pequeña transgresión en este sentido, era castigada duramente.

Efectuada la recogida, se procedía a la clasificación de alimentos para su distribución posterior. Las mujeres se encargaban de la selección de latas de conserva. Las sumergían en un cubo de agua, y las apretaban con las manos; si dejaban salir algún aceite eran colocadas aparte para abrirlas, y las restantes se encerraban en el economato. Todas estas latas que tenían alguna rotura se abrían y se echaban en un barreño, de donde se distribuían. Igualmente se limpiaban con precau-

ción las que estaban rotas del todo, quitando la parte de tierra y aprovechando el resto.

Todo el ganado y víveres que recogieron de los cortijos próximos fué pagado puntualmente, y para resarcir estos gastos se cobraba puntualmente a cada uno lo que consumía, para tener siempre disponibles fondos que en algunos momentos pudieran ser utilizables. La actividad de Cortés lo llena todo. Prevé hasta los más insignificantes particulares y el aprovechamiento de los víveres es completo.

Los madroños son muy escasos, y los pocos que quedan están tan alejados, que es prácticamente imposible recogerlos. La bellota, que especialmente en Lugar Nuevo se pudo recoger, también se ha concluido la de aquellos lugares accesibles; y toda aquella gente, sobre todo las mujeres con sus hijos, piden algo que comer, que Cortés, no obstante sus esfuerzos, no puede darles.

Unos muchachos, acuciados por la necesidad, buscando madroños o bellotas, llegan hasta el río y descubren unos cuantos trozos de tocino en un saquete, enlodado y en completo estado de putrefacción. ¡Ah! pero el hambre es capaz de vencer todas las repugnancias; y así, lo sacan, lo retuestan lo suficiente para que les permita comerlo, y sin pan ni otro aditamento se lo comen.

En una de estas excursiones, otros encuentran un caballo muerto de hace varios días, y le cortan una pierna, que también se comen ávidamente.

Cortés, con su espíritu abnegado, perfecto equilibrio, moderación y absoluta disciplina, remite el mensaje del día 12, que dice así:

«...A las 14,30 horas de ayer aparecen dos trimotores nuestros que nos trajeron los víveres que relaciono al final, de cuyo lanzamiento se dejó de aprovechar gran cantidad del envío, por haberse destrozado contra las peñas en la fuerte

pendiente y lugar más batido del campamento, circunstancia que no ocurriría de hacerlo en cañada, parte baja, entrando en dirección S. E. a N. E., donde están las cruces marcadas en blanco, señalando el lugar de caída, que a su vez tiene la ventaja de poder los aparatos descender más por no estar batidos por avanzadas enemigas, tomando elevación al salir del perímetro casas del sector Norte que limitan posición por estar desguarnecidas las dos más avanzadas que están junto a carretera entrada. ...Me veo en la necesidad de suplicarle nuevamente hoy el envío de mayor cantidad de suministro, y sobre todo de pan, del que solamente nos han llegado 358 tortas, con un peso total de 300 kilos, que me ha permitido dar 200 gramos por persona únicamente, a los 25 de habérsenos terminado el trigo de que disponíamos, en cuyo intermedio sólo nos llegó para otro día; vea por tanto V. E. en esta demanda no la petición sistemática del que tiene y pide más, sino la súplica humilde de un mando que se ve acosado por una necesidad dramática que no puede saciar, y que en cada amanecer encuentra un obstáculo para vencer, que sólo es hijo de las largas vigiliass de hambre que se padecen. La Prensa de hoy, con sus cálidos escritos enalteciendo nuestro gesto, ha sido una fuerte inyección moral después de tantos y tan largos días esperando la hora de nuestra liberación, sin una palabra de estímulo que, viniendo de la calle, sirviese de esperanza alentadora. Aprovechando dicho motivo he formado a la fuerza en sus sectores, comentándoles el compromiso que representa su generoso ofrecimiento..., y a estos hombres, LA MAYORIA CANOSOS, QUE LLEVAN INFILTRADO EN SU ALMA EL TEMPLE SANO Y VIEJO DE OTROS TIEMPOS, LOS HE VISTO ESTREMECER DE EMOCION. OLVIDANDOSE EN UN MOMENTO DE TANTAS AMARGURAS Y CALAMIDADES SUFRIDAS, PENSANDO EN LA ESPAÑA GRANDE QUE NECESITA EL ESFUERZO GENEROSO DE TODOS SUS BUENOS HIJOS; PERO ES PRECISO QUE ESTE CALOR SALUDABLE,

CIMENTADO Y CONSERVADO POR LA DISCIPLINA DE UN REGLAMENTO COMO EL NUESTRO, QUE ES, HA SIDO Y SERA LA GARANTIA DE NUESTRAS ANTIGUAS TRADICIONES, cuente con la seguridad de que no falte un pedazo de pan para tantos hijos pequeños, que poco a poco vemos desfallecer, aunque los mayores tengamos que pasar con lo que sea. Les he leído y comentado también su autógrafo dirigido al soldado español y la saludable alocución radiada en Salamanca la noche del 8 por el glorioso fundador de la Legión, General Millán Astray, sobre el tema «La Disciplina», publicado en el número de «FE» del día 9, que recibimos, con motivo de haber sido herido dicho día el bravo muchacho, guardia segundo, Pedro Gallego Huertas, que a pesar de estar desarmado por prestar sus servicios en la distribución de víveres y no haber armas para todos, al ver caer un paracaídas con palomas en las proximidades de las avanzadas rojas, dándose cuenta de mis temores de que se apoderaran de ellas, empuñó uno de los fusiles más próximos que encontró, y en vertiginosa carrera, entre una lluvia de balas, lo recogió, ofreciéndomelo a su regreso con la sonrisa en los labios, viéndose sangrar. Antonio Blanes fué el héroe de la Legión y Pedro Gallego fué ayer el héroe del Santuario de la Virgen de la Cabeza, como lo han sido antes otros, y lo seguirán siendo; cuyos nombres quedarán grabados en letras de oro en la Historia Patria; también me trajo la orden de ataque del enemigo del día 19 del pasado a este campamento, de la que se apoderó en dichas inmediaciones y que a título de curiosidad transcribo al final por nota, habiendo dado sepultura días pasados al cadáver de uno de dichos capitanes, en la inmediación del lugar donde fué encontrado, según di cuenta en mi mensaje último. Aparte de la cuestión del pan, sobre lo que no quiero insistir más a V. E., del examen de la nota de los demás artículos recogidos verá no alcanzan éstos para el suministro de más de tres días, a pesar de la sobriedad del

racionamiento a que los tengo sometidos; y como han establecido avanzadas rojas en todos los caseríos que hay en las inmediaciones, no existe posibilidad alguna de efectuar salida, por cuya circunstancia le ruego tenga estos datos en cuenta antes de que me vea en el angustioso trance de no tener qué darles de comer... Recuerdos para el aviador Capitán Aguilera. Idem para los comandantes aviadores Souza y Azaola y Capitanes Medina y Haya, con mi agradecimiento más sincero por cuanto hagan por estos náufragos que tan necesitados estamos de todo. Al médico «Astra Corto» un abrazo anticipado y el reconocimiento por las frases de elogio que me dirige, haciendo extensivo el saludo al resto del «Cuarteto», que tan generosamente procede. El envío de gasolina es interesante, al extremo de que sólo dispongo para gir dos noches la radio. Además de las ametralladoras embaladas en piezas sueltas, convendría el envío de tres fusiles ametralladores. Al médico «Astra» recuerdos del Teniente Rueda. Al Capitán Rodríguez de Cueto (Lope de Sosa), un fraternal abrazo mío, viendo la intensa realidad con que vive nuestro cautiverio; que su familia sigue bien y animosa, así como la del Teniente Jesús Olivares.”

Pero no quiero terminar este capítulo sin explicar al lector quién era «Astra Corto» y ese simpático «Cuarteto» a que Cortés alude con tanto cariño.

“Astra Corto” es mi buen amigo don Jacinto Lillo, médico titular de Villanueva de la Reina, en Jaén, que empleaba éste seudónimo para que no se descubriese su personalidad por los rojos y evitar posibles represalias en dos hijas que había dejado en su pueblo. Hombre inteligente, de corazón, patriota, que ama intensamente también a su Patria chica, desde los primeros momentos se consagró en cuerpo y alma al aprovisionamiento del Santuario, y fué uno de los más eficaces colaboradores que tuve, acompañado por otros cuantos comprovincianos, entre los que se destaca principalmente Ra-

J O S E R O D R I G U E Z D E C U E T O

fael Córcoles, que hasta el último día estuvo en esta empresa.

Durante muchos días, y aun madrugadas y noches, trabajaron bajo la dirección de don Jacinto, que ya nos ha dejado su experiencia y un interesante libro que publicó sobre los suministros.

Conste, pues, este breve testimonio de justicia y gratitud.